



William
Gibson

Quemando Cromo

Lectulandia

Este volumen reúne los primeros cuentos de William Gibson, publicados originalmente en antologías y revistas especializadas. La mayoría de ellos estuvieron nominados para los principales premios del género (Hugo, Nebula, Locus). Dos de estos cuentos, *Quemando Cromo* y *Johnny Mnemónico* (origen de la película del mismo nombre protagonizada por Keanu Reeves en 1995), tienen como escenario el mismo universo de Neuromante, que se convertirá en el referente estético y tecnológico del movimiento ciberpunk y será el mundo decadente y post-apocalíptico en el que se desarrollan las obras principales de Gibson: *Conde Cero*, *Mona Lisa acelerada*, *Luz virtual*, *Idoru* y *Todas las fiestas de mañana*.

Lectulandia

William Gibson

Quemando Cromo

ePub r1.0

AINoah 08.11.13

Título original: *Burning Chrome*

William Gibson, 1986

Traducción: José Arconada Rodríguez & Javier Ferreira Ramos

Diseño de portada: Editorial

Editor digital: AlNoah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Otey Williams Gibson, mi madre, y a Mildred Barnitz,
amiga auténtica y querida de ella y mía, con amor*

Si los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo, los escritores de ciencia ficción son sus bufones de corte. Somos Payasos Sabios que podemos saltar, dar cabriolas, hacer profecías y rascarnos en público. Podemos jugar con Grandes Ideas porque el extravagante colorido de nuestros orígenes de revista barata nos hacen parecer inofensivos.

Y los escritores de ciencia ficción tenemos siempre la posibilidad de retozar alegremente: ejercemos influencia sin tener responsabilidades. Son muy pocos los que se sienten obligados a tomarnos en serio; y no obstante, nuestras ideas se filtran en la cultura, la recorren, burbujeantes, invisibles, como una radiación de fondo.

Con todo, la triste verdad del asunto es que la ciencia ficción no ha mostrado mucha alegría últimamente. Todas las formas de cultura popular atraviesan depresiones; pescan un resfriado cada vez que la sociedad estornuda. Que la ciencia ficción de los setenta haya sido confusa, autorreflexiva y rancia, es motivo de poca sorpresa.

Pero William Gibson es uno de nuestros mejores heraldos de un tiempo mejor.

Su breve trayectoria ya lo ha consolidado como un incuestionable escritor de los ochenta. Su asombrosa primera novela, *Neuromante*, que barrió con todos los premios del género en 1985, reveló la incomparable capacidad de Gibson para identificar con precisión los nervios sociales. El efecto fue galvánico, y ayudó a despertar al género de su sopor dogmático. Interrumpida su hibernación, la ciencia ficción está abandonando su caverna para salir a la fulgurante luz solar del moderno *zeitgeist*. Y estamos flacos y hambrientos y no del mejor humor. De ahora en adelante las cosas van a ser diferentes.

La colección que tiene usted ahora en las manos contiene todas las obras cortas que Gibson ha publicado hasta el momento. Es una rara oportunidad para ver el desarrollo asombrosamente rápido de un escritor de estatura mayor.

El rumbo que se había propuesto ya era visible en su primer relato publicado, «Fragmentos de una rosa holográfica», de 1977. Las señas de Gibson ya estaban presentes: una compleja síntesis de la cultura popular moderna, *high tech*, y una técnica literaria avanzada.

El segundo cuento de Gibson, «El continuo de Gernsback», nos lo revela apuntando conscientemente a la tambaleante figura de la tradición de la ciencia ficción. Es una devastadora refutación de la «*scientifiction*»^[1] en su aspecto de tecnolatría estrecha. Vemos aquí a un escritor que conoce sus raíces y se prepara para una reforma radical.

Gibson encontró su molde con la serie del *Sprawl*: «Johnny Mnemónico», «Hotel New Rose», y el increíble «Quemando Cromo». La aparición de estos relatos en la

revista *Omni* mostró un nivel de concentración imaginativa que hizo subir las apuestas por el género en su conjunto. Estos relatos, barrocos, densamente cargados, merecen varias lecturas por su filosa, oscura pasión, y por la intensidad de sus detalles.

El triunfo de estas historias radica en la evocación, brillante y autónoma, de un futuro creíble. Es difícil sobreestimar la dificultad de un esfuerzo semejante, esfuerzo que muchos escritores de ciencia ficción han eludido durante años. Tal fracaso intelectual da cuenta de la ominosa proliferación de relatos postapocalípticos, fantasías de espada y brujería, y esos omnipresentes culebrones en los que imperios galácticos degeneran cómodamente en barbarie. Todos esos subgéneros son producto de la urgente necesidad de los escritores de evitar enredarse con un futuro realista.

Pero en las historias del *Sprawl* vemos un futuro que es reconocible y dolorosamente extraído de la condición moderna. El enfoque es multifacético, sofisticado, global. Nace de un nuevo conjunto de puntos de partida: no de la gastada fórmula de robots, naves espaciales y el milagro moderno de la energía atómica sino de la cibernética, la biotecnología y la telaraña de comunicaciones, por nombrar algunos.

Las técnicas extrapolativas de Gibson son las de la clásica ciencia ficción dura, pero la demostración que hace de ellas es pura New Wave. Más que los acostumbrados tecnócratas sin pasión y los coriáceos Hombres Competentes de la ciencia ficción dura, sus personajes son una tripulación pirata de perdedores, buscavidas, parias, marginados y lunáticos. Vemos ese futuro desde abajo, tal como se vive, no como una mera y árida especulación.

Gibson pone punto final a ese fértil arquetipo gernsbackiano, Ralph 124C41+, un tecnócrata *light* encerrado en su torre de marfil, que derrama las bendiciones de la superciencia sobre el populacho. En la obra de Gibson nos encontramos en las calles y los callejones, en un reino de sudorosa, tensa supervivencia, donde lo *high tech* es un incesante zumbido subliminal, «como un perverso experimento de darwinismo social, ideado por un investigador aburrido que mantuviese el dedo permanentemente apretado en el botón de avance rápido».

La Ciencia Grande de este mundo no es una fuente de pintorescos prodigios a lo Mister Mago, sino una fuerza omnipresente, que todo lo invade, incuestionable. Es una sábana de radiación mutagénica que se extiende sobre las multitudes, un atestado Bus Global que sube rugiendo como una fiera por una pendiente exponencial.

Estos relatos pintan un retrato instantáneamente reconocible de la situación moderna. Las extrapolaciones de Gibson muestran, con exagerada claridad, la masa oculta de un iceberg de cambio social. Este iceberg se desliza ahora con siniestra majestuosidad sobre la superficie de las postrimerías del siglo veinte, y sus proporciones son tenebrosas e inmensas.

Muchos autores de ciencia ficción, enfrentados a este monstruo acechante, han levantado las manos y vaticinado el naufragio. Aunque nadie puede acusar a Gibson de ver las cosas color de rosa, él ha evitado esta salida fácil. He aquí otra marca distintiva de la emergente nueva escuela de los ochenta: su hastío del apocalipsis. Gibson no pierde mucho tiempo en agitar el dedo o estrujarse las manos. Mantiene los ojos decididamente abiertos y, como ha señalado Algis Budrys, no teme el trabajo intenso. Son virtudes capitales.

Hay otra señal que presenta a Gibson como parte de un nuevo y creciente consenso en la ciencia ficción: la facilidad con que colabora con otros escritores. Tres de esas colaboraciones honran esta colección. «La especie» es un raro manjar, una oscura fantasía en la que bulle un lunático surrealismo. «Estrella roja, órbita de invierno» es otro relato del futuro cercano que cuenta con un trasfondo auténtico y apasionadamente detallado; con el punto de vista multicultural típico de la ciencia ficción de los ochenta.

«Combate aéreo» es una obra de eficacia feroz, brutalmente retorcida, con la clásica combinación gibsoniana de bajos fondos y *high tech*.

En Gibson oímos el sonido de una década que ha encontrado finalmente su propia voz. No es un revolucionario fervoroso, sino un reformista práctico. Está abriendo los estancos corredores del género al aire fresco de la nueva información: la cultura de los ochenta, con su extraña, creciente integración de tecnología y moda. Siente debilidad por los más raros e inventivos afluentes de la corriente principal de la literatura: Le Carré, Robert Stone, Pynchon, William Burroughs, Jayne Anne Phillips. Y es un devoto de lo que J. G. Ballard ha llamado lúcidamente «literatura invisible»: ese penetrante flujo de informes científicos, documentos gubernamentales y publicidad especializada que conforma nuestra cultura por debajo del nivel de reconocimiento.

La ciencia ficción ha sobrevivido a un largo invierno alimentándose con la grasa corporal acumulada. Gibson, junto a una amplia ola de nuevos escritores, inventivos y ambiciosos, ha aguijoneado el género hasta despertarlo y ponerlo en marcha, en busca de una nueva dieta. Eso nos hará mucho bien a todos.

BRUCE STERLING

metí el arma en un bolso de mano Adidas y la envolví con cuatro pares de medias de tenis; no era en absoluto mi estilo, pero eso era lo que yo buscaba: si piensan que eres bruto, sé técnico; si piensan que eres técnico, sé bruto. Soy un muchacho muy técnico. Así que resolví hacerme lo más grosero posible. Hoy día, sin embargo, tienes que ser muy técnico hasta para aspirar a la grosería. Tuve que moldear con un torno las dos balas de latón calibre doce, y luego cargarlas yo mismo; tuve que buscar una vieja microficha con instrucciones para la carga manual de cartuchos; tuve que fabricar una prensa de palanca para asentar los detonadores: todo muy complicado. Pero sabía que funcionarían.

La reunión estaba programada en el Drome a las 23:00, pero seguí en el metro hasta tres paradas después de la estación más cercana y regresé caminando. Procedimiento impecable.

Verifiqué mi aspecto en la pared cromada de un quiosco de café, un típico caucasiano de rostro astuto y una cresta de pelo tieso y oscuro. En el Bajo el Cuchillo las chicas estaban con la fiebre de Sony Mao, y se hacía difícil impedir que agregasen la elegante insinuación de pliegues epicánticos. Aquello tal vez no engañase a Ralfi Face, pero podría llevarme hasta cerca de su mesa.

El Drome consta de un solo espacio angosto, con una barra a un lado y mesas al otro, atiborrado de rufianes y tratantes, y un misterioso surtido de traficantes. Aquella noche estaban en la puerta las Hermanas del Perro Magnético, y no me atraía la idea de tener que pasar junto a ellas al salir si las cosas no llegaban a marchar bien. Medían dos metros de altura y eran delgadas como galgos. Una era negra y la otra blanca, pero aparte de eso eran casi tan idénticas como la cirugía cosmética las había podido hacer. Eran amantes desde hacía años, y tenían fama de violentas. Nunca supe con certeza cuál de las dos había sido varón en un principio.

Ralfi estaba sentado a la mesa de siempre. Me debía un mantón de dinero. Yo llevaba cientos de megabytes guardados en la cabeza, en una base informática del tipo idiota/sabio, a la que no tenía acceso consciente. Ralfi me la había dejado allí. Sin embargo, nunca había vuelto para buscarla. Sólo Ralfi podía recuperar la información, con una frase código inventada por él mismo. Para empezar, no soy barato, pero el precio de mis horas extras como depósito es astronómico. Y hacía tiempo que Ralfi brillaba por su ausencia.

Entonces oí decir que Ralfi me quería dar un contrato. Quedé en encontrarme con él en el Drome, pero concerté la cita bajo el nombre de Edward Bax, importador clandestino, recién llegado de Río y Beijín.

El Drome apestaba a negocios, un olor metálico de tensión nerviosa. Los musculosos camorberos, dispersos entre la multitud, se flexionaban partes abultadas

unos frente a otros y ensayaban sonrisas estrechas y frías; algunos estaban tan perdidos bajo superestructuras de injertos musculares que sus rasgos no eran verdaderamente humanos.

Disculpen. Disculpen, amigos. Es sólo Eddie Bax, Rápido Eddie el Importador, con su bolso de gimnasio profesionalmente soso, y por favor no se fijen en esta abertura, apenas lo bastante amplia para meter por ella la mano derecha.

Ralfi no estaba solo. Ochenta kilos de carne rubia californiana se apoyaban en actitud de alerta en la silla de al lado, artes marciales escritas por todo el cuerpo.

Rápido Eddie Bax se había sentado frente a ellos antes de que las manos del montón de carne se hubieran separado de la mesa.

—¿Eres cinturón negro? —pregunté prontamente. Él asintió; ojos azules que realizaron una exploración automática entre mis ojos y mis manos—. Yo también —dije—. Tengo el mío aquí en el bolso. —Metí la mano por la abertura y quité el seguro. Clic—. Cañón doble de calibre doce con los gatillos unidos.

—Eso es un arma —dijo Ralfi, poniendo una mano gorda y moderadora sobre el tenso pecho de nailon azul de su muchacho—. Johnny tiene un arma de fuego antigua en el bolso. —Al diablo con Edward Bax.

Supongo que siempre había sido Ralfi Fulano o Mengano, pero debía ese apodo adquirido a una singular vanidad. Con cuerpo de pera demasiado madura, había lucido durante veinte años el antaño famoso rostro de Christian White: Christian White de la Banda Aria de Reggae, el Sony Mao de su generación, y campeón último del rock racial. Soy un genio de la banalidad.

Christian White: rostro clásico del pop, con la alta definición muscular de un cantante, pómulos cincelados. Angelical en un sentido, bellamente depravado en otro. Pero eran los ojos de Ralfi los que vivían bajo aquel rostro, ojos pequeños y fríos y negros.

—Por favor —dijo—, resolvamos esto como hombres de negocios. —El tono de su voz era de una horrible sinceridad prensil, y las comisuras de su hermosa boca de Christian White estaban siempre húmedas—. Este Lewis —dijo, señalando al chico de carne con la cabeza— es una albóndiga. —Lewis encajó aquello impávido, con aire de algo armado con piezas.—Tú no eres una albóndiga, Johnny.

—Claro que lo soy, Ralfi, una albóndiga atiborrada de implantes donde puedes almacenar tu ropa sucia mientras buscas gente que me mate. Por lo que hay en este lado del bolso, Ralfi, se diría que tienes algo que explicar.

—Es esta última hornada de productos, Johnny. —Soltó un suspiro profundo—. En mi papel de corredor...

—De traficante —corregí.

—Como corredor, tengo mucho cuidado en lo relativo a fuentes.

—Tú sólo les compras a los que roban lo mejor. Entiendo.

Volvió a suspirar.

—Trato —dijo fatigosamente— de no comprarles a locos. Esta vez lo he hecho, me temo. —El tercer suspiro fue una seña para que Lewis activara el disociador neural que habían pegado bajo mi lado de la mesa.

Puse toda mi fuerza en doblar el dedo índice de la mano derecha, pero fue como si ya no estuviese conectado a él. Sentía el metal del arma y el acolchado de goma espuma con que había envuelto la culata corta, gruesa; pero mis manos eran de cera fría, distantes e inertes. Esperaba que Lewis fuese una verdadera albóndiga, bastante obtuso como para ocuparse del bolso y quitarme el dedo del gatillo, pero me equivoqué.

—Hemos estado muy preocupados por ti, Johnny. Muy preocupados. Verás, lo que tienes ahí es propiedad de los Yakuza. Se los robó un loco, Johnny. Un loco de atar.

Lewis soltó una risita.

Entonces todo cobró sentido, un horrible sentido, como bolsas de arena húmeda que se apilaban alrededor de mi cabeza. Matar no era el estilo de Ralfi. Ni siquiera Lewis pertenecía al estilo de Ralfi. Pero había quedado atrapado entre los Hijos del Crisantemo de Neón y algo que les pertenecía; o, lo que quizá era aún más probable, algo de ellos que pertenecía a algún otro. Ralfi, naturalmente, podía usar la frase código para volverme idiota/ sabio, y yo arruinaría su programa sin recordar ni una sola nota. Para un traficante como Ralfi, por lo general eso habría sido suficiente. Pero no para los Yakuza. Los Yakuza sabrían lo de los Calamares, por una parte, y no iban a molestarse en que alguien me sacara de la cabeza aquellas huellas tenues y permanentes de su programa. Yo no sabía gran cosa de los Calamares, pero había oído historias, y me cuidaba mucho de no repetírselas nunca a mis clientes. No, a los Yakuza no les gustaría eso; se parecía mucho a una prueba. No habían llegado a donde estaban dejando pruebas por ahí. O vivos.

Lewis sonreía. Creo que se estaba representando un punto justo detrás de mi frente, e imaginando cómo podría llegar hasta él por las malas.

—Eh, vaqueros —dijo una voz suave, femenina, desde algún lugar detrás de mi hombro derecho—, no parecen estar pasándola muy bien que se diga.

—Fuera, perra —dijo Lewis, la cara bronceada muy quieta. Ralfi no tenía expresión.

—Cálmate. ¿Me quieres comprar base de la buena? —Apartó una silla y se sentó antes de que ninguno de ellos se lo impidiese. Apenas entraba en mi campo visual: una muchacha delgada con lentes espejados, el pelo oscuro, áspero y corto. Llevaba una chaqueta de cuero negro abierta sobre una camiseta cruzada en diagonal por rayas rojas y negras—. A ocho mil el gramo.

Lewis bufó exasperado, y trató de derribarla de la silla de un manotazo. Por

alguna razón no consiguió tocarla; la mano de ella se levantó y pareció rozarle la muñeca al pasar. Un chorro de sangre brillante salpicó la mesa. Lewis se apretó la muñeca con fuerza; la sangre se le escapaba entre los dedos.

Pero ¿no tenía ella las manos vacías?

Lewis iba a necesitar un grapador de tendones. Se levantó cuidadosamente, sin molestarse en apartar la silla. La silla cayó hacia atrás y él salió de mi línea visual sin decir una palabra.

—Debería buscarse un médico que le mirara eso —dijo la chica—. Es un corte de los feos.

—No tienes idea —dijo Ralfi, con voz repentinamente cansada— de lo profundo que es el pozo de mierda en que te acabas de meter.

—¿De veras? Misterio. Me emocionan los misterios. Por qué estará tan callado tu amigo, por ejemplo. O para qué será esta cosa que tengo aquí —y levantó la pequeña unidad de control que de algún modo le había quitado a Lewis. Ralfi parecía enfermo.

—Tú, eh... tal vez quieras un cuarto de millón por darme eso e irte a dar un paseo. —Lewis alzó una mano gorda y se acarició nerviosamente el rostro pálido, delgado.

—Lo que yo quiero —dijo la chica, chasqueando los dedos de modo que la unidad se puso a girar y brillar— es trabajo. Un trabajo. Tu muchacho se hizo daño en la muñeca. Pero un cuarto de millón bastará como anticipo.

Ralfi exhaló explosivamente y comenzó a reírse, dejando al descubierto dientes que no habían sido conservados de acuerdo con la norma Christian White. Entonces la chica apagó el disociador.

—Dos millones —dije.

—Ése es mi hombre —dijo ella, y echó a reír—. ¿Qué hay en el bolso?

—Un arma.

—Qué grosero. —Bien pudo ser un cumplido.

Ralfi no dijo nada.

—Me llamo Millones. Molly Millones. ¿Qué le parece si salimos de aquí, jefe? La gente empieza a mirar. —Se puso de pie. Llevaba pantalones de cuero color sangre seca.

Y vi por primera vez que los lentes espejados eran implantes quirúrgicos; la plata se alzaba suavemente desde los pómulos y le sellaba los ojos en el interior de los zócalos. Vi mi nueva cara reflejada dos veces.

—Yo soy Johnny —le dije—. El señor Face viene con nosotros.

Estaba afuera, esperando. Con un aire estándar de turista tech, en pantalones cortos de plástico y una absurda camisa hawaiana estampada con

ampliaciones del microprocesador más conocido de su empresa; un hombrecito apacible, de los que con toda seguridad terminan borrachos de salce en algún bar donde se sirve arroz tostado con algas marinas. Tenía el aspecto del que canta el himno de la empresa y llora, el que estrecha interminablemente la mano del barman. Rufianes y traficantes lo verían como un conservador innato, y lo dejarían en paz. No daba para mucho, y cuando hiciese algo sería cuidadoso con su cuenta.

Como luego imaginé, seguramente le habrían amputado parte del pulgar izquierdo, poco antes de la primera articulación, y se lo habrían reemplazado por una punta protésica, rellenándole el muñón y acoplándole una bobina y un cuenco diseñados según uno de los análogos romboides de la Ono-Sendai. Luego habrían enrollado cuidadosamente la bobina con tres metros de filamento monomolecular.

Molly se puso a conversar de algo con las Hermanas del Perro Magnético, lo que me permitió apresurar a Ralfi hacia la salida, presionándole la base de la columna con el bolso de gimnasia. Molly parecía conocerlas. Oí que la negra reía.

Miré hacia arriba, por algún reflejo pasajero, tal vez porque nunca me he acostumbrado a eso, a los elevados arcos de luz y a las sombras de las geodésicas de más arriba. Tal vez eso me salvó.

Ralfi siguió caminando, pero no creo que estuviese tratando de escapar. Creo que ya se había rendido. Era probable que ya tuviera alguna idea de la cosa con la que íbamos a enfrentarnos.

Bajé la mirada a tiempo para verlo explotar.

Una reconstrucción pormenorizada muestra a Ralfi caminando cuando el turista aparece de no se sabe dónde, sonriendo. Apenas una reverencia insinuada y el pulgar izquierdo se desprende. Es un truco de magia. El pulgar del hombre queda suspendido. ¿Espejos? ¿Hilos? Y Ralfi se detiene, dándonos la espalda, oscuras medias lunas de sudor bajo las axilas de su pálido traje de verano. Él sabe. Tiene que haberlo sabido. Y entonces el dedo de tienda de artículos de broma, pesado como plomo, dibuja un arco en un fulminante truco de yo-yo, y el hilo invisible que lo une a la mano del hombre atraviesa lateralmente el cráneo de Ralfi, justo encima de las cejas, sube y vuelve a bajar para cortar en diagonal el torso de forma de pera, desde el hombro hasta las costillas. Corta tan finamente que no sale sangre hasta que las sinapsis fallan y los primeros temblores hacen que el cuerpo ceda a la gravedad.

Ralfi se desplomó en pedazos en medio de una nube rosada de fluidos; las tres partes desiguales rodaron hacia adelante sobre el suelo de baldosas. En total silencio.

Levanté el bolso de gimnasia y se me crispó la mano. El retroceso del arma casi me rompió la muñeca.

Debía de haber estado lloviendo; de una geodésica rota caían cintas de agua

que salpicaban las baldosas a nuestras espaldas. Nos acurrucamos en un estrecho hueco entre una tienda de artículos quirúrgicos y otra de antigüedades. Molly acababa de asomar un ojo espejado y había informado de la presencia de un módulo Volks delante del Drome, con las luces rojas encendidas. Estaban barriendo a Ralfi. Haciendo preguntas.

Yo estaba cubierto de pelusa blanca chamuscada. Las medias de tenis. El bolso de gimnasia era un deshilachado puño de plástico alrededor de mi muñeca.

—No entiendo cómo diablos no le di.

—Porque es rápido, demasiado rápido. —La chica se abrazó las rodillas y se balanceó sobre los talones de las botas—. Le han acrecentado la sensibilidad del sistema nervioso. Ha sido fabricado por encargo. —Sonrió y soltó un pequeño chillido de placer—. Voy a conseguir a ese muchacho. Esta noche. Es el mejor, el número uno, lo máximo, lo último.

—Lo que tú vas a conseguir, por los dos millones de este chico, es sacarme de aquí. Ese amigo tuyo fue hecho casi todo en una probeta en Chiba City. Es un asesino Yakuza.

—Chiba. Sí, Molly también ha estado en Chiba. —Y me enseñó las manos, con los dedos ligeramente separados. Eran delgados, cónicos, muy blancos en contraste con el esmalte rojo de las uñas. Diez cuchillas salieron de sus receptáculos bajo las uñas, cada una un fino escalpelo de acero azulado, de doble filo.

Nunca había andado mucho por Nighttown. No había allí nadie que me debiese dinero por algo que yo recordaba, y casi todos tenían muchos a quienes pagaban con regularidad para que olvidasen. Generaciones de finos tiradores habían hostigado tanto las luces de neón que los equipos de mantenimiento acabaron por renunciar a repararlas. Incluso a mediodía los arcos eran manchas de hollín sobre un débil fondo perlino.

¿A dónde vas cuando la organización criminal más rica del mundo te busca a tientas con dedos tranquilos, distantes? ¿Dónde te escondes de los Yakuza, tan poderosos que tienen sus propios satélites de comunicación y al menos tres transbordadores? Los Yakuza forman una auténtica red multinacional, como ITT y la Ono-Sendai. Cincuenta años antes de que yo naciera, ya los Yakuza habían absorbido las Tríadas, la Mafia, la Unión Corsa.

Molly tenía una respuesta: Te escondes en el Pozo, en el círculo más bajo, donde cualquier influencia exterior genera ondas rápidas y concéntricas de amenaza pura. Te escondes en Nighttown. Mejor todavía, te escondes encima de Nighttown, porque el Pozo es invertido, y el fondo de su cuenco toca el cielo, el cielo que Nighttown nunca ve, sudando bajo su propio firmamento de resina acrílica; arriba, donde los Lo

Teks se agazapan en las oscuras gárgolas, con cigarrillos del mercado negro colgándoles de los labios.

Tenía otra respuesta, además.

—Conque estás bloqueado de verdad, ¿eh, Johnny? ¿No hay modo de sacar ese programa sin la contraseña? —Me llevó hacia las sombras que aguardaban más allá de la brillante plataforma del tren subterráneo. Las paredes de hormigón estaban recargadas de graffiti, años de palabras que se retorcían en un único metagarabato de rabia y frustración.

—Los datos almacenados son introducidos mediante una serie modificada de prótesis microquirúrgicas contra-autismo. —Recité una adormilada versión de mi discurso de venta estándar—. El código del cliente se almacena en un chip especial; salvo que recurras a los Calamares, de los que preferimos no hablar los que nos dedicamos a esto, no hay forma de recuperar la frase. No puedes sacarla con drogas, ni extirpando, ni torturando. Yo no la sé, nunca la supe.

—¿Calamares? ¿Cosas rastreras con brazos? —Salimos a un mercado callejero desierto. Unas figuras sombrías nos observaban desde una plaza improvisada, llena de cabezas de pescado y fruta podrida.

—Superconductores que detectan interferencias cuánticas. Los usaban en la guerra para encontrar submarinos, para destapar cibernetas del enemigo.

—¿Sí? ¿Material de la Marina? ¿De la guerra? ¿Los Calamares te pueden leer esa cosa? —Se detuvo, y sentí que sus ojos me miraban desde detrás de aquellos espejos gemelos.

—Hasta los modelos más primitivos podían medir un campo magnético con una millonésima parte de la fuerza geomagnética; es como detectar un susurro dentro de un estadio en plena euforia.

—Eso ya lo hacen los policías, con micrófonos parabólicos y láseres.

—Pero tu información sigue a salvo. —Orgullo profesional—. Ningún gobierno permitiría a la policía el uso de Calamares. Ni siquiera a los peces gordos de seguridad. Sería demasiado fácil descubrir chanchullos interdepartamentales; demasiado buenos para destapar watergates.

—Material de la Marina —dijo ella, y su sonrisa brilló entre las sombras—. Material de la Marina. Tengo un amigo por aquí que estuvo en la Marina, se llama Jones. Sería bueno que lo vieras. Lo que pasa es que es un yunki; así que tendremos que llevarle algo. —¿Un yunki?

—Un delfín.

Era más que un delfín, pero desde el punto de vista de otro delfín podría haber parecido menos que eso. Vi cómo se movía pesadamente en el tanque galvanizado. El

agua saltaba por los bordes y me mojé los zapatos. Era un excedente de la última guerra. Un cyborg.

Salió del agua, y vimos las costrosas placas que le cubrían los costados, una especie de retruécano visual cuya gracia casi se perdía bajo una armadura articulada, torpe y prehistórica. A ambos lados del cráneo tenía unas deformidades gemelas que habían sido modificadas para poner allí unidades sensoras. En las partes descubiertas de la piel blanco-grisácea le brillaban unas lesiones plateadas.

Molly silbó. Jones sacudió la cola y arrojó más agua contra el borde del tanque.

—¿Qué es este lugar? —Vi formas difusas en la oscuridad, eslabones de cadena oxidada y otras cosas cubiertas por lona alquitranada. Por encima del tanque pendía un rústico marco de madera, cruzado y recruzado por hileras de polvorientas luces navideñas.

—Feria de Diversiones. Zoo y paseos de carnaval. «Hable con la Ballena de la Guerra». Esas cosas. Jones es una especie de ballena...

Jones se encabritó de nuevo, y me clavó una mirada triste y antigua.

—¿Cómo hace para hablar? —De pronto tenía deseos de irme.

—Ahí está lo bueno. Di «hola», Jones. Y todas las luces se encendieron simultáneamente. Titilaban rojas, blancas y azules.

RBARBARBA
RBARBARBA
RBARBARBA
RBARBARBA
RBARBARBA

—Conoce el lenguaje de los símbolos, ya ves, pero el código está restringido. En la Marina lo tenían conectado a un exhibidor audiovisual. —Molly sacó el estrecho paquete de un bolsillo de la chaqueta—. Polvo puro, Jones. ¿Lo quieres? —Jones se detuvo en el agua y comenzó a hundirse. Sentí un pánico extraño al recordar que no era un pez, que podía ahogarse—. Queremos la clave del banco de Johnny, Jones. La queremos ya.

Las luces titilaron, se apagaron.

—¡Vamos, Jones!

A
AAAAAAAAA
A
A
A

Luces azules, cruciformes.

Oscuridad.

—¡Puro! Es *limpio*. Vamos, Jones.

BBBBBBBBB
BBBBBBBBB
BBBBBBBBB
BBBBBBBBB
BBBBBBBBB

Un fulgor de sodio blanco bañó las facciones de Molly en una monocromía árida; sus pómulos proyectaron sombras partidas.

R RRRRR
R R
RRRRRRRR
R R
RRRRR R

Los brazos de la esvástica roja se le retorcieron en los lentes de plata.

—Dáselo —dije—. Ya la tengo.

Cara de Ralfi. Falta de imaginación.

Jones alzó la mitad de su cuerpo blindado sobre el borde del tanque, y pensé que el metal iba a ceder. Molly lo pinchó de un golpe con la jeringuilla, metiendo la aguja entre dos placas. El émbolo silbó. En el marco hubo una explosión de espasmódicos juegos de luz que luego se desvaneció por completo.

Lo dejamos flotando, girando lánguidamente en el agua oscura. Quizás estuviese soñando con su guerra en el Pacífico, con las cyberminas que habría barrido, hurgando suavemente los circuitos con el Calamar para extraer la patética clave de Ralfi del chip que llevo metido en la cabeza.

—Veo que metieron la pata cuando lo licenciaron, dejándolo salir de la Marina con ese equipo intacto, pero ¿cómo se hace para que un delfín cibernético se vuelva drogadicto?

—La guerra —dijo ella—. Todos lo estaban. Lo hizo la Marina. ¿De qué otro modo los haces trabajar para ti?

—**No estoy** seguro de que esto tenga aspecto de buen negocio —dijo el pirata, buscando un mejor precio—. Especificaciones de objetivo para un satélite de comunicaciones que no está en el libro...

—Hazme perder tiempo y serás tú quien se quedará sin aspecto —dijo Molly, inclinándose por encima del escritorio de plástico rayado para pincharlo con el dedo.

—Entonces ve a comprar tus microondas a otro sitio. —Era un chico duro, bajo ese disfraz de Mao. Nacido en Nighttown, tal vez.

La mano de Molly le pasó como un rayo por delante de la chaqueta, cortándole una solapa sin siquiera arrugarla.

—¿Trato hecho, entonces?

—Hecho —dijo él, mirándose la arruinada solapa con lo que esperó fuese simplemente un educado interés—. Trato hecho.

Mientras yo examinaba las dos grabadoras que habíamos comprado, ella sacó del bolsillo con cremallera que llevaba en el puño de la chaqueta el pedazo de papel que yo le había dado. Lo desplegó y lo leyó en silencio, moviendo los labios. Se encogió de hombros.

—¿Esto es todo?

—Adelante —dije yo, pulsando simultáneamente los botones de RECORD en ambos tableros.

—Christian White —recitó Molly—, y su Banda Aria de Reggae.

Ralfi el fiel, un fan hasta el día de su muerte.

La transición a la modalidad idiota/sabio es siempre menos brusca de lo que yo espero. La fachada de la emisora pirata era una fracasada agencia de viajes en un cubículo color pastel que se jactaba de poseer un escritorio, tres sillas, y un descolorido póster de un *spa* orbital suizo. Un par de pájaros de fantasía con cuerpos de vidrio soplado y patas de lata sorbían monótonamente agua de un vaso de poliestireno apoyado en una repisa junto al hombro de Molly. A medida que yo entraba en la nueva modalidad, los pájaros fueron acelerando gradualmente el vaivén hasta que las crestas de plumas brillantadas se convirtieron en apretados arcos de color. La ventanilla digital que marcaba los segundos en el reloj de plástico de pared era ahora un reticulado que latía sin sentido; Molly y el chico con cara de Mao se nublaron, y los brazos se les desdibujaron en fantasmagóricos ademanes de insecto. Y entonces todo se convirtió en estática fría y gris, en un interminable poema tonal en un lenguaje artificial.

Pasé tres horas cantando el programa robado de Ralfi.

El paseo mide cuarenta kilómetros de punta a punta, una desordenada superposición de cúpulas Fuller que cubren lo que en otro tiempo fue una arteria suburbana. Si se apagan las luces en un día claro, una gris aproximación de luz solar se filtra a través de las capas acrílicas, creando una visión parecida a las imágenes de prisión de Giovanni Piranesi. Los tres kilómetros del extremo sur cubren Nighttown. Nighttown no paga impuestos ni presta servicios. Las luces de neón están apagadas, y las geodésicas han sido ennegrecidas por el humo de décadas de fuegos de cocina. En la casi total oscuridad de un mediodía de Nighttown, ¿quién se fija en una que otra docena de chiquillos locos perdidos en los techos?

Llevábamos dos horas subiendo por escaleras de hormigón y de metal con planchas perforadas, pasando junto a grúas abandonadas y herramientas cubiertas de polvo. Habíamos comenzado en lo que parecía ser un taller de mantenimiento fuera

de uso, atiborrado de segmentos triangulares de techumbre. Todo había sido cubierto por la misma capa de *graffiti* hechos con pintura en aerosol: nombres de pandillas, iniciales, fechas que se remontaban hasta el cambio de siglo. Los *graffiti* nos siguieron durante todo el ascenso, mermando gradualmente hasta que quedó un único nombre, repetido a intervalos: LO TEK. En chorreantes mayúsculas negras.

—¿Quién es Lo Tek?

—Nosotros no, jefe. —Molly subió por una temblorosa escalera de aluminio y desapareció por un agujero practicado en una lámina de plástico corrugado—. *Low technique, low technology*, baja tecnología. —El plástico le amortiguaba la voz. Subí tras ella, acariciándome la dolorida muñeca—. A los Lo Tekes les parecería un gesto decadente ese truco tuyo de la escopeta.

Una hora más tarde subí metiéndome por otro agujero, este último mal abierto con una sierra en una tabla de madera terciada, y me encontré con el primer Lo Tek.

—No pasa nada —dijo Molly, rozándome el hombro con la mano—. Es Perro. Hola, Perro.

En el estrecho haz de luz de la linterna de Molly, Perro nos observó con su único ojo, y lentamente sacó una lengua gruesa y grisácea que lamió unos caninos enormes. Me pregunté cómo podían calificar de baja tecnología el trasplante de colmillos de dóberman. Los inmunosupresores no crecen precisamente en las copas de los árboles.

—Moll. —El tamaño de los dientes le dificultaba el habla. Del torcido labio inferior le colgó un hilo de saliva—. Te oí llegar. Hace tiempo. —Podría tener quince años, pero los colmillos y un brillante mosaico de cicatrices se conjugaban con la órbita del ojo para presentar una máscara de total bestialidad. Había tomado tiempo y un cierto tipo de creatividad ensamblar aquel rostro, y su actitud me hizo ver que disfrutaba viviendo tras él. Llevaba unos tejanos gastados, negros de mugre y brillantes en las rayas. Tenía el pecho y los pies desnudos. Hizo algo con la boca que se aproximó a una sonrisa—. Alguien los sigue.

Muy a lo lejos, en Nighttown, un vendedor de agua pregonaba su producto.

—¿Saltos en red, Perro? —Molly movió la linterna hacia un lado, y vi cuerdas delgadas atadas a pernos, cuerdas que iban hasta el borde y desaparecían.

—¡Apaga la maldita luz!

Molly la apagó.

—¿Cómo es que el que los viene siguiendo no tiene linterna?

—No la necesita. Ése sí que es un peligro, Perro. Si tus centinelas se le cruzan, volverán a casa en pedazos.

—¿Ése es amigo *amigo*, Molí? —Parecía incómodo. Le oí mover los pies sobre la madera terciada.

—No. Pero es mío. Y éste —dándome una palmada en el hombro—, éste sí es amigo. ¿Entendido?

—Sí —dijo Perro, sin mucho entusiasmo, caminando pesadamente hacia el borde de la plataforma, donde estaban los pernos. Se puso a puntear una especie de mensaje en las cuerdas tensas.

Nighttown se extendía debajo de nosotros como una aldea de juguete para ratas: unas ventanas minúsculas dejaban ver luz de velas; sólo unos pocos edificios estaban chillonamente iluminados por linternas de pilas y lámparas de carburo. Imaginé a los viejos con sus interminables partidas de dominó, bajo gotas de agua gruesas y calientes que caían de ropa mojada colgada en varas entre las paredes de las chabolas de madera terciada. Traté entonces de imaginarlo subiendo pacientemente en la oscuridad, con las sandalias y la horrible camisa de turista, suave y parsimonioso. ¿Cómo hacía para seguirnos?

—Bien —dijo Molly—. Nos huele.

—¿Fumas? —Perro sacó un paquete arrugado del bolsillo y ofreció un cigarrillo aplanado. Miré la marca mientras me lo encendía con una cerilla de cocina. Yiheyuan filtro. Beijín Cigarette Factory. Llegué a la conclusión de que los Lo Teks eran comerciantes del mercado negro. Perro y Molly volvieron a su discusión, que parecía girar en torno al deseo de Molly de utilizar alguna parte en especial de la propiedad inmobiliaria de los Lo Teks.

—Yo te he hecho un montón de favores, hombre. Quiero ese piso. Y quiero la música.

—Tú no eres Lo Tek...

Así transcurrió la mayor parte de un tortuoso kilómetro, con Perro guiándonos por pasarelas inestables y escalerillas de cuerda. Los Lo Teks fijan sus nidos y escondrijos al tejido de la ciudad con gruesos trozos de resina, y duermen en hamacas de red. Viven en un país tan poco poblado que en algunos sitios no es más que unos asideros para las manos y los pies, practicados con sierra en los puntales geodésicos.

El Piso Mortal, lo llamaba Molly. Gateando detrás de ella, resbalando en metal gastado y madera húmeda con mis zapatos nuevos de Eddie Bax, me preguntaba cómo podría aquello ser más letal que el resto del territorio. Al mismo tiempo, tenía la impresión de que las protestas de Perro eran rituales, y que Molly ya esperaba conseguir lo que quería.

En algún lugar debajo de nosotros, Jones debía estar dando vueltas en su tanque, sintiendo las primeras punzadas del síndrome de abstinencia. La policía estaría aburriendo a los asiduos del Drome con preguntas acerca de Ralfi. ¿Qué hacía? ¿Con quién estaba antes de salir? Y los Yakuza andarían asentando su fantasmagórica moles en los bancos de datos de la ciudad, buscando tenues imágenes mías reflejadas en cuentas numeradas, transacciones de valores, billetes de acciones. Somos una

economía de información. Te lo enseñan en la escuela. Lo que no te dicen es que es imposible moverse, vivir, actuar a cualquier nivel sin dejar huellas, pedacitos, fragmentos de información en apariencia insignificantes. Fragmentos que pueden ser recuperados, amplificados...

Pero a esas alturas el pirata habría puesto nuestro mensaje en línea para su transmisión al satélite de comunicaciones Yakuza. Un mensaje sencillo: Consigan que los perros dejen de molestar o difundimos su programa.

El programa. No tenía ni idea de cuál era su contenido. Sigo sin tenerla. Yo sólo canto la canción sin comprender nada. Probablemente fuesen datos de investigación, pues los Yakuza se dedican a formas avanzadas de espionaje industrial. Un negocio elegante: robar a la Ono-Sendai como si nada y pedir un rescate por la información, amenazando con difundirla y mellar así el filo de las investigaciones del conglomerado.

Pero ¿no había otra solución? ¿No estarían más contentos si tuvieran algo que vender a la Ono-Sendai, más contentos que con un Johnny de calle Memoria muerto?

El programa iba en viaje a una dirección en Sidney, donde se guardaban cartas de clientes y donde no se hacían preguntas una vez que se pagaba un pequeño anticipo. Correo marítimo común. Yo había borrado la mayor parte del otro material y grabado nuestro mensaje en el espacio en blanco, dejando del programa apenas lo suficiente para que se lo pudiera identificar como genuino.

Me dolía la muñeca. Quería parar, acostarme, dormir. Sabía que no tardaría en perder las fuerzas y caer, sabía que los zapatos tan elegantes que me había comprado para la noche como Eddie Bax no pisarían con firmeza y me llevarían a Nighttown. Pero el hombre brotó en mi mente como un holograma religioso de pacotilla, resplandeciente; el chip ampliado de la camisa hawaiana parecía una foto de reconocimiento de algún núcleo urbano sentenciado a la destrucción.

Así que seguí a Perro y a Molly por el cielo Lo Tek, construido con chatarra y desperdicios que ni siquiera querían en Nighttown.

El Piso Mortal tenía ocho metros de lado. Un gigante había enhebrado cables de acero pasándolos de un lado a otro por encima de un depósito de chatarra y los había estirado. Crujía al moverse, y se movía constantemente, balanceándose y torciéndose mientras los Lo Tek se reunían e instalaban en la plataforma de madera terciada que lo rodeaba. La madera estaba plateada por el paso de los años, pulida por el uso prolongado y surcada de iniciales, amenazas, declaraciones de pasión. Colgaba de otro grupo de cables que se perdían en la oscuridad detrás del estridente resplandor blanco de las dos lámparas antiguas que pendían encima del Piso.

Una muchacha con dientes como los de Perro entró en el Piso a gatas. Tenía los senos tatuados con espirales de color añil. Cruzó el Piso riendo, forcejeando con un muchacho que bebía un líquido oscuro de una botella de litro.

La moda Lo Tek incluía cicatrices y tatuajes. Y dientes. La electricidad que robaban para iluminar el Piso Mortal parecía una excepción a su estética general, creada en nombre del... ¿rito, deporte, arte? No lo sabía, pero veía que el Piso era algo especial. Tenía el aspecto de haber sido montado a lo largo de generaciones.

Mantenia la inútil arma bajo la chaqueta. Esa dureza y ese peso resultaban reconfortantes, aunque no me quedasen más cartuchos. Y me di cuenta de que no tenía la menor idea de lo que estaba realmente sucediendo, ni de lo que, se suponía, debía suceder. Y ése era mi juego, porque he pasado la mayor parte de mi vida como un receptáculo ciego que se llena con el conocimiento de otras personas, conocimiento del que luego se me vacía: un chorro de lenguajes sintéticos que nunca comprenderé. Un chico muy técnico. Claro que sí.

Entonces advertí lo quietos que se habían quedado los Lo Teks.

Él estaba allí, al borde de la luz, observando el Piso Mortal y la galería de mudos Lo Teks con calma de turista. Y cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez con un mutuo reconocimiento, sentí que un recuerdo hacía clic en mi cabeza: París, y el brillo del largo Mercedes que se deslizaba bajo la lluvia hacia Notre Dame; invernáculos móviles, caras japonesas detrás del vidrio, y cien Nikons que se levantaban en ciego fototropismo, flores de acero y cristal. Detrás de esos ojos, cuando me encontraban, los mismos obturadores, zumbando.

Busqué a Molly Millones, pero se había ido.

Los Lo Teks se apartaron para dejarlo subir al banco. Él hizo una reverencia, sonriendo, y se sacó suavemente las sandalias, las dejó juntas, perfectamente alineadas, y bajó al Piso Mortal. Avanzó hacia mí, caminando por aquel movedizo trampolín de chatarra, con la soltura de un turista que camina por la alfombra sintética de un hotel cualquiera.

Molly saltó al Piso, moviéndose.

El Piso chilló.

Estaba equipado con micrófonos y amplificadores, con fonocaptos instalados en los cuatro gruesos resortes de las esquinas y micrófonos de contacto pegados al azar en oxidados fragmentos de maquinaria. En alguna parte, los Lo Teks tenían un amplificador y un sintetizador, y ahora vi las formas de los altavoces en lo alto, por encima de las crueles luces blancas.

Comenzó un ritmo de percusión, un ritmo electrónico, una especie de corazón amplificado, tan regular como un metrónomo.

Ella se había quitado la chaqueta de cuero y las botas; la camiseta no tenía mangas, y a lo largo de aquellos delgados brazos aparecían tenues indicios de circuitos de Chiba City. Los pantalones de cuero le brillaban a la luz de las lámparas. Empezó a bailar.

Flexionó las rodillas, pies blancos y tensos sobre un tanque de gas aplanado, y el

Piso Mortal empezó a subir y a bajar. El ruido que hacía era como el de un mundo que se acaba, como si los cables que sujetan el firmamento se hubiesen roto y estuviesen entrechocando y cayendo por el cielo.

Él siguió el ritmo durante unos cuantos latidos, y luego avanzó calculando a la perfección el movimiento del Piso, como un hombre que salta de una piedra plana a otra en un jardín ornamental.

Se sacó la punta del pulgar con la elegancia de un hombre acostumbrado a los gestos de sociedad y se lo lanzó a Molly. Bajo las lámparas, el filamento fue un refractario hilo de arcoiris. Ella se tiró al suelo, rodó y se levantó de un salto después de que la molécula pasara casi rozándola con un silbido de latigazo; las garras de acero chasquearon hacia la luz en lo que debe de haber sido un automático rictus de defensa.

El latido de la percusión se aceleró, y ella saltó acompañándolo: el pelo oscuro desmelenado sobre las lisas lentes platinadas, la boca apretada, los labios tensos de concentración. El Piso Mortal resonaba y rugía, y los Lo Teks chillaban excitados.

El hombre redujo el filamento a un arremolinado círculo policromo y fantasmal de un metro de diámetro y lo mantuvo girando delante de él, la mano sin pulgar a la altura del esternón. Un escudo.

Y Molly pareció soltar algo, algo adentro, y ése fue el verdadero comienzo de su danza de perro rabioso. Saltaba, retorciéndose, lanzándose de lado, aterrizando con ambos pies sobre el bloque de un motor de aleación directamente sujeto a uno de los resortes de espiral. Me tapé los oídos con las manos y me arrodillé en un vértigo de sonido, pensando que Piso y bancos caían, caían hacia Nighttown, y nos vi atravesando las chabolas, la ropa mojada tendida, explotando en las baldosas como frutas podridas. Pero los cables resistieron, y el Piso Mortal subía y bajaba como un mar de metal enloquecido. Y Molly bailaba en él.

Y al final, justo antes de que él arrojase por última vez el filamento, le vi algo en la cara, una expresión que no parecía encajar en ese sitio. No era miedo ni era rabia. Creo que era incredulidad, atónita incomprensión mezclada con pura repulsión estética por lo que estaba viendo, oyendo: por lo que le estaba pasando. Acortó el filamento; el disco fantasmal se redujo al tamaño de un plato mientras él alzaba el brazo por encima de la cabeza y lo bajaba de golpe; el pulgar se curvó apuntando a Molly, como una cosa viva.

El Piso llevó a Molly hacia abajo; la molécula le pasó justo por encima de la cabeza; el Piso dio un coletazo y alzó al hombre hasta la trayectoria de la molécula. Tendría que haberle pasado inofensivamente por encima y regresar a su cuenca, dura como el diamante. Le amputó la mano por detrás de la muñeca. Estaba frente a una abertura del Piso, y pasó por ella como un clavadista, con una extraña elegancia deliberada, un kamikaze derrotado rumbo a Nighttown. En parte, creo, hizo aquel

salto para darse unos segundos de digno silencio. Ella lo había matado con un *shock* cultural.

Los Lo Teks rugían, pero alguien apagó el amplificador, y Molly hizo callar el Piso Mortal, esperando, con el rostro blanco e inexpresivo, hasta que el ruido cedió y quedó sólo un débil silbido de hierros torturados y un rechinar de óxido contra óxido.

Rastreamos el Piso buscando la mano cortada, pero no la encontramos. Lo único que encontramos fue una elegante curva en una pieza de acero oxidado, por donde había pasado la molécula. Tenía el borde tan brillante como cromo nuevo.

Nunca supimos si los Yakuza habían aceptado nuestras condiciones, o si recibieron el mensaje. Hasta donde yo sé, el programa de ellos sigue esperando a Eddie Bax en un anaquel de la habitación trasera de una tienda de regalos en la tercera planta de Sidney Central-5. Tal vez hayan vendido el original a la Ono-Sendai hace meses. Pero es posible que hayan recibido la transmisión del pirata, porque nadie ha venido a buscarme hasta el momento, y ya ha pasado casi un año. Si vienen a buscarme, les espera una larga subida en la oscuridad, y pasar por delante de los centinelas de Perro, y últimamente no me parezco mucho a Eddie Bax.

Dejé que Molly se encargara de eso, con anestesia local. Y mis dientes nuevos casi han echado raíz.

Decidí quedarme aquí arriba. Cuando miré por encima del Piso Mortal, antes de que él llegase, vi lo vacío que yo me sentía. Y supe entonces que estaba harto de ser un balde de agua. Así que ahora bajo a visitar a Jones, casi todas las noches.

Ahora somos socios, Jones y yo, y también Molly Millones. Molly se encarga de nuestros negocios en el Drome. Jones sigue en Divertilandia, pero ahora tiene un tanque más grande, con agua de mar fresca que le traen una vez por semana. Y tiene su droga, cuando la necesita. Sigue hablando a los niños con el marco de luces, pero a mí me habla en un nuevo monitor que tiene en un cobertizo que alquilé allí, un monitor mejor que el que usaba en la Marina.

Y los tres estamos haciendo mucho dinero, más dinero del que hacía antes, porque el Calamar de Jones puede leer las huellas de todo lo que me han almacenado en la cabeza, y me lo dice por el monitor en lenguajes que entiendo. Así que estamos aprendiendo muchas cosas acerca de mis anteriores clientes. Y un día haré que un cirujano me saque todo ese silicio de las amígdalas, y viviré con mis propios recuerdos y con los de nadie más, como el resto de la gente. Pero todavía no.

Mientras tanto, se está realmente bien aquí arriba, en la oscuridad, fumando un chino con filtro y escuchando las gotas de condensación que caen de las geodésicas. Es todo muy tranquilo aquí arriba... salvo cuando un par de Lo Teks deciden ponerse a bailar en el Piso Mortal.

Además es educativo. Con Jones ayudándome a descifrar las cosas, me estoy convirtiendo en el chico más técnico de la ciudad.

por fortuna, el asunto empieza a desvanecerse, a convertirse en un episodio. Cuando todavía capto la extraña visión, es periférica; meros fragmentos de cromo de científico loco, que se limitan al rabillo del ojo. Hubo aquella ala volante sobre San Francisco la semana pasada, pero era casi translúcida. Y los descapotables de aleta de tiburón se han vuelto más escasos, y las autopistas evitan discretamente desplegarse, para no convertirse en esos esplendorosos monstruos de ochenta carriles que forzosamente tuve que recorrer el mes pasado en mi Toyota alquilado. Y sé que nada de eso me seguirá hasta Nueva York; mi visión se está estrechando, centrándose en una única longitud de onda de probabilidad. He trabajado duro para lograrlo. La televisión ayudó mucho.

Supongo que la cosa empezó en Londres, en aquella falsa taberna griega de Battersea Park Road, con un almuerzo a expensas de la empresa de Cohen. Comida recalentada, y luego tardaron treinta minutos en encontrar un cubo de hielo para el *retsina*. Cohen trabaja en Barris-Watford, que publica libros de formato grande, en rústica, sobre temas de moda: historias ilustradas de los letreros de neón, la máquina tragaperras, los juguetes de cuerda del Japón Ocupado. Yo había ido para fotografiar una serie de anuncios de calzado; chicas californianas de piernas bronceadas y juguetonas zapatillas fluorescentes hicieron travesuras para mí en las escaleras mecánicas de St. John's Wood y en los andenes de Tooting Bec. Una magra y hambrienta agencia de publicidad había decidido que los misterios del London Transpon venderían zapatillas de nailon de suela reticular. Ellos deciden; yo hago las fotos. Y Cohen, a quien conocía vagamente de los viejos tiempos en Nueva York, me había invitado a almorzar la víspera de mi partida desde Heathrow. Apareció acompañado por una mujer joven vestida muy a la moda y llamada Dialta Downes, que carecía virtualmente de mentón y era, sin duda, una conocida historiadora del *pop-art*. Retrospectivamente, la veo caminando junto a Cohen bajo un aviso de neón flotante que destella intermitentes POR AQUÍ ESTÁ LA LOCURA en enormes mayúsculas sin serif.

Cohen nos presentó y me explicó que Dialta era la principal animadora del último proyecto de Barris-Watford, una historia ilustrada de lo que ella llamó el «modernismo aerodinámico americano». Cohen lo llamaba «gótico de pistola de rayos». El título provisorio de la obra era *La futurópolis aerodinámica: el mañana que nunca fue*.

Hay en los británicos una obsesión por los elementos más barrocos de la cultura pop americana, algo parecido al extraño fetichismo de los alemanes con los indios-y-vaqueros o la aberrante ansia de los franceses por las viejas películas de Jerry Lewis. En Dialta Downes esto se manifestaba en una manía por un estilo arquitectónico,

exclusivamente norteamericano, del que la mayoría de los norteamericanos casi no son conscientes. Al principio yo no sabía bien de qué me hablaba, pero luego empecé a comprender. Me encontré recordando la televisión matutina de los domingos en los años cincuenta.

A veces, el canal local pasaba, como relleno, viejos y gastados noticiarios. Uno se sentaba con un bocadillo de manteca de cacahuete y un vaso de leche; y una voz de barítono hollywoodense, plagada de ruidos de estática, te decía que había Un Coche Volador En Tu Futuro. Y tres ingenieros de Detroit se ponían a dar vueltas en un viejo y enorme Nash alado; y los veías pasar retumbando por alguna abandonada carretera de Michigan. En realidad nunca te mostraban cuando despegaba, pero se iba volando hasta la tierra del nunca jamás de Dialect Downes, verdadero hogar de una generación de tecnófilos totalmente desinhibidos. Ella hablaba de esos retazos de la arquitectura «futurista» de los años treinta y cuarenta con que uno se cruza todos los días en las ciudades americanas sin tenerlos en cuenta: las marquesinas de los cines, diseñadas para que irradian una energía misteriosa, las tiendas de baratijas con fachadas de aluminio acanalado, las sillas de tubos cromados que acumulan polvo en los vestíbulos de los hoteles. Ella veía esas cosas como segmentos de un mundo de sueños, abandonados en un presente perezoso; quería que yo se los fotografiase.

La década de los treinta dio luz a la primera generación de diseñadores industriales; hasta entonces, todos los sacapuntas habían parecido sacapuntas: el básico mecanismo Victoriano, tal vez con algún arabesco decorativo en los bordes. Tras el advenimiento de los diseñadores, algunos sacapuntas parecían haber sido armados en túneles de viento. En la mayoría, el cambio era sólo superficial: bajo la aerodinámica cáscara cromada uno descubría el mismo mecanismo Victoriano. Lo cual en cierto modo era lógico, pues los diseñadores norteamericanos más famosos habían sido reclutados en las filas de los escenógrafos de Broadway. Todo era un escenario teatral, una serie de exquisitos decorados para jugar a vivir en el futuro.

Durante la sobremesa, Cohen sacó un grueso sobre de manila lleno de fotografías en papel brillante. Vi las estatuas aladas que guardan la presa Hoover, adornos de hormigón de doce metros de altura que apuntan con firmeza hacia un huracán imaginario. Vi una docena de fotos del Johnson's Wax Building de Frank Lloyd Wright, pegadas sobre carátulas de viejos números de *Amazing Stories*, obra de un artista llamado Frank R. Paul; a los empleados del Johnson's Wax les habría parecido que estaban entrando en una de las utopías que Paul pintaba con aerógrafo. El edificio de Wright daba la impresión de haber sido diseñado para gente que llevara togas blancas y sandalias de acrílico. Me demoré en un esbozo de un avión de hélice especialmente pomposo, todo ala, como un gordo y simétrico bumerang, con ventanas en lugares inverosímiles. Unas flechas rotuladas indicaban la posición de la sala de baile y dos canchas de squash. Data de 1936.

—Esta cosa no podría haber volado, ¿verdad? —Miré a Dialta Downes.

—Qué va, de ninguna manera, aún con esas doce hélices enormes; pero a ellos les encantaba el aspecto, ¿entiendes? De Nueva York a Londres en menos de dos días, comedores de primera clase, camarotes privados, cubiertas para tomar sol, jazz y baile por las noches... Los diseñadores era populistas, y trataban de dar al público lo que el público quería. Lo que el público quería que fuese el futuro.

Hacia tres días que estaba en Burbank, tratando de infundir carisma a un roquero de aspecto realmente aburrido, cuando recibí el paquete de Cohen. Es posible fotografiar lo que no está; resulta muy difícil y es, por lo tanto, un talento muy vendible. Si bien es cierto que no lo hago mal, no soy exactamente el mejor, y aquel pobre tipo agotó la credibilidad de mi Nikon. Salí deprimido, porque me gusta hacer bien mi trabajo, pero no deprimido del todo, porque me aseguré de recibir el cheque por el trabajo, y resolví reponerme con el sublime, pseudoartístico encargo de Barris-Watford. Cohen me había enviado algunos libros sobre el diseño de los años treinta, más fotos de edificios aerodinámicos, y una lista con los cincuenta ejemplos favoritos de Dialta Downes en California.

La fotografía arquitectónica implica a veces una gran dosis de espera: el edificio se convierte en una especie de reloj de sol, mientras uno aguarda a que una sombra se aleje de un detalle que se quiere fotografiar, o que la masa y el equilibrio de la estructura se muestren de una cierta manera. Mientras esperaba, me imaginé en la América de Dialta Downes. Cuando aislé algunos de los edificios de fábricas en el cristal esmerilado de la Hasselblad, aparecieron con una especie de siniestra dignidad totalitaria, como los estadios que Albert Speer construía para Hitler. Pero el resto era inexorablemente cursi: material efímero moldeado por el subconsciente colectivo norteamericano de los años treinta, y que tendía a sobrevivir ante todo en zonas deprimentes, bordeadas de moteles polvorientos, colchonerías al por mayor y pequeños depósitos de automóviles de ocasión. Me dediqué sobre todo a las estaciones de servicio.

Durante el apogeo de la Era Downes, encargaron a Ming el Implacable el diseño de las estaciones de servicio de California. Partidario de la arquitectura de su Mongo natal, Ming recorrió la costa de arriba abajo, levantando estructuras de pistola de rayos con estuco blanco. Muchas de ellas presentaban superfluas torres centrales rodeadas de esos extraños rebordes de radiador que eran el sello distintivo del estilo y las hacían parecer capaces de generar potentes estallidos de puro entusiasmo tecnológico, si tan sólo se pudiese encontrar el interruptor que las ponía en marcha. Fotografié una en San José una hora antes de que llegaran las motoniveladoras y arremetieran contra la estructural verdad de yeso, listones y hormigón barato.

—Considera eso —había dicho Dialta Downes— una especie de América alternativa: un 1980 que nunca sucedió. Una arquitectura de sueños frustrados.

Y ése fue mi estado de ánimo mientras recorría las estaciones de intrincada mezcla socioarquitectónica en mi Toyota rojo; mientras iba sintonizando la imagen de una vaga Norteamérica que no fue, de plantas de Coca-Cola que parecían submarinos varados, y de cines de quinta que parecían templos de alguna secta perdida que había adorado los espejos azules y la geometría. Y mientras andaba entre aquellas ruinas secretas, se me ocurrió preguntarme qué pensarían del mundo en el que yo vivía los habitantes de ese futuro perdido. La década de los treinta soñó con mármol blanco y cromo aerodinámico, cristal inmortal y bronce bruñido, pero los cohetes de las portadas de las revistas de Gernsback habían caído en Londres en plena noche, chillando. Después de la guerra, todo el mundo tuvo coche —sin alas— y la prometida autopista para conducirlo, con lo que hasta el mismo cielo se oscureció, y los gases carcomieron el mármol y agujerearon el cristal milagroso...

Y un día, en las afueras de Bolinas, mientras me preparaba para fotografiar un ejemplar especialmente lujoso de la arquitectura marcial de Ming, atravesé una delgada membrana, una membrana de probabilidad...

Casi sin darme cuenta, fui más allá del Borde...

Y miré hacia arriba y vi una cosa con doce motores que parecía un bumerang inflado, todo ala, volando hacia el este con un zumbido monótono y una gracia elefantina, tan bajo que pude contar los remaches en esa piel de plata opaca y oír —quizás— un eco de jazz.

Se la llevé a Kihn.

Merv Kihn, periodista independiente con una dilatada trayectoria en pterodáctilos de Texas, campesinos visitados por ovnis, monstruos de Loch Ness de segunda, y las diez principales teorías conspiratorias del rincón más lunático del inconsciente colectivo norteamericano.

—Está bien —dijo Kihn, sacando brillo a las amarillas gafas de caza Polaroid con el dobladillo de la camisa hawaiana—, pero no es mental; le falta lo más importante.

—Pero lo vi, Mervyn. —Estábamos sentados junto a una piscina, al brillante sol de Arizona. Él había ido a Tucson a esperar a un grupo de funcionarios jubilados de Las Vegas cuya líder recibía mensajes de Ellos en el horno de microondas. Yo había conducido toda la noche y lo sentía.

—Claro que lo viste. Claro que lo viste. Has leído mis cosas. ¿No has entendido mi solución general para el problema de los ovnis? Es muy, muy sencilla: la gente —se colocó cuidadosamente las gafas sobre la nariz larga y ganchuda y me clavó su mejor mirada de basilisco— ve... cosas. La gente ve esas cosas. No hay nada, pero la

gente ve de todos modos. Quizá porque lo necesita. Has leído a Jung, y deberías saber de qué se trata... Tu caso es tan obvio: admites que pensabas en esa arquitectura chiflada, que fantaseabas... Mira, estoy seguro de que habrás probado tus drogas, ¿no es cierto? ¿Cuánta gente sobrevivió a los sesenta en California sin sufrir alguna que otra alucinación? Por ejemplo esas noches en que descubrías que ejércitos enteros de técnicos de Disney se habían ocupado de bordarte en los tejanos hologramas animados de jeroglíficos egipcios, o esos momentos en que...

—Pero no fue así.

—Claro que no. Claro que no fue así; ocurrió «en un marco de clara realidad», ¿no es cierto? Todo normal, y de pronto ahí está el monstruo, el mándala, el cigarro de neón. En tu caso, un gigantesco avión de novela de aventuras. Sucede *todo el tiempo*. Ni siquiera estás loco. Eso lo sabes, ¿verdad? —Sacó una cerveza de la maltratada nevera portátil de poliestireno que tenía junto a la silla—. La semana pasada estuve en Virginia. En el condado de Grayson. Entrevisté a una chica de dieciséis años que había sido atacada por una cabeza de oso.

—¿Una qué?

—Una cabeza de oso. La cabeza cortada de un oso. Pues esta cabeza, verás, flotaba por ahí en su propio platillo volador, que se parecía un poco a los tapacubos del Caddy antiguo del primo Wayne. Tenía ojos colorados y brillantes, como dos brasas de cigarro, y antenas telescópicas de cromo que se le abomban por detrás de las orejas. —Mervyn eructó.

—¿La atacó? ¿Cómo?

—No lo quieras saber; sin duda eres impresionable. «Era una cabeza fría —dijo, ensayando su mal acento sureño— y metálica». Hacía ruidos electrónicos. Eso es auténtico, amigo, un material que llega directamente del inconsciente colectivo; esa niña es una bruja. No tiene sitio en esta sociedad. Habría visto al diablo si no hubiese crecido con «El hombre biónico» y todas esas reposiciones de «Star Trek». Está conectada a la vena principal. Y sabe que eso le sucedió. Me fui diez minutos antes de que apareciesen los fanáticos de los ovnis con el polígrafo.

Debió de pensar que yo estaba disgustado, porque puso cuidadosamente la cerveza junto a la nevera y se incorporó.

—Si quieres una explicación más elegante, te diría que viste un fantasma semiótico. Todas esas historias de contactos, por ejemplo, comparten un tipo de imaginería de ciencia ficción que impregna nuestra cultura. Podría aceptar extraterrestres, pero no extraterrestres que pareciesen salidos de un cómic de los años cincuenta. Son fantasmas semióticos, trozos de imaginería cultural profunda que se han desprendido y adquirido vida propia, como las aeronaves de Julio Verne que siempre veían esos viejos granjeros de Kansas. Pero tú viste otra clase de fantasma, eso es todo. Ese avión fue en otro tiempo parte del inconsciente colectivo. Tú, de

alguna manera, sintonizaste con eso. Lo importante es no preocuparse.

Pero yo me preocupaba.

Kihn se peinó el manguante pelo rubio y se fue a oír lo que Ellos habían dicho por el radar últimamente; yo corrí las cortinas de mi habitación y me acosté a preocuparme en la oscuridad refrigerada. Aún estaba preocupándome cuando desperté. Kihn me había dejado un mensaje en la puerta: volaba hacia el norte en un avión alquilado para verificar un rumor sobre mutilaciones de ganado («mutis», decía él; otra de sus especialidades periodísticas).

Comí, me duché, tomé una desmigajada pastilla dietética que había estado un tiempo dando tumbos en el fondo del estuche de la afeitadora y emprendí el regreso a Los Angeles.

La velocidad limitaba mi visión al túnel de las luces del Toyota. El cuerpo podría conducir, me decía, mientras la mente funcionase. Funcionase y se mantuviese alejada del extraño y periférico acompañamiento visual de las anfetaminas y el agotamiento, la vegetación espectral, luminosa, que crece en el rabillo del ojo mental cuando se recorren autopistas a altas horas de la noche. Pero la mente tiene sus propias ideas, y la opinión de Kihn respecto a lo que yo ya consideraba mi «visión» me resonaba interminablemente en la cabeza, girando en órbita asimétrica. Fantasmas semióticos. Fragmentos del Sueño Colectivo caracoleando al viento a mi paso. Por algún motivo, aquel bucle de retroacción agravó el efecto de la pastilla dietética, y la vegetación que crece junto a la carretera comenzó a adoptar los colores de una imagen de satélite captada con infrarrojos, jirones brillantes que estallaban al paso del Toyota.

Entonces salí de la autopista, y media docena de latas de cerveza parpadearon dándome las buenas noches antes de apagar las luces. Me pregunté qué hora sería en Londres, y traté de imaginar a Dialta Downes desayunando en su apartamento de Hampstead, rodeada de aerodinámicas estatuillas de cromo y libros sobre la cultura americana.

Las noches del desierto son enormes en esa región; la luna está más cerca. Miré la luna un buen rato y llegué a la conclusión de que Kihn tenía razón: lo importante era no preocuparse. A todo lo ancho del continente, día tras día, gente que era más normal de lo que yo jamás habría aspirado ser veía pájaros gigantes, patagones, refinerías de petróleo voladoras: ellos mantenían a Kihn ocupado y solvente. ¿Por qué habría yo de alterarme por una fugaz visión de la imaginación popular de los años treinta en el cielo de Bolinas? Resolví dormirme, sin otras preocupaciones que las serpientes de cascabel y los *hippies* caníbales; a salvo en medio de la amistosa basura de una carretera de mi bien conocido continuo. Al día siguiente iría a Nogales a fotografiar los viejos burdeles, cosa que pretendía hacer desde hacía años. El efecto de la pastilla dietética había terminado.

Me despertó la luz, y luego las voces.

La luz venía de alguna parte a mis espaldas, y arrojaba sombras movedizas al interior del automóvil. Eran voces serenas, confusas, de hombre y de mujer conversando.

Tenía el cuello tieso y una sensación de arena en los ojos. La pierna se me había dormido, presionada contra el volante. Busqué atolondradamente las gafas en el bolsillo de la camisa y por fin logré ponérmelas.

Entonces miré hacia atrás y vi la ciudad.

Los libros sobre el diseño de los años treinta estaban en el maletero; uno de ellos contenía esbozos de una ciudad idealizada inspirada en *Metrópolis* y en *Lo que vendrá*, pero donde todo se escuadraba, lanzándose hacia arriba entre las nubes perfectas de un arquitecto hasta unos muelles de zepelines y unos delirantes chapiteles de neón. Aquella ciudad era un modelo a escala de la que se alzaba a mis espaldas. Los chapiteles se erguían unos sobre otros en brillantes zigurats que subían hasta una dorada torre de templo central rodeado por los dementes rebordes de radiador de las gasolineras de Mongo. Podías esconder el Empire State en la más pequeña de aquellas torres. Calles de cristal subían entre los chapiteles, transitadas de arriba abajo por formas plateadas y lisas como gotas de mercurio. El aire estaba atiborrado de naves: aviones de alas gigantescas, cosas pequeñas, plateadas, velocísimas (a veces, una de las formas de mercurio de los puentes celestes se elevaba con gracia en el aire para sumarse a la danza), dirigibles de más de un kilómetro de longitud, cosas con forma de libélula que planeaban, girocópteros...

Cerré los ojos y di media vuelta en el asiento. Cuando los abrí, me obligué a mirar el cuentakilómetros, el pálido polvo de la carretera sobre el plástico negro del tablero, el cenicero desbordante.

—Psicosis anfetamínica —dije. Abrí los ojos. El tablero seguía allí, el polvo, las colillas aplastadas. Con mucho cuidado, sin mover la cabeza, encendí las luces altas.

Y los vi.

Eran rubios. Estaban de pie junto a su automóvil, un aguacate de aluminio con una aleta central de tiburón y ruedas lisas y negras como las de un juguete infantil. Él rodeaba con el brazo la cintura de la muchacha, y señalaba hacia la ciudad. Ambos estaban vestidos de blanco: ropas holgadas, las piernas desnudas, zapatos de un blanco inmaculado. Ninguno parecía advertir mis luces. Él decía algo que era sabio y fuerte, y ella asentía, y de pronto me asusté: un susto distinto. La cordura había dejado de ser un problema; sabía, por alguna razón, que la ciudad a mis espaldas era Tucson: un sueño que Tucson había proyectado arrancándolo del sueño colectivo de toda una época. Que era real, completamente real. Pero la pareja frente a mí vivía en él, y ellos me asustaban.

Eran los hijos de los ochenta que nunca fueron, los ochenta de Dialta Downes; los Herederos del Sueño. Eran blancos, rubios, y probablemente de ojos azules. Eran americanos. Dialta había dicho que el futuro había llegado a América primero, pero que había pasado de largo. Pero no allí, en el corazón del sueño. Allí habíamos seguido adelante, dentro de una lógica de sueños que no sabía nada de polución, de los límites finitos del combustible fósil, de guerras extranjeras que era posible perder. Ellos eran limpios, felices, y totalmente satisfechos de sí mismos y del mundo. Y en el Sueño, aquél era el mundo *de ellos*.

Detrás de mí, la ciudad iluminada: unos reflectores barrían el cielo por puro placer. Imaginé a la gente atestando las plazas de mármol blanco, metódica y alerta, los ojos luminosos brillando de entusiasmo por las avenidas inundadas de luz y por los coches plateados.

Tenía todo el siniestro gusto de la propaganda de las Juventudes Hitlerianas.

Puse el coche en primera y avancé despacio, hasta que el parachoques quedó a poco menos de un metro de ellos. Seguían sin verme. Bajé la ventanilla y escuché lo que decía el hombre. Sus palabras eran luminosas y huecas, como el tono de un folleto de alguna Cámara de Comercio, y supe que creía en ellas totalmente.

—John —oí que decía la mujer—, hemos olvidado tomar nuestras pastillas alimenticias. —La mujer sacó dos obleas de una cosa que llevaba en el cinto y le dio una a él. Regresé a la autopista y me puse en marcha hacia Los Angeles, estremeciéndome y sacudiendo la cabeza.

Llamé a Kihn desde un puesto de gasolina. Uno nuevo, en mal Español Moderno. Había regresado de su expedición y no pareció molestarle la llamada.

—Sí, ésa sí que es rara. ¿Trataste de sacar fotos? No es porque fuera a salir nada, pero añade un *frisson* interesante a la historia, que las fotos no hayan salido...

Pero ¿qué debería hacer?

—Ver mucha televisión, sobre todo programas de juegos y telenovelas. Películas porno. ¿Has visto *Nazi Love Motel*? La pasan por cable, aquí. Es horrible de verdad. Justo lo que necesitas.

¿Qué me estaba diciendo?

—Deja de gritar y escúchame. Te voy a revelar un secreto profesional: puedes exorcizar todos esos fantasmas semióticos con la peor programación. Si a mí me quita de encima a los fanáticos de los ovnis, a ti te puede liberar de esos futuroideos modernistas. Inténtalo. ¿Qué puedes perder?

Y entonces me rogó que lo dejara en paz, aduciendo que tenía una cita temprano con el Elegido.

—¿El qué?

—Esos viejos de Las Vegas; los de los microondas.

Pensé en hacer una llamada a Londres, a cobro revertido, hablar con Cohen en Barris-Watford y decirle que su fotógrafo se iba a pasar una larga temporada en la Zona Gris. Al final, dejé que una máquina me preparase un café realmente imposible y volví al Toyota para terminar el viaje a Los Angeles.

Los Angeles fue una mala idea, y pasé allí dos semanas. Era el país primordial de Downes; había allí demasiado Sueño, y demasiados fragmentos del Sueño aguardando para tenderme una celada. Casi destrozó el coche en un paso a nivel cerca de Disneylandia, cuando la carretera se abrió en abanico como un truco de origami y me dejó zigzagueando entre una docena de minicarriles llenos de sibilantes lágrimas de cromo con aletas de tiburón. Peor aún, Hollywood estaba lleno de gente que se parecía demasiado a la pareja que había visto en Arizona. Contraté a un director italiano que se las arreglaba haciendo trabajos de laboratorio y diseñando terrazas alrededor de las piscinas mientras esperaba la llegada de su nave; hizo copias de todos los negativos que había acumulado durante el encargo de Downes. No quise ver el material. Eso, sin embargo, no pareció molestar a Leonardo, y cuando hubo terminado el trabajo examiné las copias al vuelo, como quien mira un mazo de baraja, las empaqueté y las envié a Londres vía aérea. Luego fui en taxi hasta una sala donde pasaban *Nazi Love Motel*, y mantuve los ojos cerrados todo el tiempo.

El telegrama de felicitación de Cohen me llegó una semana después a San Francisco. A Dialta le habían encantado las fotos. Él admiró el modo en que me había «metido en el asunto», y esperaba volver a trabajar conmigo. Esa tarde vi un ala volante sobre Castro Street, pero tenía algo de tenue, como si estuviese sólo a medias. Corrí hasta el quiosco de periódicos más cercano y busqué todo lo que había sobre la crisis petrolera y los peligros de la energía nuclear. Acababa de decidir comprar un billete aéreo para ir a Nueva York.

—Vaya mundo en el que vivimos, ¿verdad? —El propietario era un negro delgado de mala dentadura y evidente peluca. Asentí, buscando monedas en los bolsillos del pantalón, deseando encontrar un banco de parque donde poder sumergirme en la dura evidencia de la casi distopía humana en que vivimos—. Pero podría ser peor, ¿verdad?

—Así es —dije—, o peor aún, podría ser perfecto.

El hombre se quedó mirándome mientras me alejaba por la calle con mi pequeño fajo de catástrofes condensadas.

aquel verano Parker tenía problemas para dormir. Había bajas de tensión en la red; las súbitas caídas del delta-inductor lo hacían volver en sí dolorosamente.

Para evitar esas caídas, usaba trozos de cable, pinzas minúsculas y cinta negra que conectaban el inductor a una consola de PSA. La pérdida de corriente en el inductor activaba el circuito de la consola.

Compró una cinta de PSA que comenzaba con el sujeto dormido en una playa tranquila. La cinta había sido grabada por un joven yogui rubio con visión de 20-20 y un sentido del color anormalmente agudo. El muchacho había sido embarcado en un vuelo a Barbados con el único propósito de dormir una siesta y hacer los ejercicios matinales en un brillante tramo de playa privada. En la lámina de la microficha del estuche transparente se explicaba que el yogui podía pasar en cualquier momento de alfa a delta sin un inductor. Parker, que no lograba dormir sin inductor desde hacía dos años, se preguntó si aquello era posible.

Sólo una vez había logrado pasar la cinta entera, aunque a estas alturas ya conocía todas y cada una de las sensaciones de los primeros cinco minutos subjetivos. Creía que la parte más interesante de la secuencia era un ligero error de edición al comienzo de la complicada rutina respiratoria: una fugaz toma de la playa blanca que recogía la figura de un guardia haciendo la ronda a lo largo de una cerca de alambre; llevaba una pistola negra de repetición apoyada en el brazo.

Mientras Parker dormía, las redes de la ciudad se vaciaron de corriente.

La transición de delta a delta-PSA era una oscura implosión, como entrando en otra carne. La familiaridad amortiguaba el choque. Sintió la arena fría bajo los hombros. La brisa de la mañana le hizo aletear en los tobillos el ruedo de los sufridos tejanos. El muchacho no tardaría en despertar, y empezaría con su Ardha-Matysendra-etcétera; con otras manos, Parker buscó a tientas la consola de PSA en la oscuridad.

Las tres de la mañana.

Preparándote una taza de café en la oscuridad, usando una linterna al verter el agua hirviente.

El sueño grabado de la mañana se desvanece: a través de otros ojos, el oscuro penacho de un carguero cubano se confunde con el horizonte que navega, surcando la pantalla gris de la mente.

Las tres de la mañana.

Deja que ayer se ordene a tu alrededor en planas imágenes esquemáticas. Lo que dijiste; lo que ella dijo; mirándola empacar; llamando el taxi. Como quiera que las barajas, siempre forman el mismo circuito impreso, jeroglíficos que convergen en un

componente central: tú, de pie bajo la lluvia, gritando al taxista.

La lluvia era amarga y ácida, casi del color de la orina. El taxista te llamó imbécil; tú igual tuviste que pagar tarifa doble. Ella llevaba tres maletas. Con el respirador y las gafas, el hombre parecía una hormiga. Se alejó pedaleando bajo la lluvia. Ella no miró hacia atrás.

Lo último que viste de ella fue una hormiga gigante haciéndote un corte de mangas.

La primera vez que Parker vio una unidad PSA fue en un barrio de chabolas de Texas llamado la Jungla de Judy. Era una consola enorme revestida de barato plástico cromado. Meter un billete de diez dólares en la ranura te proporcionaba cinco minutos de atletismo en la ingravidez de un *spa* orbital suizo, perihelios de veinte metros con una modelo de *Vogue* de dieciséis años: cosas apasionantes tratándose de la Jungla, donde era más fácil conseguir una pistola que un baño caliente.

Un año después estaba en Nueva York con documentos falsos. Entonces, dos empresas líderes acababan de llevar las primeras consolas portátiles a las principales tiendas, justo a tiempo para la Navidad. Las salas de PSA porno, de breve apogeo en California, nunca se recuperaron.

También había llegado la holografía, y las cúpulas de Fuller de una manzana de ancho que habían sido los templos holográficos de la infancia de Parker eran ahora supermercados de varias plantas, o albergaban polvorientas videogalerías donde aún se podía encontrar las viejas consolas que bajo lánguidas luces de neón anunciaban la PERCEPCIÓN SENSORIAL APARENTE a través de la neblina azul del humo de los cigarrillos.

Ahora Parker tiene treinta años y escribe guiones para emisiones de PSA, programando los movimientos oculares de las cámaras humanas de la industria.

La caída de tensión continúa.

En la habitación, Parker pincha la superficie de aluminio pulido del despertador Sendai. La luz testigo titila, se apaga. Café en mano, camina hasta el armario que ella vació la víspera. El haz de la linterna sondea los anaqueles desnudos buscando pruebas de amor, encuentra la tira de cuero de una sandalia rota, una cinta de PSA y una postal. La postal es el holograma del reflejo, en luz blanca, de una rosa.

En el fregadero, mete la tira de la sandalia en la máquina de desperdicios. Lenta a causa de la caída de energía, la trituradora se queja, pero traga y digiere. Sujetándolo cuidadosamente entre el índice y el pulgar, baja el holograma hacia las ocultas mandíbulas giratorias. La máquina emite un chillido cuando los dientes de acero

rasgan el laminado plástico, y la rosa queda desmenuzada en mil fragmentos.

Luego Parker se sienta en la cama sin hacer, fumando. La cinta está en la consola, lista para empezar. Algunas cintas de mujeres lo desconciertan, pero duda de que sea ésa la razón por la que ahora vacila en encender la máquina.

Aproximadamente una cuarta parte del total de usuarios de PSA son incapaces de asimilar cómodamente la imagen corporal subjetiva del sexo opuesto. Con los años, algunas estrellas del medio PSA se han ido haciendo progresivamente andróginas a fin de captar este segmento de la audiencia.

Sin embargo, las cintas de Angela nunca lo habían intimidado. (Pero ¿y si ha grabado a un amante?). No, no puede ser por eso: es sólo que la cinta es una verdadera incógnita.

Cuando Parker tenía quince años, sus padres le consiguieron un puesto de aprendiz en la sucursal norteamericana de una empresa de plásticos japonesa. En aquel entonces se sintió afortunado: el índice de aspirantes a aprendiz era enorme. Durante tres años vivió con su grupo en una residencia, cantando cada mañana, en formación, los himnos de la empresa, y por lo general arreglándoselas para saltar la cerca al menos una vez al mes, para buscar chicas o ir al holódromo.

El aprendizaje habría terminado al cumplir su vigésimo aniversario, con lo cual habría quedado como candidato a la condición de empleado con contrato. Una semana antes de cumplir los diecinueve, con dos tarjetas de crédito robadas y una muda de ropa, saltó la cerca por última vez. Llegó a California tres días antes de la caída del caótico régimen neosecesionista. En San Francisco, grupos de vándalos gobernaban las calles. Alguno de los cuatro distintos ayuntamientos «provisionales» habían acumulado reservas de alimentos con tanta eficacia que era casi imposible conseguirlos en la calle.

Parker pasó la última noche de la revolución en un barrio incendiado de Tucson, haciendo el amor con una delgada adolescente de Nueva Jersey que le explicó los mejores aspectos de su horóscopo entre ataques de llanto casi silencioso que no parecían tener nada que ver con nada de lo que él decía o hacía.

Años más tarde, advirtió que ya no tenía la menor idea de cuál había sido el motivo original para interrumpir su aprendizaje.

Los primeros tres cuartos de la cinta han sido borrados; tecleas avance rápido a través de una neblina estática de cinta borrada, donde gusto y olor se funden en un único canal.

La recepción de audio es un ruido blanco: el no-sonido del primer mar oscuro...

(La recepción prolongada de sonido de una cinta borrada puede provocar alucinaciones hipnagógicas).

Parker estaba escondido entre la maleza junto a una carretera de Nueva México, viendo cómo ardía un tanque en la autopista. Las llamas iluminaban la línea blanca quebrada que había seguido desde Tucson. La explosión se había visto a tres kilómetros de distancia, una sábana blanca de relámpago abrasador que había convertido las pálidas ramas de un árbol desnudo sobre el cielo nocturno en un negativo fotográfico de sí mismas: ramas de carbón sobre un fondo de magnesio.

Muchos de los refugiados estaban armados.

Texas debía las chabolas que humeaban bajo las cálidas lluvias del Golfo a la incómoda neutralidad que había conservado frente al intento de secesión de la Costa.

Los pueblos estaban hechos de madera terciada, cartón, láminas de plástico que ondulaban al viento, y carcasas de vehículos. Tenían nombres como Jump City y Sugaree, y gobiernos vagamente definidos y territorios que se movían constantemente con los vientos furtivos de una economía de mercado negro.

Las tropas federales y estatales enviadas para barrer los pueblos fuera de la ley rara vez encontraban algo. Pero tras cada rastreo, algunos hombres no regresaban. Algunos habían vendido sus armas y quemado sus uniformes, y otros se habían acercado demasiado al contrabando que se les había encomendado encontrar.

Pasados tres meses, Parker quiso marcharse, pero las mercancías eran los únicos salvoconductos para cruzar los cordones del ejército. La oportunidad le llegó accidentalmente: a últimas horas de una tarde, cuando bordeaba la nube de grasiento humo de cocina que flotaba sobre la Jungla, tropezó y casi cayó sobre el cuerpo de una mujer en el lecho seco de un arroyo. Las moscas se levantaron en una nube furiosa y luego volvieron a posarse, sin hacerle caso. Tenía una chaqueta de cuero, y Parker solía pasar frío por las noches. Se puso a buscar alguna rama en el lecho del arroyo.

En la espalda de la chaqueta, justo bajo el omóplato, había un orificio redondo del diámetro de un lápiz. El forro de la chaqueta había sido rojo, pero ahora estaba negro, duro y brillante de sangre seca. Con la chaqueta colgada de la punta del palo, Parker fue a buscar agua.

Nunca lavaba la chaqueta; en el bolsillo izquierdo encontró casi una onza de cocaína envuelta en plástico y cinta adhesiva transparente. El bolsillo derecho contenía quince ampollas de Megacilina-D y una navaja automática de veinticinco centímetros y mango de asta. El antibiótico valía el doble de su peso en cocaína.

Hundió la navaja hasta el mango en un tocón podrido que habían pasado por alto los leñadores de la Jungla, y dejó la chaqueta colgando allí, con las moscas

revoloteando alrededor.

Aquella noche, en un bar con techo de lata corrugada, esperando a uno de los «abogados» que conseguían pases para cruzar el cordón, probó por vez primera la máquina de PSA. Era enorme, toda neón y cromo, y el dueño estaba muy orgulloso de ella: él mismo había ayudado a secuestrar el camión.

Si el caos de los noventa refleja un cambio radical en los paradigmas del alfabetismo visual, el alejamiento final de la tradición Lascaux/Gutenberg por parte de una sociedad preholográfica, ¿qué podemos esperar de esta nueva tecnología, con sus promesas de codificación discreta y subsiguiente reconstrucción de toda la gama de las percepciones sensoriales?

ROEBUCK y PIERHAL, *Historia americana reciente: Panorama de sistemas.*

Avance rápido por el sibilante no-tiempo de cinta borrada al interior del cuerpo de ella. Luz europea. Calles de una ciudad extraña.

Atenas. Avisos en caracteres griegos y el olor a polvo...

... y el olor a polvo.

Mira por los ojos de ella (pensando, esta mujer no te ha conocido todavía; apenas has salido de Texas) hacia el monumento gris, los caballos de piedra, donde las palomas revolotean en círculo...

... y la estática se apodera del cuerpo del amor, lo deja limpio y gris. Olas de ruido blanco rompen en una playa que no está. Y termina la cinta.

Ahora la luz del inductor está encendida.

Parker yace en la oscuridad, recordando los mil fragmentos de la rosa holográfica. Un holograma tiene esta cualidad: recuperado e iluminado, cada fragmento revela la imagen completa de la rosa. Cayendo hacia delta, él mismo ve la rosa, y cada uno de sus fragmentos esparcidos revela un todo que jamás conocerá: tarjetas de crédito robadas... un barrio incendiado... conjunciones planetarias de un desconocido... un tanque ardiendo en una autopista... un chato paquete de droga... una navaja automática afilada en hormigón, fina como el dolor.

Pensando: cada uno somos fragmentos de otro, y ¿fue siempre así? Aquel instante de un viaje europeo, abandonado en el mar gris de una cinta borrada: ¿está ella más cerca ahora, o es más real, porque él haya estado allí?

Ella lo había ayudado a obtener los documentos, le consiguió el primer trabajo en

PSA. ¿Era ésa la historia de ellos? No, la historia era la superficie negra del delta-inductor, el armario vacío, y la cama sin hacer. La historia era su aversión al cuerpo perfecto en el que despertaba si bajaba la tensión, su furia hacia el conductor del taxi a pedal, y la negativa de ella a mirar hacia atrás entre la lluvia contaminada.

Sin embargo, cada fragmento muestra la rosa desde un ángulo distinto, recordó, pero delta se apoderó de él y no alcanzó a preguntarse qué podía significar eso.

John Shirley y William Gibson

Pudo haber sido en el Club Justine, o en Jimbo's, o en el Sad Jack's, o en el Rafters; Coretti nunca estuvo seguro de dónde la vio por primera vez. Ella podría haber estado en cualquier momento en cualquiera de esos bares. Buceaba entre la submarina semivida de las botellas y las copas y las lentas volutas del humo de tabaco... se movía en su elemento natural, bar tras bar.

Ahora, Coretti recordaba el primer encuentro como si lo viese por el lado equivocado de un potente telescopio: pequeño, nítido y muy lejano.

Se había fijado en ella por primera vez en el Salón Clandestino. Se llamaba Clandestino porque se entraba por un angosto callejón trasero. Las paredes del callejón estaban atiborradas de graffiti; las luces enrejadas salpicadas de mariposas nocturnas. Bajo los pies crujían las escamas de pintura que se desprendían de los ladrillos pintados de blanco. Y luego se entraba en un sombrío espacio habitado por una impresión ligeramente desorientadora de la media docena de bares diferentes que, en el mismo local y bajo distintas administraciones, habían probado suerte y habían fracasado. Coretti iba a veces porque le agradaba la cansada sonrisa del barman negro, y porque los escasos clientes rara vez trataban de ponerse sociables.

No era muy buen conversador frente a desconocidos, ni en fiestas ni en bares.

Era muy bueno en el colegio local, donde enseñaba introducción a la lingüística; podía hablar con el jefe del departamento sobre secuencialización y opciones en aperturas de diálogos. Pero nunca podía hablar con extraños en bares o en fiestas. No iba a muchas fiestas. Iba a muchos bares.

Coretti no sabía vestirse. La ropa era un lenguaje y Coretti un tartamudo de la indumentaria, incapaz de formular esa especie de enunciado básico, coherente y con estilo que transmite comodidad a los desconocidos. Su ex esposa solía decirle que se vestía como un marciano; que su aspecto era el de alguien que no pertenecía a ninguna parte de la ciudad. Nunca le había gustado oírlo, porque era cierto.

Nunca había conocido a una chica como la que estaba sentada con el dorso ligeramente arqueado a la luz suboceánica que se derramaba por la barra del Clandestino. La misma luz que se atornillaba en las lentes de las gafas del camarero, que se enroscaba en los cuellos de las botellas, que salpicaba opacamente el espejo. En aquella luz el vestido de la chica tenía el verde de las mazorcas jóvenes, como el de una vaina a medio pelar que mostraba la espalda, el valle de los senos, y gran parte de los muslos por los cortes laterales. Esa noche el pelo de ella era cobrizo. Y esa noche, los ojos de ella eran verdes.

Coretti avanzó resueltamente entre las desiertas mesas de cromo y formica hasta que llegó a la barra, donde pidió un bourbon puro. Se quitó el abrigo de tres cuartos

con capuchón y lo recogió en el regazo para sentarse a un taburete de ella. Estupendo, gritó para sus adentros, pensará que estás escondiendo una erección. Y se sorprendió al advertir que tenía una erección que esconder. Se estudió en el espejo que había tras el mostrador: un hombre de unos treinta años, de pelo oscuro y menguante, con un rostro estrecho sobre un pescuezo largo, demasiado largo para el cuello abierto de una camisa de nailon estampada con dibujos de automóviles de 1910 en tres vivos colores. Llevaba una corbata de anchas diagonales marrones y negras, demasiado estrecha, supuso, para las puntas del cuello, que ahora le parecían grotescamente largas. O no combinaba el color. Algo pasaba.

Junto a él, en la oscura claridad del espejo, la mujer de ojos verdes parecía Irma La Douce. Pero mirando más de cerca, estudiando ese rostro, se estremeció. La cara de la chica era como la de un animal. Una cara hermosa, pero simple, astuta, bidimensional. Cuando sienta que la estás mirando, pensó Coretti, te brindará la sonrisa, la mueca desdeñosa, o lo que sea que esperas.

Impulsivamente, Coretti dijo:

—¿Puedo, eh..., invitarte a una copa?

En momentos como ése, Coretti se veía poseído por un agónico y rígido tic lingüístico. *Ah*. Dio un respingo. *Ah*.

—¿Quieres, ah... invitarme a una copa? Pues, qué amable de tu parte —dijo ella, desconcertándolo—. Eso estaría muy bien. —Muy de lejos, Coretti notó que esa respuesta había sido tan formal e insegura como su invitación. La chica agregó—: Un Tom Collins sería perfecto para esta ocasión.

¿Para esta ocasión? ¿Perfecto? Azorado, Coretti pidió dos tragos y pagó.

Una mujer grande con tejanos y una camisa vaquera con encajes se apoyó a su lado en la barra y pidió cambio al barman.

—Vaya, vaya —dijo. Luego caminó ampulosamente hasta la máquina de discos y tecleó la de Conway y Loretta: «Tú eres la razón de que nuestros hijos sean feos». Coretti se volvió hacia la mujer de verde y murmuró, atropelladamente:

—¿Te gusta la música country? ¿*Te gusta...*? —Se hizo un reproche secreto por haber formulado así las cosas, y trató de sonreír.

—Sí, mucho —respondió ella, con un levísimo timbre en la voz—. Me gusta mucho.

La vaquera se sentó junto a él y le preguntó a la chica:

—¿Te está molestando el monstruito éste?

Y la mujer de verde y ojos de animal replicó:

—Oh, qué va, cielo, me gusta. —Y se rió. La risa estrictamente necesaria. El dialectólogo que había en Coretti se movió incómodamente: un cambio de expresión e inflexión demasiado perfecto. ¿Una actriz? ¿Una mimo con talento? La palabra *mimético* le vino de golpe a la mente, pero la dejó a un lado para estudiar el reflejo de

la mujer en el espejo; las hileras de botellas le ocluían los senos como una túnica de vidrio.

—Me llamo Coretti —dijo él, mientras el duende verbal lo llevaba bruscamente a un estilo de tipo rudo nada convincente—. Michael Coretti.

—Encantada —dijo ella, con voz demasiado baja para que la otra mujer la oyese, y cayendo, una vez más, en una mediocre parodia de Emily Post.

—Conway y Loretta —dijo la vaquera a nadie en particular.

—Antoniette —dijo la mujer de verde, e inclinó la cabeza. Terminó el trago, fingió mirar un reloj, dijo gracias-por-la-copa con excesiva cortesía y se marchó.

Diez minutos después, Coretti la seguía por la Tercera Avenida. Nunca en su vida había seguido a nadie, y aquello lo aterraba y excitaba al mismo tiempo. Doce metros le parecían una distancia discreta, pero ¿qué haría si ella miraba hacia atrás?

La Tercera Avenida no es una calle oscura, y fue allí, a la luz de un poste, como la de un reflector de teatro, donde ella empezó a cambiar. La cañe estaba desierta.

Ella estaba cruzando la calle. Bajó de la acera y empezó. Comenzó con tonos en el pelo; al principio Coretti pensó que serían reflejos de luz. Pero allí no había neón que proyectase las manchas de color que aparecieron; colores que se deslizaban y se fundían como manchas de aceite. Luego, los colores se disolvieron y a los tres segundos era rubia albina. Pensó otra vez que se trataba de un juego de la luz hasta que el vestido comenzó a retorcerse, arrugándose sobre el cuerpo como un plástico ajustable. Una parte cayó por completo y quedó en la calzada como un jirón rizado, extendida como la piel de un animal fabuloso. Cuando Coretti pasó al lado, era una chisporroteante espuma verde que se disolvía, consumiéndose. Cuando volvió a mirarla, el vestido de la chica era otro, un raso verde de reflejos cambiantes. También los zapatos habían cambiado. Tenía los hombros descubiertos salvo por delgadas cintas que le cruzaban la parte más estrecha de la espalda. El pelo era ahora corto, erizado.

Descubrió que estaba apoyado en la vitrina ahumada de una joyería; que el aliento le salía entrecortado y áspero en la humedad de esa noche de otoño. Oyó los latidos de la discoteca, a dos calles de distancia. Los movimientos de ella adoptaron sutilmente un nuevo ritmo: un cambio de énfasis en el balanceo de las caderas, en el modo en que apoyaba los tacones en el pavimento. El portero la dejó pasar con una vaga inclinación de cabeza. Detuvo a Coretti, examinó su licencia de conducir y frunció el ceño al verle el abrigo de capucha. Ansioso, Coretti rastreó con los ojos el aluvión de luces en lo alto de la lechosa escalera de plástico que había detrás del portero. Allí había desaparecido ella, entre los destellos robóticos y el estruendo redundante.

El hombre lo dejó pasar de mala gana; Coretti subió a trancos la escalera, haciendo temblar las luces bajo los translúcidos escalones de plástico.

Nunca había estado en una discoteca; se encontró en un entorno diseñado para la satisfacción total por medio de la distracción. Nervioso, se abrió paso entre el movimiento y los estilos y los mecánicos cantos urbanos que estallaban en los altavoces. La buscó casi a ciegas por la pista de baile atiborrada de figuras inmóviles en la luz estroboscópica.

Y la encontró en la barra, bebiendo un trago en un vaso alto y extravagante y escuchando a un joven vestido con una holgada camisa de seda clara y pantalones negros muy ceñidos. Ella asentía a intervalos que Coretti consideró apropiados. Coretti pidió una botella de bourbon. La chica bebió cinco de esos tragos largos y luego siguió al joven hasta la pista de baile.

Se movía en perfecta armonía con la música, mostrando una serie de poses; ejecutó toda la secuencia prescrita, con gracia pero sin arte, acoplándose perfectamente. Siempre, siempre acoplándose a la perfección. Su compañero bailaba de modo mecánico, haciendo con esfuerzo los movimientos del ritual.

Terminado el baile, la chica se volvió abruptamente y se perdió entre la gente. La masa movediza se cerró sobre ella como si se hubiera derretido.

Coretti se zambulló tras ella, sin quitarle los ojos de encima, y fue el único que advirtió el cambio. Cuando llegó a la escalera, la chica tenía el pelo castaño rojizo y llevaba un vestido largo de color azul. Una flor blanca le asomaba entre el pelo, detrás de la oreja izquierda; el pelo era ahora más largo y liso. Los pechos se le habían agrandado un poco, y las caderas eran un tanto más pesadas. Subió las escaleras de dos en dos, y Coretti empezó a temer por ella. Todos esos tragos.

Pero el alcohol no parecía hacerle ningún efecto.

Coretti la siguió sin perderla de vista ni un instante, con el corazón latiéndole más rápido que las disco-pulsaciones que dejaba a sus espaldas, convencido de que en cualquier momento ella se volvería, lo miraría furibunda, pediría auxilio.

Recorridas dos manzanas de la Tercera Avenida, dobló hacia Lothario's. Ahora tenía algo distinto en el modo de andar. Lothario's era un tranquilo conjunto de salas decoradas con helechos y espejos Art Deco. Del techo colgaban lámparas imitación Tiffany que se alternaban con ventiladores de aspas de madera cuya rotación era demasiado lenta para agitar las volutas de humo que flotaban a la deriva entre el zumbido conscientemente leve de las conversaciones. Después de la ruidosa discoteca, Lothario's resultaba familiar y reconfortante. Un pianista de jazz en mangas de camisa de rayas finas y corbata de nudo holgado competía suavemente con las charlas y las risas de una docena de mesas.

La chica estaba en la barra; sólo la mitad de los taburetes estaban ocupados, pero Coretti se decidió por una mesa junto a la pared, a la sombra de una palmera enana, y pidió un bourbon.

Se tomó el bourbon y pidió otro. Esta noche no sentía mucho el alcohol.

La chica estaba sentada junto a un joven, otro joven con el acostumbrado conjunto de facciones blandas y regulares. Ella le rozaba apenas el muslo con el suyo. No parecían estar hablando, pero Coretti tuvo la impresión de que se comunicaban de algún modo. Se inclinaban el uno hacia el otro, ligera, silenciosamente. Coretti se sintió incómodo. Fue a los lavabos y se mojó la cara. De regreso, se las arregló para pasar a menos de un metro de ellos. Los labios de ellos no se movieron hasta que él estuvo cerca.

Se turnaban para musitar palabras realistas:

—... vi sus primeras películas, pero...

—Pero él es bastante inmoderado, ¿no te parece?

—Claro, pero en el sentido de que...

Y por primera vez, Coretti supo lo que eran, lo que debían ser. Eran de la especie que se ve en los bares, que parecen genuinamente cómodos allí. No son borrachos, sino artefactos humanos. Parte de la instalación. Pertenecen a ese sitio.

Algo en él ansiaba un enfrentamiento. Llegó a su mesa, pero descubrió que no podía sentarse. Dio media vuelta, tomó aliento y caminó rígidamente hacia la barra. Quería darle a la chica un golpecito en el sedoso hombro y preguntarle quién era, y qué era exactamente, y señalar la fría ironía del hecho de que fuese él, Coretti, el que se vestía como un marciano, el que espiaba conversaciones, el forastero, el de la ropa y la conversación que nunca encajaban, quien había por fin adivinado su secreto.

Pero no se atrevió, y no hizo más que sentarse junto a ella y pedir un bourbon.

—Pero ¿no crees —preguntó ella a su compañero— que todo eso es relativo?

Los dos taburetes detrás del acompañante fueron rápidamente ocupados por una pareja que hablaba de política. Antoinette y Camisa de Golf entraron en el tema político como si nada, reciclando, levantando el volumen de la voz lo estrictamente necesario para ser escuchados. El rostro de ella, al hablar, no mostraba ninguna expresión. Era un pájaro gorjeando en una rama.

Estaba tan cómodamente sentada en el taburete que parecía instalada en un nido. Camisa de Golf pagaba los tragos. Siempre tenía la cantidad exacta, a menos que quisiera dejar una propina. Coretti los vio consumir metódicamente seis cócteles cada uno, como insectos chupando néctar. Pero en ningún momento subieron la voz, ni se les enrojecieron las mejillas, y cuando al fin se levantaron, lo hicieron moviéndose sin la menor huella de ebriedad: un defecto, pensó Coretti, un punto débil de su camuflaje.

No le prestaron la más mínima atención mientras los seguía a tres bares sucesivos.

Al entrar en el Waylon's, pasaron por una metamorfosis tan rápida que a Coretti le costó seguir las fases del cambio. Era uno de esos sitios donde en las puertas de los lavabos hay placas que dicen «Pointers» y «Setters», y una plaquita en imitación de

madera de pino en los recipientes de charqui y salchichas en salmuera: *Tenemos un trato con el banco. Ellos no sirven cerveza y nosotros no aceptamos cheques.*

En el Waylon's era gorda y con ojeras oscuras. Tenía manchas de café en el conjunto de poliéster. El hombre que la acompañaba vestía tejanos y camiseta, y llevaba una gorra roja de béisbol con un parche rojo y blanco de Peterbilt. Coretti casi los perdió mientras pasaba un frenético minuto en el «Pointers», parpadeando desconcertado frente a un letrero de cartón escrito a mano que decía: *Apuntamos al buen servicio; apunte usted también al servicio, por favor.*

La Tercera Avenida se perdía cerca de los muelles en una petrificada maraña de ladrillos. En la última manzana, la calzada estaba marcada a intervalos por vómitos brillantes; un anciano dormitaba frente a televisores en blanco y negro, sellados para siempre tras los turbios ventanales ahumados de hoteles decadentes.

El bar que allí encontraron no tenía nombre. Un as de diamantes se desmoronaba poco a poco en la ventana sin lavar; el barman tenía cara de puño cerrado. Un transistor FM de marfil plástico ofrecía rock suave a las irregulares filas de mesas desiertas. Bebieron cerveza y aguardiente. Eran viejos ahora, dos nulidades que bebían y fumaban a la luz de bombillas desnudas, tosiendo frente a un paquete de arrugados Camel que ella sacó del bolsillo de un mugriento impermeable marrón.

A las dos y veinticinco de la mañana estaban en la terraza del nuevo hotel que se alzaba sobre el muelle. Ella llevaba un vestido de noche y él iba de traje oscuro. Bebían coñac y fingían admirar las luces de la ciudad mientras Coretti los observaba tras dos onzas de Wild Turkey servido en un vaso de cristal Waterford.

Bebieron hasta la hora de cerrar. Coretti entró con ellos en el ascensor. Sonrieron por cortesía, pero aparte de eso no le hicieron caso. Había dos taxis frente al hotel; ellos tomaron uno, Coretti el otro.

—Siga a ese taxi —dijo Coretti atropelladamente mientras enseñaba los últimos veinte dólares al avejentado conductor *hippie*.

—Claro que sí, hermano, claro que sí... —El taxista siguió al otro taxi durante seis manzanas hasta llegar a otro hotel, éste más modesto. Ellos bajaron y entraron. Coretti bajó despacio del taxi, respirando ruidosamente.

Estaba muerto de envidia: por la personificación de la conformidad, esa mujer que no era una mujer, ese empapelado humano. Coretti miró hacia el hotel, y perdió la calma. Dio media vuelta.

Caminó hasta su casa. Dieciséis manzanas. En un momento dado advirtió que no estaba borracho. Nada borracho.

Por la mañana llamó para suspender su clase de primera hora. Pero la resaca no llegaba. No tenía la boca reseca, y al mirarse en el espejo del baño vio que no tenía

los ojos enrojecidos.

Por la tarde durmió, y soñó con gente de caras ovinas, reflejadas en espejos detrás de hileras de botellas.

Esa noche salió a cenar, solo, y no comió nada. La comida le devolvía la mirada, de alguna forma. La revolvió en el plato para que pareciera que había comido un poco, pagó y se fue a un bar. Y a otro. Y a otro bar, buscándola. Ahora usaba la tarjeta de crédito, si bien ya tenía la Visa muy sobrecargada. Si vio a la chica, no la reconoció.

A veces vigilaba el hotel donde la había visto entrar. Observaba detalladamente a cada pareja que llegaba y salía. No porque pudiese reconocerla tan sólo por el aspecto, pero tenía que haber una *sensación*, una especie de reconocimiento intuitivo. Observaba a las parejas y nunca estaba seguro.

Durante las semanas siguientes visitó de manera sistemática hasta el último agujero de la ciudad donde sirvieran alcohol. Armado al principio con un plano y cinco Páginas Amarillas arrancadas, fue avanzando hasta los locales más tenebrosos, sitios con números telefónicos que no aparecían en las listas. Algunos ni siquiera tenían teléfono. Se hizo socio de dudosos clubs privados, descubrió refugios que funcionaban fuera de horario y sin licencia, a los que había que llevar la propia consumición, y se sentaba nerviosamente en oscuras salas dedicadas a espacios de sexualidad marginal cuya existencia desconocía.

Pero continuó en lo que había de convertirse en su circuito de todas las noches. Comenzaba siempre por el Clandestino. Ella nunca estaba allí, ni en el sitio siguiente, ni el siguiente. Los camareros lo conocían, y les agradaba verlo llegar, porque consumía continuamente y no parecía emborracharse nunca. Tal vez miraba a los demás clientes con algo de insistencia, ¿y qué?

Coretti perdió el empleo.

Había faltado demasiadas veces a clase. Le había dado por vigilar el hotel cada vez que tenía tiempo, hasta de día. Lo habían visto en demasiados bares. No parecía mudar nunca de ropa. Rechazaba clases nocturnas. Interrumpía una clase por la mitad para quedarse mirando distraídamente por la ventana.

Se sintió secretamente contento por el despido. En el restaurante universitario lo miraban con extrañeza al ver que no podía comer. Y ahora disponía de más tiempo para la búsqueda.

Coretti la encontró a las dos y cuarto de la madrugada de un miércoles en un bar gay llamado El Establo. El local, de paredes cubiertas con planchas de madera rústica decoradas con cabestros y oxidados implementos agrícolas, era una estridencia de perfumes, risas y cerveza. Ella era la compañera de risas de todo el mundo, con un

vestido azul de lentejuelas, una pluma verde en el peinado marrón. Con una avasallante sensación de alivio casi celular, Coretti tomo conciencia de una suerte de admiración, un extraño orgullo que ahora sentía por ella, y por la especie de ella. También pertenecía a ese sitio. Era representativa, una mariquita que no planteaba ninguna amenaza para los maricas ni para sus machos. El hombre que la acompañaba se había convertido en un hombre sin edad, de cejas meticulosamente platinadas, jersey de angora y trinchera.

Bebieron y bebieron, y salieron riendo —con la clase de risa exactamente adecuada— a la lluvia. Un taxi esperaba, con los limpiaparabrisas que imitaban el ritmo del corazón de Coretti.

Maniobrando torpemente por la acera mojada, Coretti se escabulló en el taxi, temiendo la reacción de ellos.

Coretti estaba en el asiento trasero, al lado de ella.

El hombre de sienes plateadas habló con el conductor. El taxista murmuró algo al micrófono, soltó el embrague y se alejaron bajo la lluvia, por las calles oscurecidas. El paisaje urbano no impresionaba a Coretti que, mirando dentro de él mismo, veía que el taxista detenía el coche, que el hombre gris y a la mujer risueña lo empujaban hacia afuera y señalaban, sonrientes, la puerta de un hospital psiquiátrico. O: el taxi que se detenía, la pareja que le daba la espalda y meneaba apenada la cabeza. Y una docena de veces tuvo la impresión de ver que el taxi paraba en una desierta calle lateral donde metódicamente lo estrangulaban. Coretti muerto, abandonado bajo la lluvia. Porque era un extraño.

Pero llegaron al hotel de Coretti.

Bajo el débil resplandor de la luz interior del taxi, observó atentamente cómo el hombre metía la mano en el abrigo para sacar el dinero del viaje. Coretti vio claramente el forro del abrigo, que hacía una sola pieza con el jersey de angora. Ningún abultamiento de billetera, ningún bolsillo. Pero se abrió una especie de ranura. Se abrió cuando el hombre la tocó con los dedos, y la ranura vomitó dinero. Tres billetes doblados fueron suavemente extraídos de la ranura. Estaban algo húmedos. Se secaron mientras el hombre los desdoblaba, como las alas de una mariposa que se asoma por primera vez a la luz.

—Quédese con el cambio —dijo el hombre, saliendo del taxi. Antoinette se deslizó hacia afuera y Coretti la siguió mientras su mente sólo veía la ranura. La ranura húmeda, bordeada de rojo, como una agalla.

El vestíbulo estaba desierto y el recepcionista inclinado sobre un crucigrama. La pareja cruzó el vestíbulo silenciosamente hasta el ascensor; Coretti los siguió de cerca. En un momento trató de capturar la mirada de ella, pero ella no le hizo caso. Y una vez, mientras el ascensor subía siete pisos por encima del de Coretti, la mujer se dobló hacia adelante y olfateó el cenicero mural de cromo, como un perro que

husmea la tierra.

Los hoteles, muy avanzada la noche, nunca están en calma. Los pasillos nunca están en completo silencio. Hay innumerables suspiros que apenas se oyen, crujidos de sábanas, y voces apagadas que recitan fragmentos de sueños. Pero en el pasillo del noveno piso, Coretti tuvo la sensación de moverse en un vacío perfecto, silencioso; sus zapatos no hacían ningún ruido sobre la moqueta incolora, y hasta el latido de su corazón de extraño se ahogaba en el vago diseño que decoraba el empapelado.

Trató de contar los pequeños óvalos de plástico atornillados en las puertas, cada uno con sus tres cifras, pero el pasillo parecía extenderse sin cesar. Por fin el hombre se detuvo frente a una puerta, una puerta revestida como todas las demás con una plancha en imitación de palo de rosa, y puso la mano en la cerradura, aplanando la palma sobre el metal. Se oyó un leve roce, luego un clic del mecanismo, y la puerta se abrió por completo. Cuando el hombre apartó la mano, Coretti vio una astilla de hueso, rosa grisácea y con forma de llave, que se replegaba húmedamente en la carne pálida.

No había luces encendidas en aquella habitación, pero el tenue aura de neón de la ciudad se filtraba por las celosías y le permitió ver las caras de una docena o más de personas, sentadas en la cama y en el sofá y en los sillones y en los taburetes de la pequeña cocina. Al principio creyó que tenían los ojos abiertos, pero entonces se dio cuenta de que las opacas pupilas estaban ocultas tras una membrana nictitante, un tercer párpado que reflejaba las tenues sombras de neón de la ciudad. Vestían lo que el último bar que habían visitado requería; amorfos abrigos del Ejército de Salvación compartían asiento con prendas informales suburbanas de vivos colores, batas de noche junto a polvorientos uniformes de fábrica, cuero de motociclista junto a un afelpado *tweed* Harris. Con el sueño, toda falsa humanidad había desaparecido.

Eran pájaros pasando la noche en su árbol.

Su pareja fue a sentarse junto a los demás en el borde del mostrador de formica de la kitchenette, y Coretti vaciló en medio de la moqueta vacía. Años luz de aquella alfombra parecían distanciarlo de los otros, pero algo lo llamaba desde lejos, prometiéndole paz y descanso. A pesar de eso, vaciló, estremeciéndose con una indecisión que parecía surgir del núcleo genético de cada célula de su cuerpo.

Hasta que abrieron los ojos, todos simultáneamente; las membranas se deslizaron hacia los lados y mostraron la extraña calma de los habitantes de la más oscura fosa oceánica.

Coretti gritó, y salió corriendo, y corrió por pasillos y resonantes escaleras de hormigón hasta la lluvia fría y las calles casi vacías.

Coretti nunca regresó a su habitación del tercer piso de aquel hotel. Un flemático detective doméstico recogió los textos de lingüística, la única maleta de ropa, todo lo cual terminó por venderse en subasta. Coretti alquiló un cuarto en una pensión

administrada por una ceñuda abstemia bautista que hacía rezar a sus inquilinos antes de cada una de las recalentadas cenas. No le molestaba que Coretti nunca se sumase a aquellas comidas; él le explicó que en el trabajo le daban de comer gratis. Coretti mentía libre y hábilmente. Nunca bebía en la pensión, y nunca volvía borracho. El señor Coretti era un poco raro, pero siempre pagaba puntualmente el alquiler. Y era muy tranquilo.

Coretti dejó de buscarla. Dejó de ir a los bares. Bebía de una bolsa de papel mientras iba y venía del trabajo en el depósito de una editorial, en una zona en la que por ser industrial se permitían pocos bares.

Trabajaba por la noche.

A veces, al amanecer, sentado al borde de la cama sin hacer, abandonándose al sueño —ahora nunca dormía acostado—, pensaba en ella. Antoinette. Y en ellos. La especie. A veces hacía adormiladas elucubraciones... Quizás eran como los ratones de las casas, la especie de animal pequeño que ha evolucionado para vivir sólo en estructuras hechas por el hombre.

Una especie de animal que vive sólo de bebidas alcohólicas. Con peculiares metabolismos que convierten el alcohol y las diversas proteínas de las bebidas, del vino y de la cerveza, en todo cuanto necesitan. Y pueden cambiar por fuera, como los camaleones o las escorpinas, para protegerse. Para poder vivir entre nosotros. Y tal vez, pensaba Coretti, crecieran por etapas. En las primeras fases parecerían humanos, comerían lo que los humanos comen, y percibirían que eran diferentes sólo como un vago desasosiego.

Una especie de animal con su propia astucia, con su propio conjunto de instintos urbanos. Y la capacidad de reconocer a los de su propia especie cuando están cerca. Tal vez.

Y tal vez no.

Coretti se hundió en el sueño.

Un miércoles, pasadas después de tres semanas en el nuevo empleo, la patrona abrió su puerta —nunca golpeaba— y le dijo que lo llamaban al teléfono. Tenía la voz tensa por la habitual desconfianza, pero Coretti la siguió por el oscuro corredor hasta la sala de estar del segundo piso, donde estaba el teléfono.

Al llevarse el anticuado artefacto negro al oído, lo primero que oyó al principio fue sólo música, y luego una especie de ruido que se fue disolviendo en una fragmentada amalgama de conversaciones. Risas. Nadie se impuso al ruido del bar para hablarle, pero la canción de fondo era «Tú eres la razón de que nuestros hijos sean feos».

Y luego el tono de marcar, cuando la persona que llamaba colgó.

Más tarde, solo en su habitación, escuchando los firmes pasos de la patrona en la sala de abajo, Coretti se dio cuenta de que no había necesidad de permanecer donde estaba. El llamamiento había llegado. Pero la patrona exigía que quien quisiese marcharse le avisara con tres semanas de anticipación. Eso significaba que le debía dinero. El instinto le dijo que se lo dejara.

Un obrero cristiano de la habitación vecina tosió dormido cuando Coretti se levantó y bajó al teléfono de la sala. Coretti le dijo al capataz del turno de noche que renunciaba a su empleo. Colgó y volvió a su habitación, cerró la puerta y se quitó la ropa lentamente hasta quedar desnudo frente a la chillona litografía enmarcada de Jesús que había encima del escritorio marrón de metal.

Contó nueve billetes de diez. Los puso cuidadosamente junto las manos rezadoras que decoraban la tapa del escritorio.

Era dinero de aspecto agradable. Era dinero perfectamente bueno. El mismo lo había hecho.

Esta vez no estaba para trivialidades. Ella bebía un margarita, y él pidió lo mismo. Ella pagó, sacándose el dinero de entre los senos, que se agitaban bajo un vestido escotado, con un diestro movimiento de la mano. Coretti alcanzó a ver la agalla que se cerraba allí. Se sintió excitado, pero por algún motivo esta vez no tuvo una erección.

Tras el tercer margarita las caderas de los dos se tocaron, y algo empezó a propagarse por el cuerpo de él en lentas ondas orgásmicas. El punto de contacto era pegajoso; una zona del tamaño de la yema del pulgar en el sitio donde se abría el vestido de ella. Coretti era dos hombres: el de adentro, fundiéndose con ella en total comunión celular, y la cáscara, sentada con naturalidad en un taburete del bar, con los codos flanqueando el trago, los dedos jugando con una paletilla de agitar cócteles. Sonriendo afablemente al vacío. Tranquilo en la fría penumbra.

Y una vez, pero sólo una vez, una preocupada y distante parte de Coretti le hizo bajar la mirada hacia donde latían unos tubos de color rubí, y donde se movían, entre los dos, unos zarcillos que remataban en labios afilados. Como los tentáculos entrelazados de dos extrañas anémonas.

Estaban copulando, y nadie lo sabía.

Y el barman, cuando les trajo la nueva copa, les ofreció su sonrisa cansada y dijo:
—Sigue lloviendo, ¿verdad? No va a parar nunca.

—Ha llovido así toda la condenada semana —respondió Coretti—. Ha llovido hasta en los tragos.

Y lo dijo bien. Como un verdadero ser humano.

Cuando Hiro activó el látigo, yo soñaba con París, soñaba con calles invernales, oscuras, mojadas. El dolor me subió oscilando desde la base del cráneo, me estalló detrás de los ojos en una pared de neón azul; salté gritando de la hamaca de red.

Siempre grito; de eso nunca me olvido. La retroalimentación me chillaba en el cráneo. El látigo de dolor es un circuito auxiliar del osteófono implantado, conectado directamente a los centros de dolor; lo necesario para atravesar la niebla barbitúrica de un relevo. Mi vida tardó algunos segundos en cobrar forma, mientras unos icebergs de biografía aparecían entre la niebla: quién era, dónde estaba, qué hacía allí, quién me despertaba.

La voz de Hiro me entró crepitando en la cabeza a través del osteoconductor.

—Maldita sea, Toby. ¿Sabes lo que me haces en los oídos con esos gritos?

—¿Sabes cuánto me preocupan tus *oídos*, doctor Nagashima? Me preocupan tanto como...

—No hay tiempo para letanías de amor, muchacho. Tenemos trabajo. A ver ¿qué son esas ondas puntiagudas de cincuenta milivoltios que te salen del temporal? ¿Estás mezclando algo con los calmantes para dar un poco de color a la cosa?

—Tu electroencefalograma no sale bien, Hiro. Estás loco. Sólo quiero dormir...

—Me derrumbé en la hamaca y traté de echarme la oscuridad encima, pero la voz de Hiro seguía allí.

—Lo siento, hermano, pero hoy trabajas. Ha vuelto una nave, hace una hora. Los de la esclusa de aire están allí ahora mismo, aserrando el motor de reacción para que la nave quepa por la puerta.

—¿Quién es?

—Leni Hofmannstahl, Toby, físico-química, ciudadana de la República Federal de Alemania. —Esperó a que yo dejara de gruñir—. Es un disparo de carne confirmado.

Qué agradable terminología de rutina hemos desarrollado aquí. Se refería a una nave que había regresado con telemetría médica activada, y en la que había un (1) cuerpo, caliente, estado psicológico todavía desconocido. Cerré los ojos y me columpié en la oscuridad.

—Parece que tú eres el relevo, Toby. El perfil de ella sincroniza con el de Taylor, pero Taylor está de permiso.

Yo sabía todo acerca del «permiso» de Taylor. Estaba en las cajas agrícolas, atiborrado de amitriptilina, haciendo ejercicios aeróbicos para compensar el último ataque de depresión. Uno de los riesgos laborales de ser un relevo. Taylor y yo no nos llevamos bien. Es curioso, pero suele pasar cuando el perfil psicosexual del tipo es

demasiado parecido al de uno.

—Ey, Toby, ¿de dónde sacas toda esa droga? —La pregunta era ya ritual—. ¿Te la da Charmian?

—Me la da tu mamá, Hiro. —El sabe que es Charmian tan bien como yo.

—Gracias, Toby. Como no estés en el ascensor del Cielo en cinco minutos mandaré al personal de enfermería ruso para que venga a ayudarte. Al personal masculino.

Seguí columpiándome en la hamaca y me entretuve con el juego llamado El Lugar de Toby Halpert en el Universo. No es que sea egotista: pongo el sol en el centro, la luminaria, la esfera del día. A su alrededor pongo en movimiento pulcros planetas, nuestro acogedor sistema natal. Pero justo *aquí*, en un punto fijo situado a casi un octavo de la distancia que nos separa de la órbita de Marte, cuelgo un grueso cilindro de aleación, como un modelo a un cuarto de escala del Tsiolkovsky 1, el Paraíso de los Trabajadores en L-5. El Tsiolkovsky 1 está emplazado en el punto de liberación entre la gravedad de la Tierra y la de la Luna, pero necesitamos también una vela lumínica que nos mantenga aquí, veinte toneladas de aluminio en forma de hexágono, diez kilómetros de lado a lado. Esa vela nos remolcó fuera de la órbita terrestre, y ahora es nuestra ancla. La usamos para maniobrar contra la corriente de fotones, para mantenernos aquí junto a la cosa —el punto, la singularidad— que llamamos la Autopista.

Los franceses lo llaman *le metro*, el tren subterráneo, y los rusos lo llaman el río, pero *subterráneo* no entraña la distancia, y *río*, para los americanos, no entraña la misma soledad. Llamémoslo las Coordenadas de la Anomalía Tovyevski, si no os molesta meter a Olga en esto. Olga Tovyevski, Nuestra Señora de las Singularidades, Santa Patrona de la Autopista.

Hiro no confiaba en que me levantara solo. Justo antes de que entraran los enfermeros rusos encendió las luces de mi cubículo por control remoto, y las dejó titilar y tartamudear unos segundos antes de que iluminaran como una mirada hostil y persistente las imágenes de Santa Olga que Charmian había pegado en el mamparo. Docenas de fotos, la cara repetida en papel de periódico, en brillante papel de revista ilustrada. Nuestra Señora de la Autopista.

La teniente coronel Olga Tovyevski, la mujer más joven de su rango en el esfuerzo espacial soviético, estaba en ruta hacia Marte, sola, en un Alyut 6 modificado. Las modificaciones le permitían llevar el prototipo de un nuevo limpiador de aire que iba a ser sometido a pruebas en el laboratorio orbital marciano donde la URSS había destacado a cuatro hombres. Con la misma facilidad podrían haber manejado el Alyut a distancia, desde Tsiolkovsky, pero Olga quería acumular

tiempo en misiones. Se aseguraron de mantenerla ocupada: le asignaron una serie de experimentos de rutina con señales de radio por banda de hidrógeno, la parte más anodina de un intercambio científico soviéticoaustraliano de baja prioridad. Olga sabía que su papel en los experimentos podría haber sido desempeñado por un cronómetro doméstico estándar. Pero ella era una funcionaria eficiente; pulsaba los botones exactamente en los intervalos correctos.

Con el pelo castaño peinado hacia atrás y recogido en una red, debía de tener el aspecto de un idealizado camafeo del *Pravda* que representase el Trabajador del Espacio; fácilmente la cosmonauta más fotogénica de ambos géneros. Verificó una vez más el cronómetro de la Alyut y puso la mano sobre los botones que dispararían la primera señal. La coronel Tovyevski no podía saber que se acercaba al punto del espacio que más tarde se conocería como la Autopista.

Mientras ella pulsaba la secuencia de seis botones, el Alyut recorrió esos kilómetros finales y emitió la señal, una descarga sostenida de energía radial a 1420 megahertz, la frecuencia de transmisión del átomo de hidrógeno. El radiotelescopio de Tsiolkovsky hada el seguimiento, y retransmitía la señal a los satélites de comunicación geosincrónicos que a su vez la hacían llegar a estaciones al sur de los Urales y en Nueva Galés del Sur. Durante 3,8 segundos la radio imagen del Alyut fue oscurecida por una postimagen de la señal.

Cuando la postimagen se disolvió en las pantallas de los monitores terrestres, el Alyut había desaparecido.

En los Urales, un técnico georgiano de mediana edad rompió con los dientes la cánula de su pipa de espuma de mar favorita. En Nueva Galés del Sur, un joven físico se puso a golpear el costado del monitor como un enfurecido finalista de flíper protestando un TILT.

El ascensor que me esperaba para llevarme al Cielo podía ser la mejor toma de Hollywood de una caja para momias Bauhaus: un sarcófago angosto, vertical, con una tapa acrílica transparente. Tras ella, hileras de consolas idénticas se alejaban como en una ilustración de libro de texto sobre la perspectiva. La acostumbrada multitud de técnicos con sus trajes de payaso de papel amarillo se arremolinaba alrededor con determinación. Vi a Hiro en mono de dril azul, con la camisa de vaquero de botones nacarados abierta sobre una desteñida camiseta de la UCLA. Absorto en el torrente de cifras que bajaba por la pantalla de un monitor, no advirtió mi presencia. Nadie lo hizo.

De modo que me quedé allí mirando el techo, y el fondo del piso del Cielo. No parecía gran cosa. Nuestro gordo cilindro está compuesto en realidad por dos cilindros, uno dentro del otro. Aquí abajo, en el de afuera —hacemos nuestro propio

«abajo» mediante rotación axial— están los aspectos más mundanos de nuestra operación: dormitorios, cafeterías, la plataforma de la esclusa de aire, por donde hacemos entrar las naves que regresan, la sala de comunicaciones... y los pabellones, a los que me cuidó de no ir nunca.

El Cielo, el cilindro interior, el improbable corazón verde de este lugar, es el perfecto sueño Disney del regreso al hogar, el famélico oído de una economía global hambrienta de información. Un flujo constante de información bruta sale en pulsaciones hacia la Tierra, una inundación de rumores, susurros, indicios de tráfico transgaláctico. Solía acostarme en la hamaca, rígidamente, a sentir la presión de todos esos datos, a sentir como serpenteaban entre las líneas que imaginaba detrás del mamparo, líneas como tendones, apretados y abultados, a punto de reventar, a punto de aplastarme. Entonces Charmian vino a vivir conmigo, y cuando le conté lo del miedo, hizo unas cuantas brujerías contra él y colocó sus iconos de santa Olga. Y la presión retrocedió, disminuyó.

—Te voy a conectar un traductor, Toby. Quizá necesites alemán esta mañana. — La voz me sonó como arena en el cráneo, una seca modulación de estática—. Hillary...

—En línea, doctor Nagashima —dijo una voz BBC, límpida como cristal de hielo—. Tienes francés, ¿verdad, Toby? Hofmannstahl tiene francés e inglés.

—A mí no me toques el pelo, Hillary. Habla cuando se te hable, ¿entendido? —El silencio de ella se transformó en una capa más del intrincado, continuo chisporroteo de estática. Hiro me disparó una mirada indecente a través de dos docenas de consolas. Sonreí.

Estaba empezando a suceder: el regocijo, la ráfaga de adrenalina. Lo sentía entre las últimas volutas del barbitúrico. Un muchacho de cara rubia, suave, de surfista, me ayudaba a entrar en el mono. Olía; era nuevo-envejecido, cuidadosamente maltratado, empapado en sudor sintético y feromonas de fábrica. Las dos mangas estaban atiborradas, desde la muñeca hasta el hombro, de parches bordados; casi todos eran logotipos de empresas, patrocinadores de una imaginaria expedición a la Autopista, con el logo del patrocinador principal cosido de hombro a hombro: la empresa que supuestamente había enviado a HALPERT, TOBY a su cita con las estrellas. Por lo menos mi nombre era verdadero, bordado en mayúsculas de nailon escarlata justo encima del corazón.

El surfista tenía esa clase de rasgos atractivos estándar que yo asocio con los jóvenes de la CÍA, pero su cinta identificadora decía NEVSKY, y se repetía en cirílico. KGB, entonces. No era un *tsiolnik*, no tenía ese estilo de articulaciones flojas que confieren veinte años en el hábitat L-5. El chico era puro Moscú, un educado marcador de procedimientos que probablemente supiera ocho maneras de matar con un periódico enrollado. Comenzamos entonces el ritual de drogas y bolsillos; me

metió una microjeringa, cargada con uno de los nuevos euforialucinógenos, en el bolsillo de la muñeca izquierda, dio un paso atrás, y marcó el dato en su lista. La silueta impresa de un relevo en traje de trabajo que llevaba en su bloc especial parecía una diana de tiro al blanco. Sacó una ampolla de cinco gramos de opio de la caja que llevaba sujeta a la cintura por una cadena y encontró el bolsillo adecuado. Marca. Catorce bolsillos. La cocaína fue lo último.

Hiro se acercó justo cuando el ruso estaba terminando.

—Tal vez tenga algunos datos fuertes, Toby; ella es físico química, recuerda. — Era extraño oírlo acústicamente, no por vibraciones óseas del implante.

—Allí arriba todo es fuerte, Hiro.

—¿Me lo dices a mí? —También él lo sentía, ese zumbido especial. Daba la impresión de que no podíamos mirarnos directamente a los ojos. Antes de que la torpeza fuese en aumento, dio media vuelta y dirigió un gesto de aprobación a uno de los payasos amarillos.

Dos de ellos me ayudaron a entrar en el ataúd Bauhaus y retrocedieron cuando la tapa bajó silbando como el visor del escudo de un gigante. Comencé mi ascenso al Cielo, donde sería recibido por una desconocida llamada Leni Hofmannstahl. Un viaje corto, pero que parece durar toda la vida.

Olga, que fue nuestra primera autostopista, la primera en sacar el pulgar por la longitud de onda del hidrógeno, tardó dos años en llegar a casa. En Tyuratam, en Kazakhstan, una mañana gris de invierno, registraron su regreso en dieciocho centímetros de cinta magnética.

Si un religioso —con conocimientos de tecnología cinematográfica— hubiese estado observando el punto en el espacio donde el Alyut había desaparecido dos años antes, podría haber pensado que Dios había empalmado una cinta de tomas de espacio vacío con tomas de la nave de Olga. Olga reapareció de pronto en nuestro espacio-tiempo como en un atroz efecto especial de aficionado. Una semana más tarde y tal vez no la habrían alcanzado a tiempo; la Tierra habría seguido su rumbo y la habría dejado a la deriva hacia el sol. Cincuenta y tres horas después de su regreso, un nervioso voluntario llamado Kurtz, vistiendo un traje blindado, entró por la escotilla del Alyut. Era un alemán del este, especialista en medicina espacial, y su vicio secreto eran los cigarrillos americanos; se moría por uno mientras manipulaba la esclusa de aire, pasaba junto a una masa rectangular de esencia de limpiador de aire y encendía la luz del casco haciendo presión con el mentón. El Alyut, incluso pasados dos años, parecía estar lleno de aire respirable. A la luz de los haces gemelos que le salían del enorme casco, vio diminutos globos de sangre y vómito que giraban lentamente, formando remolinos, mientras metía el abultado traje por el pasadizo y

entraba en el módulo de mando. Entonces la encontró.

Flotaba por encima del tablero de indicadores de navegación, desnuda, aovillada en un rígido nudo fetal. Tenía los ojos abiertos, pero clavados en algo que Kurtz nunca llegaría a ver. Los puños ensangrentados estaban apretados como piedra, y el pelo castaño, suelto ahora, le flotaba alrededor de la cara como unas algas marinas. Muy despacio, con mucho cuidado, Kurtz pasó por encima de las blancas teclas de la consola de mandos y sujetó su traje al tablero de indicadores. Parecía evidente que Olga había intentado tocar el equipo de comunicaciones de la nave con las manos desnudas. Desactivó la garra derecha del traje de trabajo, que se desplegó automáticamente, como dos pares de tenazas que fingiesen ser una flor. Estiró la mano, aún encerrada en un guante quirúrgico presurizado.

Luego, con la mayor suavidad posible, abrió los dedos de la mano izquierda de Olga. Nada.

Pero al abrirle el puño derecho, algo salió cayendo y girando lentamente, a pocos centímetros de la placa facial de Kurtz. Parecía un caracol de mar.

Olga regresó a casa, pero nunca regresó a la vida detrás de aquellos ojos azules. Intentaron reanimarla, por supuesto, pero cuanto más lo intentaban más tenue se volvía, y queriendo saber más, la diseminaron una y otra vez hasta que llegó, en su martirio, a llenar bibliotecas enteras con helados corredores de valiosísimas reliquias. Ningún santo había sido tan cortado; sólo en los laboratorios de Plesetsk, Olga estaba representada por más de dos millones de fragmentos de tejido, archivados y numerados en el subsótano de un complejo de estudios biológicos a prueba de bombas.

Tuvieron más suerte con la caracola. La exobiología se encontró de golpe pisando una tierra estremecedoramente firme: un gramo y siete décimas de información biológica de alta organización, definitivamente extraterrestre. La caracola de Olga generó toda una subrama de la ciencia, dedicada exclusivamente al estudio de... la caracola de Olga.

Los primeros descubrimientos acerca de la caracola aclararon dos cosas: no era producto de ninguna biosfera terrestre conocida, y como no había otras biosferas conocidas en el sistema solar, procedía sin duda de otra estrella. Olga tenía que haber visitado ese lugar, o había entrado en contacto, por lejos que estuviese, con algo que era, o había sido alguna vez, capaz de hacer el viaje.

Enviaron a un tal mayor Grosz a las Coordenadas Tovyevski en un Alyut 9 especialmente equipado. Detrás de él salió otra nave. Terminaba de emitir la última de las veinte señales de hidrógeno cuando la nave se esfumó. Grabaron la desaparición y esperaron. Regresó doscientos treinta y cuatro días más tarde. Mientras tanto, habían sondeado la zona constantemente, buscando con desesperación cualquier cosa que pudiese explicar la anomalía específica, el fenómeno irritante en

torno al cual se pudiese esbozar una teoría. No había nada: sólo la nave de Grosz, dando tumbos fuera de control. Grosz se suicidó antes de que pudieran llegar a rescatarlo, la segunda víctima de la Autopista.

Después de remolcar el Alyut de regreso a Tsiolkovsky, descubrieron que el sofisticado equipo de grabación no había grabado nada. Todos los componentes estaban en perfecto estado de funcionamiento; ninguno de ellos había funcionado. Grosz fue congelado instantáneamente y puesto a bordo de la primera nave que salió hacia Plesetsk, donde las palas mecánicas ya excavaban un nuevo subsótano.

Tres años después, a la mañana siguiente de haber perdido al séptimo cosmonauta, sonó un teléfono en Moscú. Era el director de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Estaba autorizado, dijo, a hacer una oferta: bajo ciertas condiciones muy específicas, la Unión Soviética podría contar con los mejores cerebros de la psiquiatría occidental. La Agencia consideraba, prosiguió, que actualmente dicha ayuda podría ser muy bien recibida.

Su dominio del ruso era excelente.

La estática del osteófono era una tormenta de arena subliminal. El ascensor se deslizó subiendo por su estrecho conducto a través de la planta del Cielo. Fui contando luces azules a intervalos de dos metros. Después de la quinta luz, oscuridad y suspensión.

Escondido en la hueca consola de mandos de la falsa nave de la Autopista, esperé en el ascensor como el secreto que se oculta detrás de un cuento infantil de misterio en un falso estante de libros. La nave era una pieza de utilería, como la cabaña bávara pegada a los Alpes de yeso de algunos parques de diversiones: un toque simpático, pero no del todo necesario. Si los que regresan nos aceptan, nos toman por lo que somos; nuestras noticias de primera plana y nuestros accesorios teatrales no parecen importar demasiado.

—Todo está libre —dijo Hiro—. No queda nadie por ahí. —Me masajee reflexivamente la cicatriz que tengo detrás de la oreja izquierda, donde me implantaron el osteófono. El costado de la falsa consola se abrió y dejó entrar la luz gris del amanecer del Cielo. El interior del bote de imitación resultaba familiar y a la vez extraño. Como tu propio apartamento cuando hace una semana que no lo ves. Una de las nuevas enredaderas brasileñas había atravesado la ventanilla izquierda; ése parecía ser el último cambio escénico desde mi última subida.

Hubo grandes discusiones por esas enredaderas en las reuniones de biotectura: los ecólogos americanos chillaban anunciando posibles deficiencias de hidrógeno. Los rusos se han mostrado muy susceptibles en el tema del biodiseño desde que tuvieron que pedir americanos prestados para que los ayudaran con el programa biótico en

Tsiolkovsky 1. Tenían un feo problema con la descomposición, que les arruinaba el trigo hidropónico; tanta ingeniería soviética supersofisticada y no podían establecer un ecosistema funcional. De nada sirve que aquella debacle inicial nos haya abierto el camino para poder estar ahora aquí con ellos. Eso los fastidia; entonces insisten con lo de las enredaderas brasileñas, lo que sea, cualquier cosa que les sirva de pretexto para discutir. Pero a mí esas enredaderas me gustan: las hojas tienen forma de corazón, y si se las frota entre las manos, huelen a canela.

Desde la portilla miré cómo aclaraba a medida que la luz solar reflejada entraba en el Cielo. El Cielo se rige por la hora de Greenwich; en alguna parte había enormes espejos Mylar girando en un vacío brillante, sincronizados para reflejar un amanecer de Greenwich. Los trinos de pájaros grabados empezaron a oírse en los árboles. Los pájaros lo pasan muy mal en ausencia de auténtica gravedad. No podemos tener pájaros verdaderos, porque se vuelven locos tratando de arreglárselas con la fuerza centrífuga.

La primera vez que lo ves, el Cielo hace honor a su nombre: exuberante, fresco y luminoso, la hierba larga, salpicada de flores silvestres. Es mejor si no sabes que la mayoría de los árboles son artificiales, o que para mantener ciertas cosas como el equilibrio óptimo entre las algas verdiazules y las algas diatomeas del estanque, hace falta una constante atención. Charmian dice que espera ver a Bambi salir de entre los árboles haciendo cabriolas, y Hiro sostiene que sabe exactamente cuántos ingenieros de la Disney fueron obligados a jurar que mantendrían el secreto, bajo el Acta de Seguridad Nacional.

—Estamos recibiendo fragmentos de Hofmannstahl —dijo Hiro. Casi podía estar hablando para sí mismo; la gestalt entrenador-relevo surtía efecto, y no tardaríamos en dejar de sentir la presencia del otro. El nivel de adrenalina comenzaba a disminuir—. Nada muy coherente. «*Schone Maschine*», algo así... «Hermosa máquina»... Hillary dice que parece muy tranquila, pero aturdida.

—No me expliques nada. No quiero esperar nada concreto, ¿de acuerdo? Entremos directamente. —Abrí la escotilla y aspiré una bocanada de aire del Cielo; fue como un trago de vino blanco frío—. ¿Dónde está Charmian?

Hiro suspiró, una suave ráfaga de estática.

—Charmian debería estar en el Claro Cinco ocupándose de un chileno que llegó hace tres días, pero no está, porque se enteró de que vendrías. Te espera junto al estanque de las carpas. Zorra testaruda —agregó.

Charmian arrojaba guijarros a la orgullosa carpa china. Llevaba un ramillete de flores blancas detrás de una oreja, un marchito Marlboro detrás de la otra. Tenía los pies descalzos y embarrados, y se había cortado las piernas del mono

por la mitad del muslo. Llevaba el pelo negro recogido en una cola de caballo.

Nos habíamos conocido en una fiesta en uno de los talleres de soldadura; voces ebrias resonaban en el cuenco de la esfera metálica, vodka artesanal en gravedad cero. Había uno que tenía una bolsa de agua para suavizar el trago, y sacó un buen puñado y lanzó diestramente una bola rodante y movediza de tensión superficial. Las viejas bromas acerca de pasar el agua. Pero yo soy un torpe en gravedad cero. La atravesé con la mano cuando pasó cerca. Me sacudí del pelo mil bolitas plateadas, aturdido, tropezando; y la mujer que estaba a mi lado se reía y daba lentos saltos mortales, muchacha larga, delgada, de pelo negro. Llevaba uno de esos holgados pantalones de cordón que los turistas se llevan de Tsiolkovsky, y una desteñida camiseta de la NASA tres tallas más grande de lo necesario. Un minuto después me hablaba de vuelos en ala delta con los adolescentes *tsiolniki*, y de lo orgullosos que estaban de la floja marihuana que cultivaban en una e las cestas de maíz. No me había dado cuenta de que ella era otro relevo hasta que Hiro entró a decirnos que la fiesta había terminado. Se fue a vivir conmigo una semana más tarde.

—Espera un minuto, ¿de acuerdo? —Hiro hizo chirriar los dientes, un sonido horrible—. Uno, *one*. —Y se fue, saliendo totalmente fuera del circuito; tal vez ni siquiera escuchaba.

—¿Cómo van las cosas en el Claro Cinco?

Me puse en cuclillas junto a ella y busqué también algunos guijarros.

—No muy divertidas. Tuve que alejarme de él por un rato; le inyecté hipnóticos. Mi intérprete me dijo que subías. —Tiene ese acento de Texas que hace que *ice* suene como *ass*.

—Creí que hablabas español. El tipo es chileno, ¿verdad? —Arrojé uno de mis guijarros al estanque.

—Yo hablo mejicano. Los buitres de la cultura dijeron que no le gustaría mi acento. Qué bueno. Y no puedo seguirlo cuando habla rápido. —Uno de sus guijarros siguió el mío y abrió aros en la superficie mientras se hundía—. Es decir, constantemente —agregó. Una carpa se acercó para ver si el guijarro era comestible—. De ésta no sale. —Charmian no me miraba. Su tono de voz era perfectamente neutro—. No hay duda de que de ésta el pequeño Jorge no sale.

Escogí el guijarro más plano y traté de hacerlo rebotar hasta el otro lado del estanque, pero se hundió. Cuanto menos supiera de Jorge el chileno, mejor sería. Sabía que era uno de los vivos, parte de ese diez por ciento. Nuestro índice de *muertos al llegar* es de un veinte por ciento. Suicidio. Un setenta por ciento son candidatos inmediatos a los pabellones: los casos de regresión, los que llegan balbuceando. Charmian y yo somos los relevos de ese diez por ciento.

Si los primeros que regresaron hubiesen traído sólo caracoles de mar, dudo que ahora el Cielo estuviese aquí.

El Cielo fue construido después de que un francés regresó con un aro de acero de doce centímetros de diámetro, codificado magnéticamente y cerrado en torno a la mano fría, negra parodia del niño afortunado que gana una vuelta gratis en el tiovivo. Puede que nunca descubramos dónde o cómo lo encontró, pero aquel aro fue la piedra de Rosetta para el cáncer. De modo que ahora le ha llegado a la especie humana la hora del culto de cargo. Aquí afuera podemos recoger cosas con las que no tropezaríamos ni en mil años de investigación en la Tierra. Charmian dice que somos como esos pobres imbéciles de las islas, que se pasan toda la vida construyendo pistas de aterrizaje para que regresen los grandes pájaros de plata. Charmian dice que el contacto con civilizaciones «superiores» es algo que no se le desea ni al peor enemigo.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo se montó toda esta estafa, Toby? — Charmian miraba entornando los ojos a la luz solar, hacia el este, donde se extendía nuestro país cilíndrico, verde y sin horizonte—. Seguro que reunieron a todos los pesos pesados, a la élite de la psiquiatría, y los sentaron alrededor de una larga mesa de auténtica imitación de palo de rosa, típico asunto del Pentágono. Cada uno recibió un cuaderno de apuntes en blanco y un lápiz nuevo, especialmente afilado para la ocasión. Allí estaban todos: freudianos, junguianos, adlerianos, los hombres rata de Skinner, todo lo que se te ocurra. Y todos y cada uno de aquellos desgraciados sabían de sobra que era hora de hacer el mejor papel. No sólo como representantes de una facción determinada sino como profesionales. Allí están, la encarnación de la psiquiatría occidental. ¡Y no pasa nada! La gente sale de repente muerta de la Autopista, y si no, regresa babeando, cantando canciones de cuna. Los vivos duran alrededor de tres días, no dicen una palabra y después se pegan un tiro o entran en estado catatónico. —Sacó una pequeña linterna del cinturón y rompió con naturalidad la cáscara de plástico para extraer el reflector parabólico—. El Kremlin chilla. La CIA se vuelve loca. Y lo peor de todo, las multinacionales que quieren patrocinar el show están perdiendo entusiasmo. «¿Astronautas muertos? ¿No hay información? No hay trato, amigos». Se están poniendo nerviosos, todos esos superpsiquiatras, hasta que algún listo, quién sabe, uno de esos lunáticos sonrientes de Berkeley aparece y dice —y aquí el acento de Charmian se cargó de paródica suavidad—: «Eh, ¿por qué no llevamos a esta gente a un sitio *agradable*, y la llenamos de *buena* droga y le damos a alguien con quien pueda *relacionarse*, eh?». —Charmian se rió, sacudió la cabeza. Usaba el reflector para encender el cigarrillo, concentrando la luz solar. No nos dan cerillas: el fuego destruye el oxígeno, el equilibrio del dióxido de carbono. Del candente punto focal brotó un diminuto rizo de humo gris.

—Está bien —dijo Hiro—, ya pasó vuestro minuto. —Consulté mi reloj: habían sido casi tres minutos.

—Buena suerte, cariño —dijo Charmian en voz baja, fingiendo estar absorta en el

cigarrillo—. Que te vaya bien.

La promesa de dolor. Está ahí cada vez. Sabes qué va a pasar, pero no sabes cuándo, ni exactamente cómo. Uno trata de aferrarse a esas incertidumbres, de mecerlas en la oscuridad. Pero si te preparas para el dolor, no funcionas. Ese poema que Hiro cita: *Enséñanos a preocuparnos y a no preocuparnos*.

Somos como moscas inteligentes que deambulan por un aeropuerto internacional; algunas conseguimos colarnos en algún vuelo a Londres o a Río, quizá hasta sobrevivir al viaje y regresar luego. «Eh —dicen las otras moscas—, ¿qué pasa del otro lado de esa puerta? ¿Qué saben ellos que no sepamos nosotros?». Al llegar al borde de la Autopista, todos los lenguajes humanos se te desenmarañan en las manos... excepto, quizás, el lenguaje del chamán, del cabalista, el lenguaje del místico decidido a cartografiar jerarquías de ángeles, de santos, de demonios.

Pero la Autopista tiene sus reglas, y hemos aprendido algunas de ellas. Eso nos da algo a que aferramos.

Primera regla: Una entidad por viaje; nada de equipos, nada de parejas.

Segunda regla: Nada de inteligencias artificiales; lo que está ahí afuera, sea lo que sea, no se fija en máquinas listas, al menos en el tipo de máquinas que sabemos construir.

Tercera regla: Los instrumentos de grabación son un despilfarro de espacio; siempre vuelven sin uso.

Tras los pasos de Santa Olga han surgido docenas de nuevas escuelas de física, herejías cada vez más raras y elegantes, que esperan abrirse paso hasta el centro del misterio. Una por una, fracasan. En el susurrante silencio de las noches del Cielo, uno imagina que los paradigmas estallan en pedazos, que los añicos de teorías tintinean convirtiéndose en polvo brillante mientras el trabajo de toda una vida de algún grupo de expertos se reduce a la más sucinta y breve nota de pie de página, y todo en el tiempo que tarda tu dañado viajero en musitar algunas palabras en la oscuridad.

Moscas en un aeropuerto, pidiendo que las lleven. Se recomienda a las moscas que no hagan demasiadas preguntas; se recomienda a las moscas que no intenten llegar a la Gran Imagen. Repetidos intentos en esa dirección llevan al lento, inexorable florecimiento de la paranoia; la mente proyecta formas enormes, oscuras, sobre las paredes de la noche, formas que tienden a solidificarse, a convertirse en locura, a convertirse en religión. Las moscas listas se quedan con la teoría de la Caja Negra; la Caja Negra es la metáfora aprobada, y la Autopista sigue siendo x en cualquier ecuación normal. Se supone que no debemos preocuparnos por lo que es la Autopista, o por quién la puso allí, y concentrarnos en cambio en lo que metemos en la Caja y en lo que sacamos de ella.

Hay cosas que nosotros enviamos por la Autopista (una mujer llamada Olga, su nave, y tantos más que la han seguido) y cosas que nos llegan a nosotros (una loca, un caracol de mar, artefactos, fragmentos de tecnologías extrañas). Los teóricos de la Caja Negra nos aseguran que nuestra tarea principal consiste en optimizar ese intercambio. Estamos aquí para asegurarnos de que nuestra especie recupera lo que invierte. Con todo, algunas cosas se hacen cada vez más evidentes; una de ellas es que no somos las únicas moscas que han logrado meterse en un aeropuerto. Hemos recogido artefactos que pertenecen por lo menos a media docena de culturas inmensamente divergentes. «Más patanes», los llama Charmian. Somos como ratas en la bodega de un carguero, intercambiando baratijas con ratas de otros puertos. Soñando con las luces brillantes, con la gran ciudad.

Para no complicarnos, digamos que todo es asunto de Dentro y Fuera. Leni Hofmannstahl: Fuera.

Organizamos el recibimiento de Leni Hofmannstahl en el Claro Tres, también conocido como el Elíseo. Yo me agazapé bajo un emparrado de meticulosas reproducciones de arce joven y me dediqué a estudiar la nave. En un principio había tenido el aspecto de una libélula sin alas, con un abdomen estilizado de diez metros de largo donde iba el motor a reacción. Ahora, sin el motor, parecía una pupa blanco mate, con los ojos larvales, prominentes, llenos del acostumbrado e inútil surtido de sensores y sondas. Estaba apoyada en una suave elevación en el centro del claro, un montículo especialmente diseñado para sostener diversos formatos de nave. Los botes más recientes son más pequeños, como lavadoras Grand Prix, cápsulas minimalistas que no pretenden ser naves de exploración. Módulos para disparos de carne.

—No me gusta —dijo Hiro—. Ésta no me gusta. Me da mala espina... —Tal vez estuviera hablando para sí mismo; casi podría haber sido yo hablando para mí, lo cual significaba que la gestalt entrenador-relevo estaba casi a punto de funcionar. Encerrado en mi papel, dejo de ser el hombre de avanzada del hambriento oído del Cielo, una sonda especializada conectada por radio con un psiquiatra todavía más especializado; cuando la gestalt entra en acción, Hiro y yo nos fundimos y somos otra cosa, algo que nunca podemos admitir mutuamente, ni siquiera mientras sucede. Nuestra relación representaría la clásica pesadilla freudiana. Pero sabía que él tenía razón: esta vez se sentía que algo andaba muy mal.

El claro era más o menos circular. Tenía que serlo; en realidad era un corte redondo de quince metros de diámetro practicado en el piso del Cielo, un ascensor circular disfrazado de minipradera alpina. Habían aserrado el motor de Leni; habían remolcado su nave hacia el cilindro exterior, bajando el claro hasta la esclusa de aire, y luego la habían subido hasta el Cielo sobre una inmensa plataforma decorada con

hierba y flores silvestres. Habían borrado sus sensores con sobrecargas de transmisión y sellado sus puertas y escotillas; se supone que el Cielo es una sorpresa para el recién llegado.

Me encontré preguntándome si Charmian ya habría regresado con Jorge. Tal vez le estaría preparando algo de comer, uno de los peces que «atrapamos» cuando nos los sueltan en las manos desde jaulas que hay en el fondo del estanque. Imaginé el olor a pescado frito, cerré los ojos e imaginé a Charmian caminando por las aguas poco profundas, con los muslos perlados por gotas brillantes: muchacha de piernas largas en un vivero en el Cielo.

—¡Adelante, Toby! ¡Entra ahora!

El volumen me resonó en la cabeza; el entrenamiento y el reflejo gestáltico ya me habían llevado a mitad de camino del claro.

—Maldición, maldición, maldición... —El mantra de Hiro, y supe entonces que *todo* había salido mal. Hillary, la intérprete, era un sonido de fondo estridente, hielo BBC que crujía mientras ella farfullaba algo a toda velocidad, algo sobre diagramas anatómicos. Hiro debió de haber usado los mandos a distancia para abrir la escotilla, pero no esperó a que se desatornillara sola. Hizo detonar seis pernos explosivos empotrados en el casco y voló todo el mecanismo de la escotilla intacto, que por poco no me alcanzó. Instintivamente, me había apartado de su trayectoria. Luego me puse a escalar la lisa superficie del bote, tratando de asirme a las piezas de la estructura metálica con forma de panal que había justo en la entrada; el mecanismo de la compuerta había arrastrado consigo la escalerilla de metal.

Y allí quedé inmóvil, agazapado en el olor de *plastique* de los pernos, pues fue entonces cuando el Miedo me encontró, cuando me encontró de verdad, por primera vez.

Lo había sentido antes, el Miedo, pero sólo los bordes, las extremidades. Ahora era enorme, la propia oscuridad de la noche, un vacío frío e implacable. Estaba hecho de últimas palabras, espacio profundo, todos los largos adioses en la historia de nuestra especie. Hizo que me encogiera, gimiendo. Temblaba, me arrastraba, lloraba. Nos dan clases sobre esto, nos advierten, tratan de explicarlo como una especie de agorafobia temporal endémica. Pero nosotros sabemos lo que es; los relevos lo saben y los entrenadores no. Hasta hoy no hay nada que lo explique, ni remotamente.

Es el Miedo. Es el dedo largo de la Gran Noche, la oscuridad que alimenta con murmurantes condenados las dulces y blancas fauces de los pabellones. Olga, santa Olga, fue la primera que lo supo. Trató de ocultárnoslo, arañando el equipo de radio, ensangrentándose las manos para destruir la capacidad de transmisión de la nave, rogando que la Tierra la perdiese, la dejase morir...

Hiro estaba histérico, pero debe de haber entendido, y supo qué hacer.

Me aplicó el látigo de dolor. Fuerte. Una y otra vez, como una picana eléctrica

para el ganado. Me hizo entrar en el bote. Me llevó a través del Miedo.

Más allá del Miedo, había una habitación. Silencio y un olor a desconocido, olor a mujer.

El estrecho módulo estaba usado, y tenía un aspecto casi doméstico; habían remendado el fatigado plástico del asiento de aceleración con despegadas tiras de cinta adhesiva plateada. Pero todo parecía amoldarse alrededor de una ausencia. Ella no estaba allí. Entonces vi el demencial friso de rasguños hechos con punta de bolígrafo, símbolos garrapateados, miles de diminutas figuras rectangulares, retorcidas, entrelazadas y yuxtapuestas. Manchado con huellas dactilares, patético, cubría la mayor parte del mamparo trasero.

Hiro estaba estático, susurrando, implorando. *Encuéntrala, Toby, por favor, Toby, encuéntrala, encuéntrala, encuéntrala...*

La encontré en el compartimiento de cirugía, una estrecha alcoba a un lado del pasadizo. Encima de ella, la *Schöne Machine*, el manipulador quirúrgico, relucía con los brazos delgados y brillantes perfectamente plegados, extremidades cromadas de una centolla rematadas en hemostatos, fórceps, bisturí láser. Hillary estaba histérica, y apenas se la oía por un débil canal, diciendo algo acerca de la anatomía del brazo humano, los tendones, las arterias, taxonomía elemental. Hillary gritaba.

No había nada de sangre. El manipulador es una máquina pulcra, capaz de hacer un trabajo limpio en gravedad cero aspirando la sangre. Leni había muerto justo antes de que Hiro volase la compuerta; tenía el brazo derecho extendido sobre la superficie de plástico blanco como en un dibujo medieval, desollado, músculos y otros tejidos estirados hacia afuera en un diseño claro y simétrico, sujetos con una docena de pinzas de disección de acero inoxidable. Murió desangrada. Un manipulador quirúrgico está cuidadosamente programado contra el suicidio, pero puede funcionar como robot disecador, preparando órganos para su almacenamiento.

Había encontrado la manera de engañarlo. Generalmente se puede hacer eso con las máquinas, si se dispone de tiempo. Ella había tenido ocho años.

Yacía allí en una estructura plegable, una cosa parecida al esqueleto fósil de un sillón de dentista; a través de ella vi el descolorido bordado que le cruzaba la espalda del traje: la marca de un fabricante de piezas electrónicas germano-occidental. Traté de hablarle. Le dije:

—Por favor, estás muerta. Perdónanos, vinimos para tratar de ayudarte, Hiro y yo. ¿Entiendes? Sabes que él, Hiro, te *conoce*, y está aquí, en mi cabeza. Ha leído tu expediente, tu perfil sexual, tus colores favoritos; conoce los miedos de tu infancia, a tu primer amante, el nombre del profesor que te gustaba. Y yo tengo exactamente las feromonas adecuadas, y soy un arsenal de drogas ambulante, algo que aquí seguramente te gustará. Y podemos mentir, Hiro y yo; somos unos campeones de la mentira. Por favor. Tienes que ver. Perfectos desconocidos, pero Hiro y yo, para ti,

somos el *perfecto* desconocido, Leni.

Era una mujer pequeña, rubia, de pelo suave, lacio, prematuramente veteado de gris. Le toqué el pelo, una vez, y salí al claro. Una vez allí, la larga hierba tembló, las flores empezaron a agitarse, e iniciamos el descenso, con el bote centrado en el ascensor circular. El claro se deslizó hacia abajo, saliendo del Cielo, y la luz solar se perdió en el resplandor de enormes arcos de vapor que arrojaban duras sombras sobre la amplia plataforma de la esclusa de aire. Siluetas con trajes rojos, corriendo. Un carrito de rojo giró en redondo sobre gruesas ruedas de caucho, apartándose de nuestro camino.

Nevsky, el súfer de la KGB, esperaba al pie de la pasarela que habían empujado hacia el borde del claro. No lo vi hasta que llegamos a la plataforma.

—Debo llevarme las drogas ahora, señor Halpert.

Me quedé allí, balanceándome, parpadeando para quitarme las lágrimas. Él se acercó a tranquilizarme. Me pregunté si sabría siquiera por qué estaba allí en la plataforma, un traje amarillo en territorio rojo. Pero quizá no le importase; nada parecía importarle demasiado; tenía la tablilla preparada.

—Debo llevármelas, señor Halpert.

Me quité el traje, lo doblé y se lo di. Nevsky lo metió en un bolso plástico de cremallera. Guardó el bolso en una caja que llevaba esposada a la muñeca, y cerró la combinación.

—No las tomes todas al mismo tiempo, muchacho —dije. Y me desmayé.

Tarde, aquella noche, Charmian trajo una clase especial de oscuridad a mi cubículo, dosis individuales envueltas en papel metálico grueso. No tenía nada que ver con la oscuridad de la Gran Noche, esa oscuridad sensible, acechante, que espera para arrastrar a los viajeros a los Pabellones, la oscuridad que incuba el Miedo. Era una oscuridad como la de las sombras que se movían en el asiento trasero del coche de tus padres, una noche de lluvia cuando tenías cinco años, cálido y seguro. Charmian es mucho más hábil que yo cuando se trata de eludir a burócratas como Nevsky. No le pregunté por qué había regresado del Cielo, ni qué le había pasado a Jorge. Ella no me preguntó nada sobre Leni.

Hiro no estaba, había desaparecido por completo de la transmisión. Lo había visto por la tarde durante el informe; como de costumbre, nuestras miradas no se encontraron. No importaba. Sabía que volvería. Todo había sido como siempre. Un mal día en el Cielo, pero eso nunca resulta fácil. Es muy duro cuando se siente el Miedo por primera vez, pero yo siempre supe que estaba ahí, esperando. Se ha hablado mucho de los diagramas de Leni y de los dibujos de cadenas moleculares que cambian de sitio ante una orden. Moléculas que pueden funcionar como

conmutadores, elementos lógicos, incluso una especie de instalación formada por capas que constituyen una única y enorme molécula, un diminuto ordenador. Quizá no sepamos nunca qué fue lo que encontró allí afuera; quizá no conozcamos nunca los detalles de la transacción. Podríamos lamentarlo si alguna vez lo descubrimos. No somos la única tribu de regiones apartadas, los únicos que buscan sobras.

Maldita Leni, maldito aquel francés, malditos todos los que traen cosas, remedios para el cáncer, caracoles marinos, objetos sin nombre: que nos hacen estar aquí esperando, que llenan pabellones, que nos traen el Miedo. Pero aférrate a esta oscuridad cálida y cercana, a la lenta respiración de Charmian, al ritmo del mar. Aquí la experiencia es fuerte; oirás el mar, muy por detrás de la constante estática de caracol marino del osteófono. Es algo que llevamos con nosotros, por lejos que estemos de casa.

Charmian se movió a mi lado, murmuró el nombre de un desconocido, el nombre de algún viajero maltrecho que desde hace mucho tiempo está en los pabellones. Ella tiene el récord actual: mantuvo a un hombre con vida durante dos semanas, hasta que ese hombre se sacó los ojos con los pulgares. Charmian no dejó de gritar hasta que llegó abajo, se rompió las uñas en la tapa plástica del ascensor. Después le dieron algún tranquilizante.

Pero los dos tenemos el impulso, esa necesidad especial, esa maniática dinámica que nos permite seguir yendo al Cielo. Ambos hicimos lo mismo, nos quedamos allí fuera en nuestros botes durante semanas, esperando a que la Autopista nos recogiera. Y cuando se nos acabaron las señales, nos remolcaron de vuelta hasta aquí. A algunos no los recoge la Autopista, y nadie sabe por qué. Y nunca hay una segunda oportunidad. Dicen que es demasiado costoso, pero lo que en verdad quieren decir, mientras te miran los vendajes de las muñecas, es que ahora eres demasiado valioso, demasiado útil como relevo potencial. No te preocupes por lo del intento de suicidio, te dirán; ocurre todo el tiempo. Muy comprensible: sentimiento de profundo rechazo.

Pero yo había deseado ir, lo había deseado con mucha fuerza. Charmian también. Ella lo intentó con pastillas. Pero ellos nos cambiaron, nos torcieron un poco, alinearon nuestros impulsos, nos implantaron los osteófonos, nos asignaron entrenadores.

Olga tuvo que saberlo, debió de haberlo visto todo; trataba de impedir que descubriéramos cómo llegar hasta allí, que llegáramos a donde ella había estado. Sabía que si la encontrábamos, tendríamos que ir. Incluso ahora, sabiendo lo que sé, quiero ir. Nunca iré. Pero podemos hamacarnos aquí en esta oscuridad que se eleva sobre nosotros, la mano de Charmian en la mía. Entre nuestras palmas, el arrugado envoltorio de la droga. Y santa Olga nos sonrío desde las paredes; se la siente, todas esas copias de la misma foto publicitaria, rotas y pegadas con cinta adhesiva en las paredes de la noche, esa sonrisa blanca, para siempre.

Bruce Sterling y William Gibson

el coronel Korolev se retorció lentamente en el arnés, soñando con el invierno y la gravedad. Joven de nuevo, cadete, fustigaba el caballo por las estepas de fines de noviembre en Kazakhstan hacia el árido paisaje rojo de un crepúsculo marciano.

Eso no es correcto, pensó...

Y despertó —en el Museo del Triunfo Soviético en el Espacio— con los ruidos de Romanenko y la mujer del hombre de la KGB. Lo estaban haciendo otra vez detrás del tabique de la popa del Salyut; las cintas sujetadoras y el casco acolchado crujían y retumbaban con golpes rítmicos, cascos sobre la nieve.

Tras liberarse del arnés, Korolev ejecutó un ensayado puntapié que lo impulsó hasta el cubículo del sanitario. Se quitó el gastado mono de trabajo, se ciñó los riñones en la silla retrete y barrió el vapor condensado en el espejo de acero. La mano artrítica se le había vuelto a hinchar durante el sueño; la muñeca descalcificada parecía un hueso de pájaro. Habían pasado veinte años desde su último encuentro con la gravedad; había envejecido en órbita.

Se afeitó con una máquina de succión. Un entramado de venas rotas le cubría la mejilla y la sien del lado izquierdo, otra herencia de la explosión que lo había lisiado.

Al salir, descubrió que los adúlteros habían concluido. Romanenko se estaba acomodando la ropa. La esposa del funcionario político, Valentina, se había quitado las mangas del mono marrón y los brazos le brillaban blancos y sudorosos. El pelo rubio ceniza le ondeaba movido por la brisa de un ventilador. Tenía unos ojos del más puro azul aciano, un poco demasiado juntos, y una mirada en parte de disculpa y en parte de conspiración.

—Mire lo que le hemos traído, coronel...

Le dio una pequeña botella de coñac, de las que utilizan las líneas aéreas.

Atónito, Korolev miró pestañeando el logo de Air France grabado en la tapa de plástico.

—Llegó en el último Soyuz. Dentro de un pepino, dijo mi marido. —Soltó una risita—. Me la dio él.

—Decidimos que tenía que ser para usted, coronel —dijo Romanenko con una amplia sonrisa—. Al fin y al cabo, nos pueden licenciar en cualquier momento. —Korolev ignoró la mirada incómoda, de soslayo, a sus piernas consumidas y a sus pies pálidos y colgantes.

Abrió la botella, y el fuerte aroma le llevó una súbita y hormigueante corriente de sangre a las mejillas. La alzó con cuidado y sorbió unas gotas de brandy. Ardía como ácido.

—¡Dios! —exclamó—, hace tantos años. ¡Me voy a poner como una cuba! —dijo, riendo, con la vista enturbiada por las lágrimas.

—Mi padre me dice que usted bebía como un héroe, coronel, en los viejos tiempos.

—Sí —dijo Korolev, y bebió otra vez—, bebía. —El coñac se le extendió por el cuerpo como oro líquido. No le gustaba Romanenko. Tampoco le había gustado nunca el padre: un acomodadizo miembro del Partido que desde hacía tiempo se dedicaba a dar conferencias, a descansar en una dacha en el mar Negro, al licor americano, a los trajes franceses, a los zapatos italianos... El muchacho tenía el aspecto del padre, los mismos ojos grises que nunca habían sido molestados por la duda.

El alcohol recorrió el delgado torrente sanguíneo de Korolev.

—Es usted demasiado generoso —dijo. De un puntapié suave llegó hasta su consola—. Tiene que llevarse algunos *samisdata*, transmisiones americanas por cable que acabamos de interceptar. ¡Puro picante! Un desperdicio en un viejo como yo. —Metió un cassette vacío y tecleó para grabar el material.

—Se lo daré a los del equipo de armas —le dijo Romanenko, sonriendo—. Pueden pasarlo en las consolas de seguimiento de la sala de armas. —La estación de haces de partículas siempre había sido conocida como la sala de armas. Los soldados que la tripulaban estaban siempre especialmente hambrientos de ese tipo de cintas. Korolev hizo una segunda copia para Valentina.

—¿Es algo sucio? —Parecía alarmada e intrigada.

—¿Podemos venir de nuevo, coronel? ¿El jueves a las 24:00?

Korolev le sonrió. Ella había sido obrera en una fábrica hasta que la seleccionaron para el espacio exterior. Una mujer hermosa, y por tanto una útil herramienta de propaganda, un modelo ideal para el proletariado. Ahora la compadecía, mientras el coñac le recorría las venas, y le pareció imposible negarle un poco de felicidad.

—¿Una cita a medianoche en el museo, Valentina? Pero ¡qué romántico!

Ella lo besó en la mejilla, tambaleándose en caída libre.

—Gracias, mi coronel.

—Es usted un príncipe, coronel —dijo Romanenko, palmeando el escuálido hombro de Korolev con la mayor suavidad posible. Tras innumerables horas en aparatos de gimnasia, los brazos del muchacho abultaban como los de un herrero.

Korolev miró cómo los amantes salían cautelosamente hacia la esfera central de acoplamiento, el empalme de tres envejecidos Salyuts y dos corredores. Romanenko tomó por el corredor «norte» hacia la sala de armas; Valentina fue en dirección opuesta, hacia la siguiente esfera de intersección, y el Salyut donde dormía su marido.

En Kosmograd había cinco esferas de acoplamiento, cada una con tres Salyuts

conectados. En extremos opuestos del complejo estaban las instalaciones militares y los lanzadores de satélites. Entre crujidos, zumbidos y chirridos, la estación parecía un tren subterráneo y tenía el húmedo hedor metálico de un barco de vapor.

Korolev tomó otro trago de la botella, que ya estaba medio vacía. La escondió en una de las muestras del museo, una Hasselblad de la NASA recuperada en el sitio donde había aterrizado el Apolo. No había bebido desde su último permiso, antes de la explosión. La cabeza le flotaba en una agradable, dolorosa corriente de intoxicada nostalgia.

Se deslizó de regreso a la consola y buscó un sector de memoria donde los discursos completos de Alexei Kosygin habían sido secretamente borrados para poner en su lugar una colección de *samisdata*: música pop digitalizada, los temas favoritos de su juventud en los ochenta. Tenía grabaciones de bandas británicas emitidas por emisoras de Alemania Occidental, *heavy metal* del Pacto de Varsovia, material americano de importación, conseguido en el mercado negro. Se puso los audífonos y buscó el reggae de Czestochowa de Brygada Kryzys.

Después de tantos años, en realidad ya no escuchaba la música, pero las imágenes le volvían en torrentes, con dolorosa intensidad. En los ochenta había sido un niño melenudo de la élite soviética; la posición de su padre lo mantenía eficazmente fuera del alcance de la policía de Moscú. Recordaba el aullido de los altavoces en la caliente oscuridad de un club instalado en un sótano, donde la gente formaba un oscuro tablero de ajedrez de dril y pelo blanqueado. Había fumado Marlboros cruzados con hash afgano en polvo. Recordaba la boca de la hija de un diplomático americano en el asiento trasero del Lincoln negro de su padre. Nombres y rostros lo inundaban en una cálida niebla de coñac. Nina, la alemana oriental que le había mostrado sus traducciones mimeografiadas de publicaciones polacas disidentes...

Hasta la noche en que no se presentó en el café. Rumores de parasitismo, de actividades antisoviéticas, de los acechantes horrores químicos de la *psikuska*...

Korolev empezó a temblar. Se pasó una mano por la cara y la encontró bañada en sudor. Se desprendió de los audífonos.

Habían pasado cincuenta años, y sin embargo se sentía súbita y muy intensamente asustado. No recordaba haber estado jamás tan asustado, ni siquiera en el momento de la explosión que le había aplastado la cadera. Temblaba violentamente. Las luces. Las luces del Salyut eran demasiado intensas, pero no quería acercarse a los interruptores. Una acción sencilla, que llevaba a cabo con regularidad, y sin embargo... Los interruptores y sus cables aislados resultaban extrañamente amenazadores. Los miró, confundido. El pequeño modelo mecánico de un todo-terreno lunar Lunokhod, con las ruedas de velero aferradas a la pared curva, parecía estar allí agazapado como una cosa viva, preparada, a la espera. Los ojos de los pioneros soviéticos del espacio lo miraban con desprecio desde los retratos oficiales.

El coñac. Los años en gravedad cero le habían afectado el metabolismo. No era el hombre que había sido. Pero guardaría la calma y trataría de superar la situación. Si vomitaba, todos se reirían de él.

Alguien llamó a la puerta del museo, y Nikita el Plomero, el factótum mayor de Kosmogrado, ejecutó un perfecto salto en cámara lenta a través del hueco de la compuerta. El joven ingeniero civil parecía furioso. Korolev se sentía intimidado.

—Hoy has madrugado, Plomero —dijo, presentando una fachada de normalidad.

—Una pequeña fuga en Delta Tres. —Frunció el entrecejo—. ¿Entiende japonés? —El Plomero sacó un cassette de uno de los doce abultados bolsillos de la manchada chaqueta de trabajo y lo agitó delante la cara de Korolev. Llevaba unos Levi's meticulosamente lavados y un ruinoso par de Adidas—. Lo interceptamos anoche.

Korolev se encogió como si el cassette fuese un arma.

—No, japonés no. —Lo sorprendió la mansedumbre de su propia voz—. Sólo inglés y polaco. —Sintió que se sonrojaba. El Plomero era su amigo; lo conocía y confiaba en él, pero...

—¿Se siente bien, coronel? —El Plomero cargó el cassette y pidió un programa lexicón tecleando con dedos hábiles, callosos—. Parece que se hubiera comido una cucaracha. Quiero que oiga esto.

Korolev observó con inquietud cómo la cinta parpadeaba y mostraba un anuncio de guantes de béisbol. Los subtítulos cirílicos del lexicón pasaban veloces por el monitor mientras una voz japonesa parloteaba maniáticamente en off.

—Ahora viene el noticiario —dijo el Plomero, mordisqueándose una cutícula.

Korolev bizqueó, preocupado, mientras la traducción se deslizaba sobre el rostro del locutor japonés:

GRUPO AMERICANO EN PRO DEL DESARME INFORMA...
PREPARATIVOS EN EL COSMÓDROMO DE BAIKONUR...
DEMUESTRA QUE LOS RUSOS ESTÁN YA FINALMENTE
PREPARADOS... PARA DESMANTELAR LA ESTACIÓN ESPACIAL
CIUDAD CÓMICA...

—Cósmica —murmuró el Plomero—. Falla del lexicón.

CONSTRUIDA A FINES DE SIGLO COMO CABEZA DE PUENTE
HACIA EL ESPACIO... AMBICIOSO PROYECTO PARALIZADO POR
FALLAS EN LA EXPLOTACIÓN MINERA LUNAR... COSTOSA
ESTACIÓN SUPERADA POR LAS FÁBRICAS ORBITALES SIN
TRIPULACIÓN... CRISTALES, SEMICONDUCTORES Y DROGAS
PURAS...

—Cabrones presumidos —resopló el Plomero—. Te aseguro que es ese maldito Yefremov de la KGB. ¡Él ha intervenido en esto!

EL DESASTROSO DÉFICIT COMERCIAL SOVIÉTICO... EL
DESCONTENTO POPULAR CON LA CONQUISTA DEL ESPACIO...
RECIENTES DECISIONES DEL POLITBURO Y DEL SECRETARIADO
DEL COMITÉ CENTRAL...

—¡Nos van a cerrar! —El rostro del Plomero se retorció de rabia.

Korolev giró y se apartó de la pantalla, temblando de pies a cabeza. Unas súbitas lágrimas se le desprendieron de las pestañas: gotitas en caída libre.

—¡Déjame en paz! ¡Yo no puedo hacer nada!

—¿Qué le pasa, coronel? —El Plomero lo agarró por los hombros—. Míreme a la cara. ¡Alguien le ha dado una dosis de Miedo!

—Márchate... —le suplicó Korolev.

—¡Ese maldito agente! Pero ¿qué le ha dado? ¿Pastillas? ¿Una inyección?

Korolev se estremeció.

—Me tomé un trago...

—¡Él le dio el Miedo! ¡A usted, un anciano enfermo! ¡Le romperé la cara! —El Plomero levantó las rodillas, dio una voltereta hacia atrás, pateó una agarradera del techo y se catapultó fuera de la sala.

—¡Espera! ¡Plomero! —Pero el Plomero ya se había escabullido como una ardilla por la esfera de acoplamiento y había desaparecido en el pasillo, y ahora Korolev sentía que no soportaba estar solo. A lo lejos se oían ecos metálicos de unas voces furibundas, distorsionadas.

Temblando, cerró los ojos y esperó a que alguien fuese a ayudarlo.

Le había pedido al funcionario psiquiátrico Bychkov que lo ayudase a ponerse el viejo uniforme, el que tenía la estrella de la Orden de Tsiolkovsky cosida encima del bolsillo izquierdo. Las botas negras de vestir de nailon pesadamente acolchado, las de suela de velero, ya no se le ajustaban a los pies torcidos; no se calzó.

La inyección de Bychkov había surtido efecto al cabo de una hora, y se sentía por momentos deprimido y por momentos furiosamente enojado. Ahora esperaba en el museo a que Yefremov le respondiese.

Llamaban a su casa el Museo del Triunfo Soviético en el Espacio, y a medida que la rabia menguaba, dando paso a una antigua melancolía, tenía la fuerte impresión de no ser sino uno más entre los objetos expuestos. Miró con tristeza los retratos en marco dorado de los grandes visionarios del espacio, las caras de Tsiolkovsky, Rynin,

Tupolev. Debajo de ellos, en marcos algo más pequeños, estaban los retratos de Verne, Goddard y O'Neill.

En momentos de extrema depresión había creído a veces que llegaba a detectar una extrañeza común en todos esos ojos, particularmente en los ojos de los dos americanos. ¿Sería sencillamente locura, como pensaba a veces, en los momentos más cínicos? ¿O acaso percibía una sutil manifestación de una fuerza extraña, desequilibrada, que a menudo había imaginado como la evolución humana en acción?

Una vez, y sólo una vez, Korolev había visto esa mirada en sus propios ojos: el día en que pisó el suelo de la cuenca de los Coprates. El sol de Marte, centelleando dentro del visor del casco, le había mostrado el reflejo de dos ojos firmes, desconocidos, audaces, y la tranquila, secreta conmoción que eso le produjo, lo advertía ahora, había sido el momento más memorable, más trascendental de su vida.

Encima de los retratos había un cuadro, aceitoso e inerte, que describía el aterrizaje en colores que le recordaban el borscht y la salsa de carne, con el paisaje marciano reducido al kitsch idealista del realismo socialista soviético. El artista había colocado la figura uniformada al lado de la cápsula de aterrizaje con la vulgaridad profundamente sincera del estilo oficial.

Sintiendo que de algún modo la pintura lo contaminaba, esperó la llegada de Yefremov, el hombre de la KGB, el funcionario político de Kosmogrado.

Cuando Yefremov entró por fin en el Salyut, Korolev advirtió el labio roto y los hematomas recientes en la garganta del hombre. Llevaba un mono Kansai de seda japonesa, y elegantes zapatos italianos. Tosió discretamente.

—Buenos días, camarada coronel.

Korolev lo miró fijamente. Dejó que el silencio se alargase.

—Yefremov —dijo, muy serio—, no estoy satisfecho con usted.

Yefremov enrojeció, pero le sostuvo la mirada.

—Hablemos con franqueza, coronel, de ruso a ruso. No estaba destinado a usted, naturalmente.

—¿El Miedo, Yefremov?

—La beta-carbolina, sí. Si usted no hubiese consentido las actitudes antisociales de esa gente, si usted no hubiese aceptado el soborno, esto no habría ocurrido.

—¿Así que yo soy un alcahuete, Yefremov? ¿Un alcahuete y un borracho? Pues usted es un cornudo, un contrabandista y un soplón. Le digo esto —agregó— de ruso a ruso.

Ahora el rostro del hombre de la KGB adoptó la máscara oficial de la rectitud: insípida e imperturbable.

—Ahora dígame, Yefremov, ¿en qué anda usted, realmente? ¿Qué ha estado haciendo desde que llegó a Kosmogrado? Sabemos que van a dismantelar el complejo. ¿Qué le espera a la tripulación civil al volver a Baikonur? ¿Auditorías por

corrupción?

—Habrá interrogatorios, desde luego. En algunos casos quizá habrá hospitalización. ¿Insinúa usted, coronel Korolev, que la Unión Soviética es de alguna manera responsable de los fracasos de Kosmogrado?

Korolev no respondió.

—Kosmogrado fue un sueño, coronel. Un sueño que fracasó. Como el espacio. No necesitamos estar aquí. Tenemos todo un mundo que ordenar. Moscú es la potencia más grande de la historia. No debemos permitirnos perder la perspectiva global.

—¿Usted cree que nos pueden dejar a un lado tan fácilmente? Somos una élite, una élite de muy alta formación técnica.

—Una minoría, coronel, una minoría obsoleta. ¿Cuál es su contribución, aparte de montones de venenosa basura americana? Se suponía que esta tripulación debía de estar formada por trabajadores, no por abotagados traficantes que comercian con jazz y pornografía. —El rostro de Yefremov estaba distendido y sereno—. La tripulación regresará a Baikonur. Las armas pueden ser dirigidas desde tierra. Usted, por supuesto, se quedará, y habrá cosmonautas invitados: africanos, sudamericanos. Para esa gente el espacio conserva todavía algo de su antiguo prestigio.

Korolev hizo rechinar los dientes.

—¿Qué ha hecho usted con el muchacho?

—¿Con su Plomero? —El funcionario político frunció el ceño—. Ha atacado a un funcionario del Comité de Seguridad. Permanecerá bajo custodia hasta que pueda ser llevado a Baikonur.

Korolev intentó soltar una desagradable carcajada.

—Déjelo ir. Ya tendrá usted suficientes problemas para que encima deba acusar a otros. Hablaré personalmente con el mariscal Gubarev. Puede que mi rango sea totalmente honorario, Yefremov, pero aún conservo cierta influencia.

El hombre de la KGB se encogió de hombros.

—La tripulación armada tiene órdenes estrictas de Baikonur de mantener el módulo de comunicaciones bajo llave. No hay alternativa.

—¿Ley marcial, entonces?

—Esto no es Kabul, coronel. Corren tiempos difíciles. Usted tiene aquí autoridad moral, y debería ser un ejemplo para todos.

—Ya veremos —dijo Korolev.

Kosmogrado pasó de la sombra de la Tierra a la cruda luz del sol. Las paredes del Salyut de Korolev crujieron y chasquearon como un nido de botellas de vidrio. En un Salyut, pensó Korolev distraídamente, tocándose las venas rotas de la

sien, lo primero que se deshace son las portillas.

El joven Grishkin parecía pensar lo mismo. Sacó un tubo de sellador de un bolsillo de la pierna del pantalón y se puso a examinar el borde de la portilla. Era el ayudante y el amigo más íntimo del Plomero.

—Ahora tenemos que votar —dijo Korolev con voz cansada. Once de los veinticuatro miembros civiles de la tripulación de Kosmograd había aceptado asistir a la reunión, doce, si se incluía él mismo. Eso dejaba a trece que o bien no estaban dispuestos a correr el riesgo de comprometerse, o eran activamente hostiles a la idea de una huelga. Yefremov y los seis de la tripulación armada llevaban el total de ausentes a veinte.

—Hemos discutido nuestras exigencias. Todos los que estén a favor de la lista tal como se ha presentado... —Levantó la mano sana. Tres más levantaron las suyas. Grishkin, ocupado con la portilla, levantó el pie.

Korolev suspiró.

—Ya somos bastante pocos. Más vale que logremos cierta unanimidad. Discutamos las objeciones de ustedes.

—El término *custodia militar* —dijo un técnico biólogo llamado Korovkin— puede interpretarse como si los culpables de la situación fueran los militares, y no el delincuente Yefremov. —El hombre parecía extremadamente incómodo—. Damos nuestro apoyo, pero no firmamos. Somos miembros del Partido. —Parecía a punto de agregar algo, pero se calló.

—Mi madre —dijo su mujer en voz baja— era judía.

Korolev asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Todo esto es una insensatez criminal —dijo Glushko, el botánico. Ni él ni su mujer habían votado la lista—. Una locura. Kosmograd ha acabado para siempre, eso lo sabemos todos, y cuanto antes volvamos a casa, mejor. ¿Qué ha sido este lugar sino una cárcel? —La caída libre contradecía el metabolismo del botánico; ante la falta de gravedad, la sangre le congestionaba la cara y el cuello, haciendo que se pareciese a una de sus calabazas experimentales.

—Tú eres botánico, Vasili —dijo su mujer con dureza—, mientras que yo, como podrás recordar, soy piloto de Soyuz. Tu carrera no está en juego.

—¡No pienso apoyar esta idiotez! —Glushko lanzó un puntapié tan brutal contra el mamparo que salió despedido de la habitación. Su mujer lo siguió, quejándose amargamente en esa áspera voz baja que los miembros de la tripulación habían aprendido a emplear en sus riñas privadas.

—Hay cinco dispuestos a firmar —dijo Korolev—, de una tripulación civil de veinticuatro.

—Seis —dijo Tatjana, la otra piloto de Soyuz; era una mujer de pelo negro, peinado hacia atrás y recogido con una cinta trenzada de nailon verde—. Olvidas al

Plomero.

—¡Los globos solares! —gritó Grishkin, señalando hacia la Tierra—. ¡Mirad!

Kosmogrado se encontraba ahora sobre las costas de California, playas limpias, campos de un verde intenso, enormes y deterioradas ciudades con nombres de resonancia mágica. Muy por encima de una capa de estratocúmulo flotaban cinco globos solares, esferas geodésicas espejadas, atadas por líneas de conducción eléctrica; eran un sustituto más barato del grandioso proyecto norteamericano de construir satélites alimentados por energía solar. Esos trastos funcionaban, pensaba Korolev, pues durante la última década los había visto multiplicarse.

—¿Y dicen que en esas cosas vive gente? —Stoiko, el oficial de Sistemas, se había unido a Grishkin frente a la portilla.

Korolev recordaba la patética racha de planes de energía norteamericanos que se puso en marcha tras el Tratado de Viena. Con la Unión Soviética controlando firmemente el flujo mundial de petróleo, los americanos parecían dispuestos a probar cualquier cosa. Desde la fusión de Kansas desconfiaban de los reactores. Durante más de tres décadas se habían ido deslizado gradualmente hacia el aislacionismo y la decadencia industrial. *Al espacio*, pensó, triste, *deberían haber ido al espacio*. Nunca había entendido la extraña parálisis de voluntad que pareció inmovilizar aquellos brillantes esfuerzos iniciales. O quizás era sólo falta de imaginación, de visión. *¿Os dais cuenta, americanos?*, dijo en silencio. *Deberíais haberos unido a nosotros en nuestro glorioso futuro, aquí en Kosmogrado*.

—¿A quién le gustará vivir en una cosa de éstas? —preguntó Stoiko, golpeando a Grishkin en el hombro y riendo con la serena energía de la desesperación.

—Usted bromea —dijo Yefremov—. Ya bastantes problemas tenemos todos con las cosas como están.

—No estamos bromeamos, funcionario político Yefremov, y éstas son nuestras exigencias. —Los cinco disidentes se habían reunido apretadamente en el Salyut que el hombre compartía con Valentina, acorralándolo contra el tabique de popa. El tabique estaba decorado con una fotografía meticulosamente aerografiada del primer ministro en la que aparecía saludando desde lo alto de un tractor. Valentina, sabía Korolev, estaría ahora en el museo con Romanenko, haciendo crujir las cintas sujetadoras. El coronel se preguntaba cómo hacía Romanenko para eludir con tanta regularidad sus turnos en la sala de armas.

Yefremov se encogió de hombros. Dio un vistazo a la lista de exigencias.

—El Plomero debe permanecer detenido. Tengo órdenes directas. En cuanto al resto de este documento...

—¡Es usted culpable de uso no autorizado de drogas psiquiátricas! —gritó

Grishkin.

—Eso fue un asunto totalmente privado —replicó Yefremov con calma.

—Un acto criminal —dijo Tatjana.

—Piloto Tatjana, ¡ambos sabemos que Grishkin es el más activo traficante de *samisdata* en esta estación! Todos somos delincuentes, ¿no le parece? Ahí está el encanto de nuestro sistema, ¿verdad? —La sonrisa de Yefremov, torcida y repentina, fue escandalosamente cínica—. Kosmogrado no es el *Potemkin*, y ustedes no son revolucionarios. ¿Y exigen comunicarse con el mariscal Gubarev? El mariscal Gubarev está detenido en Baikonur. ¿Y exigen comunicarse con el ministro de tecnología? El ministro está dirigiendo la purga. —Con un gesto decisivo rompió la foto, y los pedazos se dispersaron en caída libre como mariposas amarillas en cámara lenta.

Al noveno día de huelga, Korolev se reunió con Grishkin y Stoiko en el Salyut que Grishkin solía compartir con el Plomero.

Hacía cuarenta años que los habitantes de Kosmogrado libraban una guerra antiséptica contra el moho y los hongos. Ni el polvo, ni la grasa, ni el vapor se asentaban en gravedad cero, y las esporas acechaban en todas partes: en los rellenos, en los conductos de ventilación. En esa atmósfera caliente y húmeda, de caldo de cultivo, se propagaban como capas de petróleo. Ahora había un hedor de podredumbre seca en la atmósfera, y por encima de eso llegaba otro olor, unas amenazadoras bocanadas de material aislante ardiendo.

El sueño de Korolev había sido interrumpido por el golpe sordo de la salida de una nave Soyuz. Glushko y su mujer, supuso. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, Yefremov había supervisado la evacuación de los tripulantes que se habían negado a sumarse a la huelga. La tripulación armada permanecía en la sala de armas y en su anillo de dormitorios, donde aún retenían a Nikita el Plomero.

El Salyut de Grishkin se había convertido en el cuartel general de la huelga. Ninguno de los hombres en huelga se había afeitado, y Stoiko había contraído una infección por estafilococos que le cubría los antebrazos con furiosas ronchas. Rodeados por chillonas fotografías de mujeres desnudas sacadas de la televisión americana, parecían un degenerado trío de pornógrafos. Las luces eran débiles; Kosmogrado funcionaba a media máquina.

—Habiéndose marchado los demás —dijo Stoiko—, nuestra autoridad se ha fortalecido.

Grishkin soltó un gemido apagado. Tenía las ventanas de la nariz festoneadas de cintas blancas de algodón quirúrgico. Estaba convencido de que Yefremov trataría de romper la huelga mediante aerosoles de beta-carbolina. Los tapones de algodón eran

sólo un síntoma más del nivel general de tensión y paranoia. Antes de que llegase de Baikonur la orden de evacuación, uno de los técnicos se había dedicado a poner la *Obertura 1812* de Tchaikovsky a un volumen ensordecedor hora tras hora. Y Glushko había perseguido a su mujer, desnuda, magullada y gritando, de una punta a otra de Kosmogrado. Stoiko se había apoderado de los archivos del hombre de la KGB y de los apuntes psiquiátricos de Bychkov: metros de papel continuo amarillo se rizaban por los corredores en flácidas espirales, ondeando en la corriente de los ventiladores.

—Pensad en lo que sus testimonios deben estar' haciéndonos allá abajo —dijo Grishkin en voz baja—. Ni siquiera nos llevarán a juicio. Directo a la *psikuska*. —El siniestro mote de los hospitales políticos parecía infundir terror al muchacho. Korolev comía apáticamente un viscoso flan de clórela.

Stoiko arrebató al vuelo un rollo de papel continuo que andaba flotando y leyó en voz alta:

—¡Paranoia con tendencia a sobreestimar ideas! ¡Fantasías revisionistas hostiles al sistema social! —Estrujó el papel—. Si consiguiésemos apoderarnos del módulo de comunicaciones, podríamos tomar contacto con un satélite de los Estados Unidos y volcarles todo en las manos. ¡Tal vez eso diría algo a Moscú sobre nuestra hostilidad!

Korolev extrajo una mosca de fruta incrustada en su flan de algas. Los dos pares de alas y el tórax bifurcado eran un mudo testimonio de los altos niveles de radiación en Kosmogrado. Los insectos habían escapado de algún olvidado experimento; generaciones enteras habían infestado la estación durante décadas.

—Los americanos no están interesados en nosotros —dijo Korolev—; Moscú ya no se avergüenza de ese tipo de revelaciones.

—Excepto cuando están a punto de salir los envíos de granos —dijo Grishkin.

—América necesita vender tanto como nosotros necesitamos comprar. —Korolev se metió ceñudamente otra cucharada de clórela en la boca, masticó de un modo mecánico y tragó—. Los americanos no podrían alcanzarnos, aunque quisieran. Cañaveral está en ruinas.

—Nos queda poco combustible —dijo Stoiko.

—Podríamos sacarlo de los módulos restantes —replicó Korolev.

—Y entonces ¿cómo diablos volveríamos *abajo*? —A Grishkin le temblaban los puños—. Aunque sea en Siberia, hay árboles, árboles; ¡el cielo! ¡Al diablo con la estación! ¡Dejemos que se rompa! ¡Que caiga y arda!

El flan de Korolev salpicó todo el mamparo.

—Ay, Dios —dijo Grishkin—, perdone coronel. Ya sé que usted no puede regresar.

Al entrar en el museo encontró a la piloto Tatjana suspendida frente al aborrecible cuadro de la llegada a Marte, con las mejillas brillantes de lágrimas.

—¿Sabe, coronel, que en Baikonur tienen un busto de usted? En bronce. Solía pasar por delante cuando iba a las clases. —Tenía los ojos enrojecidos por el insomnio.

—Siempre hay bustos. Las academias los necesitan.

Korolev sonrió y le apretó la mano.

—¿Cómo fue aquel día? —Tatjana seguía mirando el cuadro.

—Apenas lo recuerdo. He visto tantas veces las cintas que ahora es eso lo que recuerdo. Mis recuerdos de Marte son los de cualquier escolar. —Korolev volvió a sonreírle—. Pero no fue como en ese mal cuadro. A pesar de todo, todavía estoy seguro.

—¿Por qué ha salido todo así, coronel? ¿Por qué se acaba ahora? Cuando era pequeña veía todo esto por televisión. Nuestro futuro en el espacio era para siempre...

—Quizá los americanos tenían razón. Los japoneses, en cambio, mandaron máquinas, robots que construían fábricas orbitales. A nosotros nos falló la explotación minera de la luna, pero pensamos que al menos dejaríamos allí alguna base permanente para investigaciones. Supongo que todo esto estaba relacionado con políticas de inversión. Con hombres que se sientan en escritorios toman decisiones.

—Aquí está su decisión final con respecto a Kosmogrado. —Le pasó un pliego doblado de papel—. Encontré esto en el impreso de órdenes de Moscú que tenía Yefremov. Dejarán que la órbita de la estación vaya bajando durante los próximos tres meses.

Descubrió que ahora también él miraba fijamente cuadro que aborrecía.

—Ya no tiene importancia —se oye decir.

Entonces ella se puso a sollozar amargamente, apretando fuerte la cara contra el hombro tullido de Korolev.

—Pero tengo un plan, Tatjana —dijo él, acariciándole el pelo—. Escúchame.

Echó una ojeada a su viejo Rolex. Estaban sobre Siberia oriental. Recordaba ahora cómo el embajador suizo le había regalado el reloj en una enorme sala abovedada del Gran Palacio del Kremlin.

Era hora de empezar.

Salió flotando del Salyut hacia la esfera de acoplamiento, apartando de un golpe una tira de papel continuo que intentaba enroscársele en la cabeza.

Aún podía trabajar rápida y eficientemente con la mano sana. Sonrió mientras soltaba una gran botella de oxígeno de las cintas sujetadoras. Aferrándose a una

barra, arrojó con violencia la botella al otro lado de la esfera. La botella rebotó inofensivamente con un áspero ruido metálico. Fue a buscarla, la recogió, y la lanzó de nuevo.

Esta vez golpeó la alarma de descompresión.

El polvo saltó de los altavoces cuando un klaxon comenzó a chillar. Alertados por la alarma, los compartimientos de acoplamiento se cerraron de golpe con un silbido de piezas hidráulicas. A Korolev le retumbaban los oídos. Estornudó, y fue a buscar de nuevo la botella.

Las luces se encendieron al brillo máximo y luego se apagaron. Korolev sonrió en la oscuridad, mientras buscaba a tientas la botella de acero. Stoiko había provocado un colapso general de los circuitos. No había sido difícil. Los bancos de memoria ya estaban atiborrados y a punto de colapso a fuerza de transmisiones de televisión contrabandeadas.

—Esto sí que es pelear a puño limpio —dijo entre dientes, estrellando la botella contra la pared. Las luces titilaron débilmente al entrar en línea las pilas de emergencia.

Le empezó a doler el hombro. Estoicamente, siguió golpeando, recordando el estruendo que produce una explosión de verdad. Tenía que ser buena. Tenía que engañar a Yefremov y la tripulación armada.

Con un chillido, la rueda manual de una de las compuertas comenzó a girar. Por fin se abrió de golpe, y Tatjana miró por la abertura, sonriendo, tímida.

—¿Está en libertad el Plomero? —preguntó Korolev, soltando la botella.

—Stoiko y Umansky están convenciendo al centinela. —Descargó un puño en la palma de la mano—. Grishkin está preparando los módulos de aterrizaje.

Korolev la siguió hacia la próxima esfera de acoplamiento. Stoiko estaba ayudando al Plomero a salir de la compuerta que daba al círculo de los dormitorios. El Plomero iba descalzo, y tenía la cara verdosa bajo una barba desaliñada. El meteorólogo Umansky los siguió, arrastrando el cuerpo inerte de un soldado.

—¿Cómo estás, Plomero? —preguntó Korolev.

—Temblando. Me tuvieron con el Miedo. No en grandes dosis, pero... ¡y yo que pensé que era una explosión de verdad!

Grishkin se deslizó fuera del Soyuz que estaba más cerca de Korolev, arrastrando un manojo de herramientas atadas con una cuerda de nailon.

—Todos se marchan. El estallido los dejó a merced de sus propios automáticos. Les he bloqueado los controles remotos con un destornillador para que no puedan activarlos desde tierra. ¿Cómo te sientes, mi Nikita? —preguntó al Plomero—. Te irás en picada a la China central.

El Plomero hizo una mueca y se estremeció.

—No hablo chino.

Stoiko le dio una hoja impresa.

—Esto está en mandarín fonético. QUIERO DESERTAR. LLÉVENME A LA EMBAJADA JAPONESA MÁS CERCANA.

El Plomero sonrió y se acarició los mechones de pelo endurecidos por el sudor.

—¿Qué pasará con el resto de ustedes?

—¿Crees que hacemos esto nada más que por tu beneficio? —Tatjana lo miró con una mueca—. Asegúrate de que el resto de esa tira de papel llegue a los servicios informativos chinos, Plomero. Cada uno de nosotros tiene una copia. Haremos que el mundo sepa lo que la Unión Soviética se propone hacerle al coronel Yuri Vasilevich Korolev, ¡primer hombre en Marte! —Le echó un beso al Plomero.

—¿Qué hacemos con Filipchenko? —preguntó Umansky. Junto a la mejilla del soldado inconsciente pasaron en remolino unas esferas de sangre coagulada.

—¿Por qué no lleváis con vosotros al pobre desgraciado? —dijo Korolev.

—De acuerdo. Vamos, pedazo de idiota —dijo el Plomero, asiendo a Filipchenko por el cinturón y remolcándolo hacia la compuerta del Soyuz—. Yo, Nikita el Plomero, te voy a hacer el favor más grande que te hayan hecho nunca en tu miserable vida.

Korolev miró cómo Stoiko y Grishkin cerraban la escotilla.

—¿Dónde están Romanenko y Valentina? —preguntó, consultando de nuevo el reloj.

—Aquí, mi coronel —dijo Valentina, entre la rubia cabellera que le flotaba alrededor de la cara, asomada a la escotilla de un nuevo Soyuz—. Hemos estado probándolo. —Soltó una risita.

—Ya tendréis tiempo para eso en Tokio —dijo bruscamente Korolev—. Dentro de pocos minutos empezarán a despegar jets en Vladivostok y en Hanoi.

El musculoso brazo descubierto de Romanenko se asomó y tiró de ella hacia el interior del módulo. Stoiko y Grishkin sellaron la escotilla.

—Campesinos en el espacio. —Tatjana hizo como que escupía.

Todo Kosmogrado resonó huecamente cuando el Plomero, junto con el inconsciente Filipchenko, despegó de la estación. Un nuevo estampido, y los amantes partieron también.

—Vamos, amigo Umansky —dijo Stoiko—. ¡Y adiós, coronel! —Los dos hombres se alejaron por el corredor.

—Yo iré contigo —le dijo Grishkin a Tatjana, y sonrió—. Al fin y al cabo, tú eres piloto.

—No —dijo ella—. Irás solo. Vamos a multiplicar las probabilidades. Con los automáticos no tendrás ningún problema. Limítate a no tocar el tablero de mandos.

Korolev la miró mientras ayudaba a Grishkin a entrar en el último Soyuz de la esfera.

—Te llevaré a bailar, Tatjana —le dijo Grishkin—. En Tokio. —Tatjana le selló la escotilla. Otra vez un estampido: Stoiko y Umansky acababan de despegar en la siguiente esfera.

—Ahora vete, Tatjana —dijo Korolev—. Date prisa. No quiero que te derriben sobre aguas internacionales.

—Así se queda usted solo, querido coronel, solo con sus enemigos.

—Cuando tú te hayas ido, ellos también se irán —le dijo Korolev—. Y yo dependo de la publicidad que tú hagas. Tienes que comprometer al Kremlin para que me mantenga vivo, aquí.

—¿Y qué he de decir en Tokio, coronel? ¿Tiene usted un mensaje para el mundo?

—Diles que... —y de pronto se le ocurrieron todos los clichés, con tanta claridad que tuvo ganas de reírse históricamente: *Un pequeño paso... Hemos venido en son de paz... Trabajadores del mundo...*— Diles que lo necesito —dijo, pellizcándose la muñeca tullida—, que lo necesito hasta la médula.

Tatjana lo abrazó antes de marcharse.

Esperó solo en la esfera de acoplamiento. El silencio le crispaba los nervios; el colapso de los circuitos había desactivado el de ventilación, con cuyo zumbido había vivido durante veinte años. Finalmente oyó el ruido del Soyuz de Tatjana que se desacoplaba.

Alguien se acercaba por el corredor. Era Yefremov, moviéndose con torpeza en un traje de astronauta. Korolev sonrió.

Yefremov llevaba la insípida máscara oficial detrás del visor Lexan, pero pasó eludiendo la mirada de Korolev. Iba hacia la sala de armas.

—¡No! —gritó Korolev.

El klaxon se puso a aullar en la estación, alertando para la batalla total.

La compuerta de la sala de armas estaba abierta cuando llegó. Adentro, los soldados se movían espasmódicamente siguiendo el reflejo galvánico del ejercicio constante, tirando de los anchos cinturones que les cruzaban el pecho y sujetaban los trajes abultados a los asientos de las consolas.

—¡No lo haga! —Korolev arañó el rígido material acordeonado del traje de Yefremov. Uno de los aceleradores se puso en marcha con un gemido entrecortado. En una pantalla de seguimiento, una retícula de hilos verdes se cerró hasta formar un punto rojo.

Yefremov se quitó el casco. Con calma, sin cambiar de expresión, golpeó con él a Korolev.

—¡Deténgalos! —gimió Korolev. Las paredes temblaron cuando una viga se desprendió con un chasquido de látigo—. ¡Su mujer, Yefremov! ¡Está ahí!

—Fuera, coronel. —Yefremov aferró la mano artrítica de Korolev y se la apretó con fuerza. Korolev soltó un grito—. Fuera. —Un puño enguantado lo golpeó duramente en el pecho.

Korolev aporreaba en vano el traje de astronauta mientras era arrastrado hasta el corredor.

—Ni siquiera yo, coronel, me atrevo a interferir en las órdenes del Ejército Rojo. —Ahora Yefremov parecía enfermo; la máscara se le había desmoronado.

— Vaya broma —dijo—. Espere aquí hasta que haya concluido.

Entonces el Soyuz de Tatjana chocó contra las vigas y el anillo de dormitorios. En un daguerrotipo de una fracción de segundo de pura luz solar, Korolev vio cómo la sala de armas se arrugaba y derrumbaba como una lata de cerveza aplastada por una bota; vio el torso decapitado de un soldado que se alejaba de la consola girando; vio a Yefremov tratando de hablar; vio cómo el pelo de Yefremov se erizaba verticalmente mientras el vacío le arrancaba el aire del traje por el anillo abierto en el casco. Dos hilos paralelos de sangre brotaron de la nariz de Korolev, y el rugido de la fuga de aire fue sustituido por un rugido más profundo en su cabeza.

Lo último que Korolev recordó haber oído fue el golpe de la compuerta que se cerraba.

Cuando despertó, despertó a la oscuridad, a los latidos agónicos detrás de los ojos, recordando viejas clases. Esto era tan peligroso como la propia explosión: el nitrógeno que le burbujeaba en las venas y le producía un dolor ardiente, paralizante...

Pero en realidad todo era tan remoto, tan académico. Hizo girar las ruedas de las compuertas sólo por un extraño sentido de obligación moral, nada más. El esfuerzo era muy pesado, y ansiaba regresar al museo y dormir.

Podía reparar las fugas con sellador, pero el colapso de los circuitos lo superaba. Tenía el jardín de Glushko. Con las hortalizas y las algas no se moriría de hambre ni se asfixiaría. El módulo de comunicaciones se había ido junto con la sala de armas y el anillo de dormitorios, desprendido de la estación por el impacto del Soyuz suicida de Tatjana. Suponía que la colisión había perturbado la órbita de Kosmogrado, pero no tenía manera de predecir la hora del encuentro final e incandescente con la atmósfera superior. Ahora se enfermaba con frecuencia, y a menudo pensaba que podría morir antes del abrasador ingreso en la atmósfera, y eso le molestaba.

Pasaba incontables horas mirando las cintas de la biblioteca del museo. Una actividad adecuada para el Último Hombre en el Espacio que una vez había sido el Primer Hombre en Marte.

Se obsesionó con el icono de Gagarin, y pasaba incesantemente las granuladas imágenes de televisión de los años sesenta, las cintas de noticieros que tan inalterablemente llevaban a la muerte del cosmonauta. En el aire estancado de Kosmograd bullían los espíritus de los mártires. Gagarin, la primera tripulación de un Salyut, los americanos asados vivos en su inmóvil Apolo...

Soñaba a menudo con Tatjana, y la mirada de Tatjana era la misma que había imaginado en los ojos de los retratos del museo. Y una vez despertó, o soñó que despertaba, en el Salyut donde ella había dormido, y se encontró vestido con el viejo uniforme y con una linterna de pilas sujeta a la frente. Muy a lo lejos, como si estuviese mirando un noticiario en el monitor del museo, se vio a sí mismo arrancarse del bolsillo la Estrella de la Orden de Tsiolkovsky y fijarla en el certificado de piloto de Tatjana.

Cuando oyó los golpes, supo que también aquello tenía que ser un sueño.

Se abrió la compuerta.

A la luz azulada y parpadeante de la vieja película vio que la mujer era negra. De la cabeza le brotaban como cobras largos tirabuzones de pelo ensortijado. Llevaba gafas de aviador, y una bufanda de seda de aviador que ondeaba en el vacío a sus espaldas.

—¡Andy —dijo en inglés—, ven a ver esto!

Un hombre pequeño, musculoso, casi calvo y vestido apenas con un taparrabos y un cinturón para herramientas, se acercó a ella flotando y se asomó.

—¿Está vivo?

—Claro que estoy vivo —dijo Korolev en inglés, con un ligero dejo de acento.

El hombre llamado Andy entró volando por encima de la mujer.

—¿Te sientes bien, amigo? —Tenía el bíceps derecho tatuado con un globo geodésico sobre rayos cruzados y una inscripción que decía SUNSPARK 15, UTAH.

—No esperábamos encontrar a nadie.

—Yo tampoco —dijo Korolev, parpadeando.

—Hemos venido a vivir aquí —le dijo la mujer, acercándose.

—Venimos de los globos. Ocupantes ilegales, supongo que nos podrías llamar. Nos enteramos de que este lugar estaba vacío. ¿Sabías que la órbita aquí está bajando? —El hombre ejecutó un torpe salto mortal que hizo entrechocar las herramientas—. Esta caída libre es atroz.

—Dios mío —dijo la mujer—, ¡no puedo acostumbrarme! Es fantástico. Es como saltar en paracaídas, pero sin viento.

Korolev miró detenidamente al hombre, que tenía el aspecto torpe y despreocupado de alguien que ha vivido siempre ebrio de libertad.

—Pero si ni siquiera tienes una plataforma de lanzamiento.

—¿Plataforma de lanzamiento? —dijo el hombre, riendo—. Lo que hacemos es

subir estos motores de propulsión sobrantes por los cables hasta los globos, y luego los dejamos caer y los encendemos en el aire.

—Es una locura —dijo Korolev.

—Pero llegamos hasta aquí, ¿no es cierto?

Korolev asintió con la cabeza. Si todo aquello era un sueño, era un sueño muy extraño.

—Soy el coronel Yuri Vasilevich Korolev.

—¡Marte! —La mujer batió las palmas—. Espera a que los niños se enteren. —Levantó el diminuto modelo de Lunokhod todoterreno y empezó a darle cuerda.

—Bueno —dijo el hombre—, tengo que ponerme a trabajar. Nos aguarda un montón de propulsores ahí afuera. Tenemos que levantar este trasto antes de que empiece a arder.

Algo chocó contra el casco. El impacto resonó en todo Kosmogrado.

—Esa debe de ser Tulsa —dijo Andy, consultando un reloj de pulsera—. Muy puntual.

—Pero ¿por qué? —Korolev sacudió la cabeza, profundamente desconcertado—. ¿Por qué habéis venido?

—Ya te dijimos. Para vivir aquí. Podemos ampliar esta cosa, tal vez construir otras parecidas. Decían que nunca lograríamos sobrevivir en los globos, pero éramos los únicos que podían hacerlos funcionar. No teníamos otra oportunidad que la de llegar aquí por nuestra cuenta. ¿A quién le interesa vivir aquí arriba al servicio de un gobierno, de un pez gordo militar, de una banda de chupatintas? Uno tiene que *desear* una frontera... desearla con los huesos, ¿no es así?

Korolev sonrió. Andy le devolvió la sonrisa.

—Agarramos esos cables de conducción eléctrica y nos izamos sin más. Y una vez que estás en la cima, amigo, o das el gran salto o te pudres allí. —Ahora alzó la voz—. ¡Y no se mira hacia atrás, no señor! ¡Nosotros dimos ese salto y aquí nos vamos a quedar!

La mujer apoyó las ruedas de velero del modelo en la pared curva y lo soltó. El modelo comenzó a recorrer las paredes por encima de las cabezas de ellos, zumbando alegremente.

—¿No es precioso? Los niños van a estar encantados.

Korolev miró a Andy a los ojos. Kosmogrado volvió a retumbar, cambiando el rumbo del diminuto modelo Lunokhod.

—Los Angeles Este —dijo la mujer—. Ése es el que trae a los niños. —Se quitó las gafas de aviador, y Korolev vio unos ojos que rebosaban de maravillosa locura.

—Bien —dijo Andy, haciendo sonar el cinturón de herramientas—, ¿no quieres acompañarnos y mostrarnos el sitio?

Siete noches alquiladas en este ataúd, Sandii. Hotel New Rose. Cuánto te deseo ahora. A veces te vuelvo a mirar. Repito la imagen, tan lenta, dulce y perversa, que casi la siento. A veces saco tu pequeña automática de mi bolso, con el pulgar acaricio un cromo liso y barato. Una 22 china, con un calibre no más grande que las pupilas dilatadas de tus ojos desaparecidos.

Ahora Fox está muerto, Sandii.

Fox me dijo que te olvidara.

Recuerdo a Fox apoyado contra el mostrador acolchado de un salón de algún hotel de Singapur, en Bencoolen Street, describiendo con las manos distintas esferas de influencia, rivalidades internas, la trayectoria de una carrera en particular, el punto débil que había descubierto en la armadura de algún genio acorazado. Fox era un hombre clave en las guerras de cerebros, un intermediario de traspasos empresariales. Era un soldado de las escaramuzas secretas de las zaibatsu, corporaciones multinacionales que controlan economías enteras.

Veo a Fox sonriendo, hablando rápido, desdeñando mis incursiones en el espionaje interempresarial con un movimiento de cabeza. El Filo, decía, tienes que buscar el Filo. Hacía que oyeras la F mayúscula. El Filo era el grial de Fox, esa fracción esencial de talento humano puro, intransferible, encerrado en los cráneos de los investigadores científicos más cotizados del planeta.

No se puede llevar Filo al papel, decía Fox, no se puede meter Filo en un disquete.

El negocio estaba en las deserciones empresariales.

Fox tenía un aspecto agradable; la severidad de sus oscuros trajes franceses era compensada por un juvenil mechón que le caía sobre la frente y cambiaba siempre de lugar. Nunca me gustó cómo se arruinaba el efecto cada vez que se alejaba del mostrador, con el hombro izquierdo torcido en un ángulo que ningún sastre de París lograba esconder. Alguien lo había atropellado con un taxi en Berna, y nadie sabía exactamente cómo hacer para armarlo de nuevo.

Supongo que fui con él porque me dijo que andaba buscando ese Filo.

Y en algún lugar, por ahí, rumbo al Filo, te encontré a ti, Sandii.

El hotel New Rose es un entarimado de ataúdes situado en las ruinosas cercanías del Narita International. Cápsulas de plástico de un metro de alto por tres de largo, amontonadas como dientes de Godzilla sobrantes en un terreno de hormigón a un lado de la carretera que conduce al aeropuerto. Cada cápsula tiene un televisor empotrado en el techo. Me paso días enteros viendo programas japoneses de juegos y películas viejas. A veces tengo tu pistola en la mano.

A veces oigo los jets que se desvanecen en el persistente tramado que cubre

Narita. Cierro los ojos e imagino las estelas nítidas, blancas, desvaneciéndose, perdiendo definición.

Entrabas en un bar de Yokohama, la primera vez que te vi. Euroasiática, *medio gaijín*, de caderas largas y flexibles dentro de una imitación china de algún modelo original de alto diseño de Tokio. Oscuros ojos europeos, pómulos asiáticos. Te recuerdo vaciando el bolso en la cama, más tarde, en el cuarto de un hotel, hurgando entre tus maquillajes. Un arrugado fajo de nuevos yens, una ruinosa libreta de direcciones sujeta con cinta elástica, un chip bancario Mitsubishi, un pasaporte japonés con un crisantemo dorado estampado en la tapa y la 22 china.

Me contaste tu historia. Tu padre había sido un ejecutivo de Tokio, pero ahora había caído en desgracia y había sido desposeído, proscrito por la Hosaka, la más grande de todas las zaibatsu. Esa noche tu madre era holandesa, y yo te escuché hablar de aquellos veranos en Amsterdam, las palomas de la plaza del Dam como una suave alfombra marrón.

Nunca te pregunté qué podría haber hecho tu padre para merecer esa desgracia. Miré cómo te vestías; miré el balanceo de tu pelo oscuro y lacio, cómo cortaba el aire. Ahora la Hosaka me persigue. Los ataúdes del New Rose están apilados en un andamio reciclado, tubos de acero bajo esmalte brillante. La pintura se deshace en escamas cada vez que subo los escalones, cae a cada paso que doy por la pasarela. Mi mano izquierda cuenta escotillas de ataúdes, con sus calcomanías multilingües advirtiéndome sobre las multas previstas por la pérdida de llaves.

Levanto la mirada cuando los jets suben sobre Narita, camino a casa, tan distante ahora como cualquier luna. Fox fue rápido en ver cómo podíamos utilizarte, pero no lo bastante agudo como para atribuirte ambiciones. Pero es que él nunca pasó toda una noche contigo, tumbado en la playa de Kamakura, nunca escuchó tus pesadillas, nunca oyó cómo cambiaba bajo las estrellas una infancia totalmente imaginada, cómo cambiaba y daba vueltas, con tu boca de niña abriéndose para revelar algún pasado fresco, que siempre era, jurabas, el real y finalmente verdadero.

A mí no me importaba, mientras te sujetaba las caderas y la arena se enfriaba contra tu piel.

Una vez me dejaste, corriste de vuelta a la playa diciendo que habías olvidado la llave del cuarto. Yo la descubrí en la puerta y fui en tu busca y te encontré metida hasta los tobillos en las olas, la espalda lisa y rígida, temblando, los ojos mirando algo distante. No podías hablar. Temblabas. Estabas ausente. Te estremecías por futuros diferentes y mejores pasados.

Sandii, me dejaste aquí.

Me dejaste todas tus cosas.

Esta pistola. Tu maquillaje, todas las sombras y rubores tapados con plástico. Tu microordenador Cray, regalo de Fox, con una lista de compras que habías

introducido. A veces cargo ese documento y me pongo a ver cómo desfilan los artículos por la diminuta pantalla plateada.

Un congelador. Un fermentador. Un incubador. Un sistema de electroforesia con una célula de agarosis integrada y un transiluminador. Un fijador de tejidos. Un cromatógrafo líquido de alta capacidad. Un citómetro de flujo. Un espectrofotómetro. Cuatro gruesas de chispeantes ampollas de borosilicato. Una microcentrifugadora. Y un sintetizador de ADN con computadora incorporada. Y el software.

Caro, Sandii, pero es que la Hosaka nos pagaba las cuentas. Luego tú les hiciste pagar aún más, pero ya te habías ido.

Fue Hiroshi quien te hizo esa lista. En la cama, probablemente. Hiroshi Yomiuri. La Maas Biolabs GmbH se quedó con él. La Hosaka también lo quería.

Filo y montones de eso. Fox seguía a los ingenieros genetistas como sigue un fanático a los jugadores de un equipo favorito. Fox ansiaba tanto conseguir a Hiroshi que le sentía el gusto.

Me mandó a Frankfurt tres veces antes de que tú aparecieras, sólo para echarle un vistazo a Hiroshi. No a hacerle una finta, ni siquiera un guiño o una señal con la cabeza. Sólo a mirar.

Hiroshi parecía haberse asentado. Había encontrado una alemana que apreciaba el paño de lana de estilo conservador y las botas de montar pulidas, color nogal joven. Había comprado una restaurada casa de pueblo, justo en la plaza adecuada. Se dedicaba a la esgrima y había dejado el *kendo*.

Y los equipos de seguridad de la Maas por todas partes, hábiles y pesados, un almíbar de vigilancia espeso y translúcido. Volví y le dije a Fox que no lo tocaríamos nunca.

Tú lo tocaste en nuestro lugar, Sandii. Lo tocaste justo como había que tocarlo.

Nuestros contactos en la Hosaka eran como células especializadas que protegían el organismo matriz. Nosotros éramos mutágenos, Fox y yo, agentes sospechosos que andaban a la deriva en el lado oscuro del mar interempresarial.

Cuando te teníamos en Viena, les ofrecimos a Hiroshi. Ni siquiera pestañearon. Calma absoluta en una habitación de hotel en Los Angeles. Dijeron que tenían que pensarlo.

Fox pronunció el nombre del principal rival de la Hosaka en el juego de los genes, lo soltó desnudo, rompió el protocolo que prohíbe el empleo de nombres propios.

Tenían que pensarlo, dijeron.

Fox les dio tres días.

Te llevé a Barcelona una semana antes de llevarte a Viena. Te recuerdo con el pelo recogido dentro de una boina gris, tus altos pómulos mongoles reflejados en los escaparates de tiendas antiguas. Paseando por las Ramblas hacia el puerto fenicio,

paseando por delante del Mercado con techo de vidrio donde se vendían naranjas de África.

El antiguo Ritz, cálido en nuestro cuarto, oscuro, con todo el suave peso de Europa sobre nosotros como un edredón. Podía penetrarte mientras dormías. Siempre estabas dispuesta. Veía tus labios abiertos en una suave y redonda O de sorpresa, tu cara a punto de hundirse en la gruesa almohada blanca: en la arcaica lencería del Ritz. Dentro de ti imaginaba todo aquel neón, la muchedumbre que se arremolinaba en la estación de Shinjuku, la noche eléctrica. Tú te movías así, ritmo de una nueva era, soñadora y lejos de todo país, de toda nación.

Cuando volamos a Viena, te instalé en el hotel preferido de la esposa de Hiroshi. Tranquilo, sólido, el vestíbulo embaldosado como un ajedrez de mármol, con ascensores de bronce que olían a aceite de limón y a habanos pequeños. Resultaba fácil imaginarla allí, los destellos de las botas reflejados en el mármol pulido, pero sabíamos que no vendría, no en este viaje.

Descansaba en algún balneario de Renania, y Hiroshi estaba en Viena en un congreso. Cuando los de seguridad de la Maas llegaron para registrar el hotel, tú ya te habías ido.

Hiroshi llegó una hora después, solo.

Imagina un extraterrestre, dijo Fox una vez, que haya venido a identificar la forma de inteligencia dominante del planeta. El extraterrestre echa un vistazo, y luego elige. ¿Qué crees que elige? Quizá me encogí de hombros.

Las zaibatsu, dijo Fox, las multinacionales. La sangre de una zaibatsu es la información, no la gente. La estructura es independiente de las vidas individuales que la componen. La corporación como forma de vida.

Otra vez el discurso sobre el Filo. No, dije.

Maas no es así, dijo él, sin hacerme caso.

Maas era pequeña, rápida, despiadada. Un atavismo. Maas era toda Filo.

Recuerdo a Fox hablando acerca de la naturaleza del Filo de Hiroshi. Nucleasas radioactivas, anticuerpos monoclonales, algo relacionado con la unión de las proteínas, nucleótidos... Calientes, las llamaba Fox, proteínas calientes. Uniones de alta velocidad. Decía que Hiroshi era una rareza, el tipo de persona que rompe paradigmas, que invierte todo un campo de la ciencia, que provoca la violenta revisión de todo un cuerpo del conocimiento. Patentes básicas, decía, con un nudo en la garganta, por la absoluta riqueza de la idea, por el olor tenue, embriagador de los millones libres de impuestos que pendían de aquellas palabras.

La Hosaka quería a Hiroshi, pero el Filo de Hiroshi era lo bastante radical para inquietarlos. Querían que trabajara solo.

Fui a Marakech, a la ciudad vieja, la Medina. Descubrí un laboratorio de heroína que había sido convertido para la extracción de feromonas. Lo compré; con dinero de

la Hosaka.

Recorrí el mercado de Djemaa-el-Fna con un sudoroso hombre de negocios portugués, discutiendo sobre iluminación fluorescente y la instalación de jaulas ventiladas para especímenes. Más allá de los muros de la ciudad, el alto Atlas. Djemaa-el-Fna estaba atestada de juglares, bailarines, cuentistas, niños que hacían girar tornos con los pies, mendigos sin piernas con cuencos de madera bajo hologramas animados que anunciaban software francés.

Paseamos por delante de fardos de lana cruda y cubos plásticos de microchips chinos. Insinué que mis jefes planeaban fabricar beta-endorfina sintética. Trata siempre de darles algo que puedan entender.

Sandii, te recuerdo en Karajuku, a veces. Cierro los ojos en este ataúd y te veo allí: todos los destellos, el laberinto de cristal de las boutiques, el olor a ropa nueva. Veo tus pómulos pasar junto a estanterías cromadas de pieles de París. A veces te aprieto la mano.

Pensamos que te habíamos encontrado, Sandii, pero en realidad tú nos encontraste a nosotros. Ahora sé que nos buscabas, o buscabas a alguien como nosotros. Fox estaba encantado, y sonreía pensando en nuestro descubrimiento: una herramienta nueva tan bonita, brillante como un escalpelo. Justo lo que necesitábamos para separar un Filo testarudo como el de Hiroshi del celoso cuerpo matriz de los Biolaboratorios Maas.

Tienes que haber pasado mucho tiempo explorando, buscando una salida, todas esas noches en Shinjuku.

Noches que con gran cuidado eliminaste de la desordenada baraja de tu pasado.

Mi propio pasado había desaparecido años antes, y se había perdido para siempre sin dejar huellas. Comprendí el trasnochado hábito de Fox de vaciar su cartera, de revolver entre sus papeles de identificación. Disponía las piezas en distintas posiciones, las reordenaba, esperaba que se formase una imagen. Yo sabía qué estaba buscando. Tú hiciste lo mismo con tus infancias.

En el New Rose, esta noche, yo escojo en la baraja de tus pasados.

Escojo la versión original, el famoso texto de la habitación de hotel en Yokohama, que tú recitaste para mí en voz alta aquella primera noche. Escojo al padre caído en desgracia, el ejecutivo de la Hosaka. Hosaka. Qué perfecto. Y la madre holandesa, los veranos en Amsterdam, la suave alfombra de palomas en aquella tarde de la plaza del Dam.

Salí del calor de Marakech para entrar en el aire acondicionado del Hilton. La camisa mojada se me adhería fría a los riñones mientras leía el mensaje que me hiciste llegar a través de Fox. Te habías metido hasta el fondo: Hiroshi abandonaría a su esposa. No te resultó difícil comunicarte con nosotros, ni siquiera a través de la película translúcida y tirante de la seguridad de Maas; le habías enseñado a Hiroshi el

lugarcito perfecto para un café con *kipferl*. Tu camarero favorito tenía el pelo cano, era amable, renqueaba, y trabajaba para nosotros. Dejaste tus mensajes bajo la servilleta de tela.

Hoy he pasado todo el día mirando un pequeño helicóptero que dibuja una apretada retícula por encima de este país mío, la tierra de mi exilio, el hotel New Rose. Miré desde la escotilla esa sombra paciente que atravesaba el hormigón manchado de grasa. Cerca. Muy cerca.

Me fui de Marakech a Berlín. Me reuní con un galés en un bar y comencé los preparativos para la desaparición de Hiroshi.

Sería un asunto complicado, intrincado como los engranajes de latón y los espejos deslizantes de un escenario de magia Victoriano, pero el efecto deseado era bastante sencillo. Hiroshi pasaría por detrás de un Mercedes de células de hidrógeno y desaparecería. La docena de agentes de la Maas que lo seguían constantemente se arremolinarían como hormigas alrededor del coche; el aparato de seguridad de la Maas se endurecería como epoxia alrededor del punto de partida.

En Berlín saben cómo resolver las cosas con prontitud. Hasta pude hacer arreglos para una última noche contigo. Lo hice a escondidas de Fox, que tal vez no lo hubiera aprobado. Ahora he olvidado el nombre del pueblo. Lo supe durante una hora en la *autobahn*, bajo un gris cielo renano, y lo olvidé en tus brazos.

La lluvia empezó cerca de la mañana. Nuestra habitación tenía una sola ventana, alta y estrecha, a donde me asomé a ver cómo la lluvia erizaba el río con agujas de plata. El ruido de tu respiración. Allí delante pasaba el río, bajo arcos de piedra. La calle estaba desierta. Europa era un museo muerto.

Ya había reservado tu vuelo a Marakech; salías de Orly bajo tu nombre más reciente. Estarías en camino cuando yo tirase de la última cuerda e hiciese desaparecer a Hiroshi.

Habías dejado tu bolso en el viejo y oscuro escritorio. Mientras dormías yo revisé tus cosas, quitando todo cuanto pudiese contradecir la nueva identidad que te había comprado en Berlín. Saqué la calibre 22 china, tu microordenador y tu chip bancario. Saqué de mi cartera un pasaporte nuevo, holandés, un chip bancario suizo con el mismo nombre, y los metí en tu bolso.

Mi mano rozó algo plano. Lo saqué, lo sostuve entre los dedos, un disquete. Sin etiqueta.

Lo sostuve en la palma de la mano, toda esa muerte. Latente, codificada, esperando.

Permanecí de pie allí, viéndote respirar, viendo cómo subían y bajaban tus senos. Vi tus labios entreabiertos, y en la prominencia y plenitud del labio inferior, un levísimo rastro de magulladuras.

Volví a meter el disquete en tu bolso. Al acostarme junto a ti, te volviste hacia mí,

despertando, y en tu aliento estaba toda la noche eléctrica de la nueva Asia, el futuro que se *alzaba* en ti como un fluido luminoso, borrando en mí todo salvo el momento. Ésa era tu magia, que vivías fuera de la historia, que eras toda presente.

Y sabías como llevarme hasta ese sitio.

Por última vez, me llevaste.

Mientras me afeitaba, te oí vaciar el maquillaje en mi cartera. Ahora vengo de Holanda, dijiste, voy a querer un nuevo aspecto.

El doctor Hiroshi Yomiuri desapareció en Viena, en una tranquila calle adyacente a Singerstrasse, a dos calles del hotel favorito de su esposa. Una limpia tarde de octubre, en presencia de doce expertos testigos, el doctor Yomiuri se esfumó.

Pasó a través de un espejo. En alguna parte, entre bastidores, el aceitado movimiento de un mecanismo victoriano.

Sentado en la habitación de un hotel en Ginebra recibí la llamada del galés. Estaba hecho; Hiroshi había entrado por mi madriguera de conejo y se dirigía a Marakech. Me serví un trago y me puse a pensar en tus piernas.

Fox y yo nos reunimos un día después en Narita, en un bar de sushi en la terminal de JAL. Él acababa de bajar de un jet de la Air Maroc, agotado y triunfante.

Le encanta aquello, dijo, refiriéndose a Hiroshi. La adora, dijo, refiriéndose a ti.

Sonreí. Me habías prometido reunirme conmigo al cabo de un mes en Shinjuku.

Tu pequeña pistola barata en el hotel New Rose. El cromo empieza a descascararse. La construcción es torpe, chino borroso estampado en acero rústico. La culata es de plástico rojo, moldeada con un dragón a cada lado. Como un juguete de niño.

Fox comía sushi en la terminal de JAL, feliz por lo que habíamos hecho. Le había estado molestando el hombro, pero dijo que no le importaba. Ahora había dinero para médicos mejores. Ahora había dinero para todo.

Por alguna razón, a mí no me pareció muy importante el dinero que habíamos recibido de la Hosaka. No porque pusiera en duda nuestra nueva riqueza, pero aquella última noche contigo me había dejado la convicción de que todo nos había llegado naturalmente, dentro del nuevo orden de las cosas, como una función de lo que éramos y de quiénes éramos.

Pobre Fox. Con sus camisas oxford azules más brillantes que nunca, sus trajes de París más oscuros y costosos. Sentado allí en la terminal de JAL, poniendo sushi en una bandejita rectangular de rábanos picantes, le quedaba menos de una semana de vida.

Ha oscurecido, y las hileras de ataúdes del New Rose están iluminadas toda la noche por reflectores. Aquí nada parece cumplir su propósito original. Todo es material de desecho, reciclado, hasta los ataúdes. Hace cuarenta años, estas cápsulas estaban apiladas en Tokio o en Yokohama; una moderna comodidad para los hombres

de negocios que estuvieran de viaje. Quizá tu padre haya dormido en uno. Cuando el andamiaje era nuevo, se alzaba en torno a la cáscara espejada de alguna torre del Ginza, atestado de cuadrillas de albañiles.

Esta noche la brisa trae el ruido de un salón pachinko, el olor a verdura cocida de los carritos al otro lado de la carretera.

Unto en galletas de arroz anaranjadas crema de krill con sabor a cangrejo. Oigo los aviones.

Aquellos últimos días en Tokio, Fox y yo teníamos suites contiguas en el piso cincuenta y tres del Hyatt. Ningún contacto con la Hosaka. Nos pagaron y luego nos borraron de la memoria oficial de la corporación.

Pero Fox no lo olvidaba. Hiroshi era su bebé, su proyecto mascota. Había desarrollado un interés posesivo, casi paternal por Hiroshi. Así que Fox hizo que me mantuviera en contacto con el negociante portugués de la Medina, quien estaba dispuesto a vigilar para nosotros el laboratorio de Hiroshi.

Cuando llamaba, lo hacía desde el teléfono de un quiosco de la Djemaa-el-Fna, con un fondo de alaridos de vendedores y flautas del Atlas. Alguien estaba metiendo agentes de seguridad en Marakech, nos dijo. Fox asintió. La Hosaka.

Menos de doce llamadas después, comencé a ver el cambio en Fox, una tensión, un aire de abstracción. Lo encontraba en la ventana, mirando cincuenta y tres pisos más abajo hacia los Jardines Imperiales, perdido en algo de lo que no quería hablar.

Pídele una descripción más minuciosa, me dijo. El hombre que nuestro contacto había visto entrar en el laboratorio de Hiroshi podía ser Moenner, el principal genetista de la Hosaka.

Era Moenner, dijo, tras la llamada siguiente. Otra llamada y creyó identificar a Chedanne, cabeza del equipo de proteínas de la Hosaka. Ninguno de los dos había sido visto fuera de la arcología de la empresa desde hacía más de dos años.

Pero luego se hizo evidente que los mejores investigadores de la Hosaka se estaban reuniendo silenciosamente en la Medina; los negros Lears ejecutivos entraban susurrando en el aeropuerto de Marakech con alas de fibra de carbono. Fox meneó la cabeza. Él era un profesional, un especialista, y vio la repentina acumulación de tanto Filo Hosaka de primera en la Medina como un drástico fallo comercial de la zaibatsu.

Santo Dios, dijo, sirviéndose un Black Label, en este momento tienen allí a toda la sección de biología. Una bomba. Meneó la cabeza. Una granada en el sitio adecuado en el momento adecuado...

Le recordé las técnicas de saturación que los agentes de seguridad de la Hosaka estaban obviamente empleando. Hosaka tenía líneas que llegaban hasta el corazón de la Asamblea, y la masiva infiltración de agentes en Marakech sólo podía estar realizándose con el conocimiento y cooperación del gobierno marroquí.

Déjalo, le dije. Se acabó. Les vendiste a Hiroshi. Ahora olvídate de él.

Sé lo que es, dijo. Lo sé. Ya lo he visto. Dijo que en el trabajo de laboratorio había un cierto factor descabellado. El filo del Filo, lo llamaba. Cuando un investigador desarrolla una innovación, algunas veces a los demás les es imposible reproducir los resultados del primer investigador. Esto era incluso más probable con Hiroshi, cuya obra iba en contra de la naturaleza de su campo. La solución, a menudo, consistía en llevar al chico de la innovación de su laboratorio al laboratorio de la corporación para una imposición de manos ritual. Alguno que otro ajuste sin sentido en el equipo, y el proceso funcionaba. Una locura, dijo, nadie sabe por qué funciona así, pero funciona. Sonrió.

Pero están probando suerte, dijo. Los muy cabrones nos dijeron que querían aislar a Hiroshi, mantenerlo alejado de la vanguardia central de investigación. Un cuerno. Te apuesto que debe haber alguna lucha de poder en el área de investigación de la Hosaka. Algún pez gordo está enviando a sus favoritos y los está frotando contra Hiroshi para que les dé suerte. Cuando Hiroshi saque punta a la ingeniería genética, la pandilla de la Medina va a estar preparada.

Bebió su *whisky* y se encogió de hombros. Vete a la cama, dijo. Tienes razón, se ha terminado. Sí me fui a la cama, pero el teléfono me despertó. Otra vez Marakech, la estática blanca de una conexión por satélite, un torrente de portugués asustado.

Hosaka no nos había congelado el depósito, lo había evaporado. Oro de cuento de hadas. En un momento éramos millonarios en la divisa más fuerte del mundo, y al minuto siguiente éramos indigentes. Desperté a Fox.

Sandii, dijo. Se vendió. Los de seguridad de la Maas la compraron en Viena. Señor mío.

Lo vi abrir la maltratada maleta con una navaja del ejército suizo. Tenía tres barras de oro pegadas allí con cemento de contacto. Lingotes lisos, cada uno de ellos comprobado y estampado con el sello del tesoro de un extinto gobierno africano.

Debería haberme dado cuenta, me dijo con una voz monótona.

Yo dije que no. Creo que dije tu nombre.

Olvídala, dijo. La Hosaka nos quiere muertos. Van a suponer que los engañamos. Vé al teléfono y verifica nuestro saldo.

Nuestro saldo había desaparecido. Negaron que ninguno de los dos hubiese tenido jamás una cuenta.

Hijos de puta, dijo Fox.

Corrimos. Salimos por una puerta de servicio al tráfico de Tokio y hacia Shinjuku. Fue entonces cuando comprendí por primera vez el verdadero alcance del poder de la Hosaka.

Todas las puertas estaban cerradas. Gente con la que habíamos hecho negocios durante dos años nos veía llegar, y nosotros veíamos detrás las cortinas de hierro que

se cerraban de golpe. Nos marchábamos antes de que tuvieran tiempo de alcanzar el teléfono. La tensión superficial del submundo se había triplicado, y en todas partes nos encontramos con la misma membrana tensa que nos rechazaba. No había modo de hundirse, de perderse de vista.

La Hosaka nos dejó correr casi todo el día. Después mandaron a alguien para que le rompiera la espalda a Fox por segunda vez.

No vi cuando lo hicieron, pero lo vi caer. Estábamos en una tienda de Ginza y faltaba una hora para el cierre, y lo vi caer describiendo un arco desde aquel lustroso entresuelo y estrellarse contra las mercancías de la nueva Asia.

Por alguna razón me perdieron, y seguí corriendo. Fox se llevó el oro, pero yo tenía cien nuevos yens en el bolsillo. Corrí. Sin parar hasta el hotel New Rose.

Ya es hora.

Ven conmigo, Sandii. Oye el zumbido del neón en la carretera del Narita International. Unas pocas mariposas trasnochadas trazan círculos en cámara lenta alrededor de los reflectores que brillan sobre el New Rose.

Y lo curioso, Sandii, es que a veces no me pareces real. Fox dijo una vez que tú eras un ectoplasma, un fantasma invocado por los extremos de la economía. Fantasmas del nuevo siglo, que se solidificaban en mil camas de los Hyatts del mundo, de los Hilton del mundo.

Ahora tengo tu pistola en la mano, en el bolsillo de la chaqueta, y la mano me parece tan lejana. Inconexa.

Recuerdo a mi amigo portugués olvidando el inglés, tratando de expresarse en cuatro idiomas que yo entendía apenas, y creí que me estaba diciendo que la Medina ardía. No ardía la Medina. Ardían los cerebros de los mejores investigadores de la Hosaka. Una plaga, susurraba, plaga y fiebre y muerte.

Era listo, Fox, y él comprendió todo en el acto. Ni siquiera tuve que mencionar que en Alemania había encontrado el disquete en tu bolso.

Alguien había reprogramado el sintetizador de ADN, dijo. El aparato estaba ahí tan sólo para la construcción rápida de la macromolécula adecuada. Con su ordenador incorporado y su software especialmente diseñado. Caro, Sandii. Pero no tan caro como tú le resultaste a la Hosaka.

Espero que le hayas sacado un buen precio a la Maas.

Tengo el disquete en la mano. Lluvia sobre el río. Yo lo sabía, pero no fui capaz de afrontarlo. Volví a meter el código de aquel virus meningítico en tu cartera y me acosté junto a ti.

Así que Moenner murió, lo mismo que otros investigadores de la Hosaka. Incluyendo a Hiroshi. Chedanne sufrió daños cerebrales permanentes.

Hiroshi no había dado importancia a la contaminación. Las proteínas que manipulaba eran inocuas. Así, el sintetizador pasó toda la noche susurrando,

elaborando un virus acorde con las especificaciones de los Biolaboratorios Maas GmbH.

Maas. Pequeña, rápida, despiadada. Toda Filo.

La carretera al aeropuerto es una línea larga y recta. Mantente a la sombra.

Y yo le gritaba a aquella voz portuguesa, hice que me dijera qué había pasado con la chica, la mujer de Hiroshi. Se esfumó, dijo. El zumbido del mecanismo Victoriano.

Y Fox tuvo que caer, caer con sus tres patéticos lingotes de oro, y quebrarse la espalda por última vez. En el suelo de una enorme tienda de Ginza, con todos los comerciantes mirando fijamente antes de gritar.

La verdad es que no te puedo odiar, nena.

Y el helicóptero de la Hosaka ha vuelto, sin ninguna luz, cazando con infrarrojos, buscando a tientas calor humano. Un gemido ahogado al dar la vuelta, a un kilómetro de aquí, al volverse hacia nosotros, hacia el New Rose. Una sombra demasiado rápida contra el resplandor de Narita.

No importa, nena. Pero ven, por favor. Apriétame la mano.

Llueve mucho, aquí arriba; hay días de invierno en que realmente la luz no llega en absoluto, sólo un gris brillante, indeterminado. Pero en cambio hay días en que parece que corriesen de pronto una cortina para encandilar con tres minutos de montaña suspendida, iluminada por el sol, la marca de fábrica al comienzo de la propia película de Dios. Así era el día en que llamaron sus agentes, desde lo profundo del corazón de su pirámide espejada de Beverly Boulevard, para decirme que ella se había fusionado con la red, que se había pasado al otro lado definitivamente, que *Reyes del sueño* iba a ganar tres de platino. Yo había editado la mayor parte de *Reyes*, había hecho los mapas cerebrales y había repasado todo con el módulo de barrido rápido, de modo que estaba en la cola para cobrar mi parte de derechos de autor.

No, dije, no. Y luego sí, sí, y les colgué el teléfono. Agarré la chaqueta y bajé las escaleras de tres en tres, directo al bar más cercano y a un desmayo de ocho horas que terminó en un saliente de hormigón a dos metros por encima de la medianoche. Agua de False Creek. Luces de ciudad, aquel mismo cuenco de cielo gris, más pequeño ahora, iluminado por tubos de neón y de vapor de mercurio. Y nevaba, copos grandes, aunque no muchos, que al tocar el agua negra desaparecían sin dejar rastro. Miré hacia abajo y vi los dedos de mis pies que sobresalían del borde de hormigón, el agua entre ellos. Llevaba zapatos japoneses, nuevos y caros, botas de piel de Ginza con remate de caucho en las puntas. Me quedé allí de pie un buen rato antes de dar aquel primer paso atrás.

Porque ella estaba muerta, y yo la había dejado partir. Porque ahora ella era inmortal, y yo la había ayudado a entrar en ese estado. Y porque sabía que esa mañana me llamaría por teléfono.

Mi padre era ingeniero de sonido, ingeniero de grabaciones en estudio. Hacía mucho tiempo que estaba en el negocio, incluso desde antes de la tecnología digital. Los procesos en los que intervenía eran en parte mecánicos, con esa cualidad aparatosa, casi victoriana que se encuentra en la tecnología del siglo veinte. Él era ante todo operario de torno. La gente le llevaba grabaciones de audio y él pirogrababa los sonidos en surcos sobre una placa circular de laca. Luego, la placa era galvanizada y empleada en la construcción de una prensa que imprimiría discos, esas cosas negras que se ven en las tiendas de antigüedades. Y lo recuerdo una vez, pocos meses antes de morir, contándome que ciertas frecuencias —transitorias, creo que las llamó— podían fácilmente quemar la cabeza, la cabeza cortante, de un torno de grabación. Esas cabezas eran increíblemente caras, así que uno impedía que se quemasen con algo que se llamaba acelerómetro. Y en eso estaba pensando, allí de pie, con los dedos de los pies por encima del agua: la cabeza, ardiendo.

Porque eso fue lo que le hicieron.

Y eso era lo que ella quería.

Lise no tuvo acelerómetro.

Desconecté mi teléfono cuando iba hacia la cama. Lo hice con la punta de un trípode alemán de estudio cuya reparación iba a costar el sueldo de una semana.

Desperté un extraño tiempo después y tomé un taxi de regreso a Granville Island y a la casa de Rubin.

Rubin, en un sentido que nadie entiende del todo, es un maestro, un profesor, lo que los japoneses llaman un *sensei*. De lo que es maestro, en verdad, es de la basura, de trastos, de desechos, del mar de objetos abandonados sobre el que flota nuestro siglo. *Gomi no sensei*. Maestro de la basura.

Lo encontré, esta vez, sentado en cuclillas entre dos máquinas de percusión de aspecto cruel que no había visto nunca: herrumbrosas patas de araña dobladas hacia el corazón de abolladas constelaciones de latas de acero recogidas en los basureros de Richmond. Nunca llama «estudio» al sitio donde trabaja, nunca se refiere a sí mismo como «artista». «Perder el tiempo», dice para describir lo que hace, que aparentemente ve como una extensión de tardes infantiles perfectamente aburridas en patios traseros. Deambula por ese espacio atascado, lleno de basura, una especie de minihangar adosado a la parte del Mercado que da sobre el agua, seguido por la más inteligente y ágil de sus creaciones, como un Satanás vagamente afable empeñado en la elaboración de procesos cada vez más extraños en su continuo infierno de *gomi*. He visto a Rubin programar sus construcciones para identificar y atacar verbalmente a los peatones vestidos con prendas del diseñador más famoso de una estación dada; otras construcciones se ocupan de misiones más oscuras, y unas pocas parecen construidas con el único propósito de reconstruirse con el mayor ruido posible. Rubin es como un niño; también vale mucho dinero en galerías de Tokio y París.

Así que le conté lo de Lise. Me dejó hablar, sacármelo de adentro, y luego asintió con la cabeza.

—Ya sé —dijo—. Un imbécil de la CBC ha llamado ocho veces. —Bebió algo de una taza abollada—. ¿Quieres un Wild Turkey *sour*?

—¿Por qué te llamaron?

—Porque mi nombre aparece en la contracarátula de *Reyes del sueño*. En la dedicatoria.

—Todavía no lo he visto.

—¿Ya trató de llamarte?

—No.

—Lo hará.

—Rubin, está muerta. Ya la cremaron.

—Ya lo sé —dijo—. Y te va a llamar.

Gomi.

¿Dónde termina el *gomi* y empieza el mundo? Los japoneses, hace un siglo, ya habían agotado el espacio para *gomi* alrededor de Tokio, así que propusieron un plan para crear espacio con *gomi*. Hacia el año 1969 se habían construido una islita en la bahía de Tokio, hecha de *gomi*, y la bautizaron Isla del Sueño. Pero la ciudad seguía vertiendo sus nueve mil toneladas diarias, así que construyeron Nueva Isla del Sueño, y hoy coordinan todo el proceso, y nuevas niponas emergen del Pacífico. Rubin ve todo esto en los noticieros y no dice nada.

No tiene nada que decir sobre el *gomi*. Es su medio, el aire que respira, algo en lo que ha nadado toda la vida. Recorre Greater Van en una especie de camión decrepito construido recortando un antiguo Mercedes utilizado para llevar carga en el aeropuerto, y con el techo oculto bajo una ondulante bolsa de caucho llena de gas natural. Busca cosas que encajen en el extraño diseño garabateado dentro de su frente por lo que sea que le sirve de Musa. Trae más *gomi* a casa. Algunas piezas son todavía operativas. Algunas, como Lise, son humanas.

Conocí a Lise en una de las fiestas de Rubin. Rubin organizaba muchas fiestas. Nunca parecía disfrutarlas especialmente, pero eran fiestas excelentes. Perdí la cuenta, aquel otoño, de la cantidad de veces que desperté en una plancha de gomaespuma oyendo el rugido de la anticuada máquina de exprés, un deslustrado monstruo rematado con una enorme águila cromada, un ruido escandaloso que reverberaba en las paredes de metal corrugado del lugar pero que era muy reconfortante: había café. La vida continuaría.

La primera vez que la vi: en la Zona de Cocina. No se podía llamar exactamente cocina a aquello, sólo tres refrigeradoras y una placa de calor y un horno de convección roto que había venido entre el *gomi*. La primera vez que la vi: tenía la refrigeradora sólo-cerveza abierta, la luz salía a raudales y alcancé a ver los pómulos y la determinación de aquella boca, pero también alcancé a ver el brillo negro del policarbono en la muñeca, y la lustrosa llaga que el exoesqueleto le había dejado allí. Estaba demasiado borracho para procesar, para saber qué era, pero sí supe que no era momento para fiestas. Así que hice lo que la gente solía hacerle a Lise, y pasé a otra película. Fui a buscar vino al mostrador junto al horno de convección. En ningún momento miré hacia atrás.

Pero ella me encontró de nuevo. Fue a buscarme dos horas más tarde, zigzagueando entre los cuerpos y la basura con esa terrible gracia programada en el exoesqueleto. Supe entonces lo que era, al verla acercarse, demasiado avergonzado ahora para esquivarla, para correr, para balbucear alguna excusa y salir. Clavado allí, rodeando con el brazo la cintura de una chica que no conocía, mientras Lise avanzaba —era *avanzada*, con esa gracia burlona— directo hacia mí ahora, con los ojos

ardiendo de *wizz*, y la chica se había soltado para marcharse en un silencioso pánico social, se había ido, y Lise estaba allí, frente a mí, apoyada sobre la delgadísima prótesis de policarbono. La miré a los ojos y era como si oyeras los gemidos de las sinapsis, un alarido imposiblemente agudo mientras el *wizz* le abría todos los circuitos del cerebro.

—Llévame a casa —dijo, y las palabras me golpearon como un látigo. Creo que sacudí la cabeza—. Llévame a casa. —Había allí niveles de dolor, y sutileza, y una crueldad asombrosa. Y supe entonces que nunca me habían odiado, nunca, tan profunda o totalmente como esa niñita perdida me odiaba ahora, me odiaba por la forma en que yo había mirado, y luego apartado la mirada, junto a la refrigeradora sólo-cerveza de Rubín.

Entonces —si ésa es la palabra— hice una de esas cosas pe uno hace y nunca sabe por qué, aunque algo dentro e uno sabe que nunca podría haber hecho otra cosa.

La llevé a casa.

Tengo dos habitaciones en un viejo edificio de apartamentos en la esquina de la Cuarta y MacDonald, décimo piso. Los ascensores suelen funcionar, y si te sientas en la baranda del balcón y te inclinas hacia atrás, apoyándote en la esquina del edificio de al lado, ves una pequeña ranura vertical de mar y montaña.

Ella no había dicho una palabra en todo el camino desde la casa de Rubin, y la borrachera se me estaba pasando y yo me sentía muy incómodo mientras abría la puerta y la hacía entrar.

Lo primero que vio fue el módulo portátil de borrado rápido que yo había traído del Piloto la noche anterior. El exoesqueleto la llevó por la polvorienta alfombra con ese mismo paso, el paso de una modelo por una pasarela. Lejos del alboroto de la fiesta, oía los ruidos metálicos que ese movimiento producía. Se detuvo allí, mirando el módulo de borrado rápido. Veía las costillas cuando ella se quedaba quieta así, se las adivinaba en la espalda a través del arañado cuero negro de la chaqueta. Una de esas enfermedades. De las antiguas que nunca han identificado del todo o de las nuevas —todas ellas demasiado evidentemente ambientales— a las que ni siquiera han dado nombre. No podía moverse sin ese esqueleto extra, y lo tenía conectado directamente al cerebro, con un interfaz mioeléctrico. Los tirantes de policarbono de aspecto frágil le movían los brazos y las piernas, pero un sistema más sutil, de incrustaciones galvánicas, le controlaba las manos delgadas. Pensé en patas de rana retorciéndose en un laboratorio de biología de escuela secundaria, y en seguida me odié por pensarlo.

—Esto es un módulo de borrado rápido —dijo, con una voz que yo nunca había oído, distante, y pensé que tal vez el efecto del *wizz* se estaba desvaneciendo—. ¿Qué

hace aquí?

—Edito —dije, cerrando la puerta a mis espaldas.

—No me digas —y se echó a reír—. ¿De verdad? ¿Dónde?

—En la Isla. Un sitio llamado el Piloto Autónomico.

Entonces se dio vuelta, la mano sobre la cadera echada hacia adelante, se balanceó —esa cosa la balanceó— y el *wizz* y el odio y una terrible parodia de lujuria saltaron hacia mí como una puñalada desde aquellos descoloridos ojos grises.

—¿Quieres hacerlo, editor?

Y volví a sentir el latigazo, pero no iba a tolerarlo de nuevo. Así que la miré fríamente desde algún punto del núcleo aletargado por la cerveza de mi cuerpo andante, parlante, sano y totalmente normal, y las palabras me salieron de adentro como un escupitajo:

—¿Sentirías algo si lo hiciera?

Un latido. Tal vez parpadeó, pero su cara no lo registró.

—No —dijo—, pero a veces me gusta mirar.

Rubin está de pie frente a la ventana, dos días después de la muerte de ella en Los Angeles, mirando la nieve que cae en False Creek.

—¿Así que nunca te acostaste con ella?

Uno de sus tente-en-pies, una lagartija Escher con ruedas, recorre la mesa delante de mí con el cuerpo encogido.

—No —digo, y es verdad. Entonces me río—. Pero nos conectamos a fondo. La primera noche.

—Estabas loco —dice, con cierta aprobación en la voz—. Te podría haber matado. Se te podría haber parado el corazón, la respiración... —Se vuelve hacia la ventana—. ¿No te ha llamado todavía?

Nos conectamos a fondo.

Nunca lo había hecho. Si me hubieras preguntado por qué, te habría dicho que yo era un editor y que eso no era profesional.

La verdad sería más bien algo así.

En el oficio, en el oficio legítimo —nunca he hecho porno— llamamos al producto en bruto «sueños secos». Los sueños secos son descargas neuronales de niveles de conciencia a los que la mayoría de las personas sólo tienen acceso durante el sueño. Pero los artistas, el tipo de artistas con los que trabajo en el Piloto Autónomico, son capaces de romper la tensión superficial, sumergirse hasta lo hondo, bajar y salir, salir al océano de Jung y traer... pues, eso, sueños. No nos

compliquemos. Supongo que algunos artistas siempre lo han hecho, en el medio que sea, pero la neuroelectrónica nos permite tener acceso a la experiencia, y la red lo recoge todo en los cables, de modo que podemos empacarlo, venderlo, ver cómo se mueve en el mercado. Bueno, cuanto más cambian las cosas... Es algo que a mi padre le gustaba decir.

Por lo común recojo el producto bruto después de pasar por un estudio, filtrado a través de varios millones de dólares en pantallas acústicas, y ni siquiera tengo que ver al artista. Lo que le damos al consumidor ha sido estructurado, equilibrado, convertido en arte. Todavía hay gente suficientemente ingenua como para creer que de verdad gozarían conectándose directamente con alguien a quien aman. Creo que la mayoría de los adolescentes lo prueban alguna vez. Desde luego, es muy fácil de hacer; Radio Shack te vende la caja, los trodos y los cables. Pero yo nunca lo había hecho. Y ahora que lo pienso, no sé si podré explicar por qué. Ni siquiera sé si quiero intentarlo.

Sí sé por qué lo hice con Lise, por qué me senté a su lado en mi diván mejicano y le conecté el cable óptico en el enchufe de la columna, el liso risco dorsal del exoesqueleto. Lo tenía muy arriba, en la base de la nuca, escondido bajo el pelo oscuro.

Porque ella aseguraba que era una artista, y porque yo sabía que estábamos trabados, por alguna razón, en combate total, y yo *no* iba a perder. Tal vez para ti no tenga sentido, pero es que nunca la conociste, o la conoces por *Reyes del sueño*, que no es lo mismo. Nunca sentiste el hambre que ella tenía, que no era más que una necesidad seca, horriblemente firme. La gente que sabe *exactamente* lo que quiere siempre me ha asustado, y hacía mucho tiempo que Lise sabía lo que quería, y no quería nada más. Y tuve miedo, entonces, de admitir que tenía miedo, y ya había visto suficientes sueños de desconocidos, en la sala de mezclas de Piloto Autónomo, para saber que los monstruos interiores de la mayoría de la gente no son más que tonterías, cosas absurdas a la tranquila luz de la propia conciencia. Y yo seguía borracho.

Me puse los trodos y moví el conmutador del módulo de borrado rápido. Había desconectado las funciones de estudio para convertir temporalmente ochenta mil dólares en piezas electrónicas japonesas en el equivalente de una de esas cajitas de Radio Shack.

—Allá vamos —dije, y toqué el interruptor.

Las palabras. Las palabras no pueden. O quizá sólo un poco, si supiera cómo empezar a describirlo, lo que salió de ella, lo que ella hizo...

Hay un segmento en *Reyes del sueño*; es como si fueras en moto a medianoche, sin luces, aunque por alguna razón no las necesitas, corriendo a toda velocidad por un tramo de carretera en lo alto de un acantilado, tan rápido que vas suspendido en un

cono de silencio y el trueno de la moto se pierde a tus espaldas. Todo se pierde a tus espaldas... No es más que un abrir y cerrar de ojos en *Reyes*, pero resulta ser una de las mil cosas que recuerdas, que visitas, se incorporan a tu vocabulario particular de sensaciones. Asombroso. Libertad y muerte, allí, el filo de la navaja, para siempre.

Lo que recibí fue la versión para adultos, una ráfaga en bruto, una cascada infernal, sin cortes, que caía estallando en un vacío que hedía a pobreza y a falta de amor y a oscuridad.

Y ésa era la ambición de Lise, esa ráfaga, *vista desde adentro*.

Quizá haya durado cuatro segundos.

Y, claro, había ganado ella.

Me quité los trodos y miré fijamente a la pared; tenía los ojos húmedos, y los carteles enmarcados daban vueltas.

No podía mirarla. Oí que desconectaba el cable óptico. Oí cómo crujía el exoesqueleto al levantarla del diván. Oí cómo hacía tictac, con cierta coquetería, mientras la llevaba a la cocina a buscar un vaso de agua.

Y me puse a llorar.

Rubin inserta una delgada sonda en el vientre de un lento tente-en-pie y examina los circuitos a través de unas gafas lupa con diminutas luces montadas en las sienas.

—¿Y entonces? Quedaste enganchado. —Se encoge de hombros, levanta la vista. Ha oscurecido, y los haces gemelos me hieren la cara, en su granero de metal hay una humedad helada y del otro lado de las aguas ulula una solitaria sirena—. ¿Y entonces?

Ahora me encojo yo de hombros.

—Lo hice, eso es todo... No parecía que pudiese hacer otra cosa.

Los haces vuelven a hundirse en el corazón de silicio de su juguete estropeado.

—Entonces estás bien. Fue una verdadera elección. Lo que quiero decir es que ella estaba hecha para ser lo que es. Tú tenías tanto que ver con ese sitio donde ella está ahora como el módulo de borrado rápido. Si no te hubiera encontrado a ti, habría encontrado a otra persona...

Hice un trato con Barry, el jefe de edición, y conseguí veinte minutos a las cinco de una fría mañana de septiembre. Lise entró y me disparó con lo mismo, pero esta vez estaba preparado, con los altavoces y los mapas cerebrales, y no tuve que sentirlo. Me llevó dos semanas, juntando los minutos en la sala de edición, reducir lo que ella había hecho a algo que pudiera hacerle probar a Max Bell, propietario del

Piloto.

Bell no estaba contento, nada contento, cuando le expliqué lo que había hecho. Los editores inconformistas pueden ser un problema, y la mayoría de los editores terminan por decidir que han encontrado a alguien que será el próximo monstruo, y entonces empiezan a derrochar tiempo y dinero. Asintió cuando terminé el discurso, y entonces se rascó la nariz con la tapa de su rotulador rojo.

—Ajá. Ya entendí. Lo más excitante desde que a los peces le salieron patas, ¿no es así?

Pero se conectó para probar la demostración que yo había montado, y cuando la grabación salió con un *clic* de la ranura de su consola Braun, se quedó mirando a la pared, sin expresión.

—¿Max?

—¿Eh?

—¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? Yo... ¿Cómo has dicho que se llama? —Parpadeó—. ¿Lisa? ¿Quién dices que la tiene contratada?

—Lise. Nadie, Max. Todavía no la ha contratado nadie.

—Santo Dios. —Seguía inexpresivo.

—¿Sabes cómo la encontré? —pregunta Rubín, esquivando destartaladas cajas de cartón para buscar el interruptor de la luz. Las cajas están llenas de *gomi* meticulosamente clasificado: pilas de litio, condensadores de tántalo, conectores RF, circuitos experimentales, transformadores ferroresonantes, carretes de cable de barra colectora... Hay una caja llena de cabezas cortadas de muñecas Barbie, otra con manoplas blindadas de seguridad industrial que parecen guantes de traje espacial. La luz inunda la sala, y una especie de mantis de Kandinski hecha con lata recortada y pintada balancea su cabeza, del tamaño de una pelota de golf, hacia la bombilla iluminada—. Andaba por Granville, buscando *gomi* en un callejón, y la encontré allí sentada. Vi el esqueleto, y ella no tenía buen aspecto, así que le pregunté si se sentía mal. Nada. Sólo cerró los ojos. No es asunto mío, me digo. Pero vuelvo a pasar cuatro horas más tarde y ella no se ha movido. «Mira, cariño, le digo, tal vez tengas el *hardware* apolillado. Yo puedo ayudarte, ¿de acuerdo?». Nada. «¿Cuánto tiempo llevas ahí?». Nada. Así que me largo. —Se acerca al banco de trabajo y acaricia las delgadas patas metálicas de la mantis con un pálido dedo índice. Detrás del banco, colgados de un tablero de herramientas hinchado de humedad, hay alicates, destornilladores, pinzas de atar y envolver, un oxidado rifle Daisy BB, separadores, plegadores, sondas lógicas, pistolas de soldar, un osciloscopio de bolsillo, aparentemente todas y cada una de las herramientas de la historia humana, sin la

menor intención de orden, aunque nunca he visto vacilar la mano de Rubin.

—Después volví —dice—. Dejé pasar una hora. La encontré desmayada, sin conocimiento, así que me la traje aquí e inspeccioné el exoesqueleto. Las pilas estaban secas. Se había arrastrado hasta allí cuando se le acabó la corriente y se sentó a morir de hambre, supongo.

—¿Cuándo fue eso?

—Como una semana antes de que tú te la llevaras.

—¿Y si se hubiera muerto? ¿Si no la hubieses encontrado?

—Alguien la encontraría. Ella no *podía pedir* nada, ¿entiendes? Sólo *tomar*. No soportaba un favor.

Max le encontró agentes, y un trío de socios pasmosamente hábiles llegó al YVR al día siguiente. Lise no quería ir hasta el Piloto para reunirse con ellos, insistió en que los recibiésemos en casa de Rubin, donde seguía durmiendo.

—Bienvenidos a Couverville —dijo Rubin cuando cruzaron la puerta. Su rostro alargado estaba manchado de grasa, la bragueta de sus maltratados pantalones de fajina más o menos sujeta con un gancho de alambre retorcido. Los muchachos sonrieron automáticamente, pero hubo algo ligeramente más auténtico en la sonrisa de la chica.

—Señor Stark —dijo—, estuve en Londres la semana pasada. Vi su montaje en la Tate.

—*La fábrica de baterías de Marcello* —dijo Rubin—. Dicen que es escatológica, los ingleses... —Se encogió de hombros—. Ingleses. Quiero decir, ¿quién sabe?

—Tienen razón. Además es muy graciosa.

Los muchachos, allí de pie con sus trajes, resplandecían como faros. La demostración había llegado a Los Angeles. Sabían.

—Y tú eres Lise —dijo la chica, avanzando a duras penas por el camino abierto entre el amontonado gomi de Rubin—. Pronto vas a ser una persona muy famosa, Lise. Tenemos muchas cosas de que hablar...

Y Lise se quedó allí, sostenida por el policarbono, y la expresión de su rostro era la que yo había visto aquella primera noche, en mi edificio, cuando me preguntó si quería acostarme con ella. Pero si la agente se dio cuenta, no lo demostró. Era una profesional.

Me dije que también yo era un profesional.

Me dije que me relajara.

El Mercado está rodeado de fogatas que arden con luz mortecina en latas de

acero. Sigue nevando, y los chicos se apiñan junto a las llamas como cuervos artríticos, saltando en uno y otro pie mientras el viento les azota los abrigos oscuros. Más arriba, en las pseudoartísticas, destartaladas chabolas de Fairview se ha congelado en la cuerda la ropa de alguien; los cuadros rosados de sábanas destacan sobre el fondo de mugre y el caos de platos de antena y paneles solares. El molino de viento batidora-de-huevos de algún ecólogo da vueltas y vueltas, vueltas y vueltas a los índices hidrométricos en una burla giratoria.

Rubin camina pesadamente, calzado con zapatos de caucho L. L. Bean salpicados de pintura, la cabeza abultada hundida en una chaqueta militar demasiado grande. A veces uno de los encorvados adolescentes lo señala mientras pasamos, el tipo ése que construye cosas disparatadas, los robots y esa mierda.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice cuando estamos bajo el puente, ya rumbo a la Cuarta—. Tú eres de los que *siempre leen el manual*. Cualquier cosa que la gente construye, cualquier clase de tecnología, va a tener una finalidad específica. Es para hacer algo que alguien ya entiende. Pero si es nueva tecnología, abrirá áreas en las que nadie había pensado antes. Tú lees el manual, hermano, y entonces no juegas, no de la misma manera. Y te asombras cuando alguien usa el chisme para hacer algo que a ti nunca se te había ocurrido. Como Lise.

—Ella no fue la primera. —El tránsito retumba encima de nosotros.

—No, pero seguro que sí es la primera persona que *tú* conoces que se ha traducido a un programa de hardware. ¿No perdiste el sueño cuando el fulano ese lo hizo, hace tres o cuatro años, el chico francés, el escritor?

—En realidad no pensé mucho en eso. Un artilugio. PR...

—Sigue escribiendo. Lo raro del caso es que va a *seguir* escribiendo, a menos que alguien le haga volar el ordenador central...

Hago una mueca, sacudo la cabeza.

—Pero no es *él*, ¿verdad? Es sólo un programa.

—Buena pregunta. Es difícil saberlo. En cambio, con Lise lo hemos averiguado. No es escritora.

Lo tenía todo allí adentro, *Reyes*, encerrado en la cabeza de la misma manera que tenía el cuerpo encerrado en aquel exoesqueleto.

Los agentes le consiguieron un contrato con un sello y trajeron un equipo de producción desde Tokio. Ella les dijo que quería que yo editase. Yo dije que no; Max me arrastró a su despacho y me amenazó con despedirme en el acto. Si yo no intervenía, no había razón para hacer el trabajo de estudio en el Piloto. Vancouver no era precisamente el centro del mundo, y los agentes la querían llevar a Los Angeles. Para él significaba mucho dinero, y todo eso podía poner a Piloto Autónomo en el

mapa. No podía explicarle por qué me había negado. Era algo demasiado disparatado, demasiado personal; ella me estaba lanzando una última dentellada. O al menos eso fue lo que me pareció entonces. Pero Max hablaba en serio. Realmente no me dejó escoger. Ambos sabíamos que no me iba a caer otro empleo del cielo. Salí de nuevo con él y dijimos a los agentes que lo habíamos resuelto: yo trabajaría.

Los agentes nos enseñaron un montón de dientes. Lise sacó un inhalador lleno de wizz y aspiró con todas sus fuerzas. Me pareció ver que la agente enarcaba una ceja perfecta, pero hasta allí llegaba su censura. Una vez firmados los papeles, Lise hizo más o menos lo que quiso.

Y Lise siempre sabía lo que quería. Hicimos *Reyes* en tres semanas, la grabación básica. Encontraba muchas razones para evitar la casa de Rubin, incluso me creía algunas. Ella seguía quedándose allí, aunque los agentes no estaban muy complacidos con lo que consideraron una absoluta falta de seguridad. Rubin me dijo después que había tenido que llamar a *su* agente para que hablase con ellos y les hiciese un escándalo, pero después de eso parece que dejaron de preocuparse. Yo no sabía que Rubin tuviera un agente. Era fácil olvidar que Rubin Stark era más famoso, en aquella época, que cualquier otra persona conocida, ciertamente más famoso de lo que yo pensaba que Lise pudiera alguna vez llegar a ser. Sabía que estábamos trabajando en algo fuerte, aunque uno nunca sabe cuanto puede llegar a crecer una cosa. Pero el tiempo que pasé en el Piloto fue una experiencia. Lise era asombrosa.

Era como si hubiera nacido para la forma artística, aunque la tecnología que hacía posible esa forma ni siquiera existía cuando ella nació. Ves algo así y te preguntas cómo es posible que tantos miles, tal vez millones de artistas fenomenales hayan muerto mudos, a lo largo de los siglos, personas que jamás pudieron ser poetas, o pintores, o saxofonistas, pero que tenían esa cosa adentro, esas formas de ondas psíquicas esperando los circuitos adecuados...

Aprendí algunas cosas sobre ella, cosas accesorias, en el tiempo que pasamos en el estudio. Que había nacido en Windsor. Que su padre era norteamericano y había servido en Perú y había vuelto a casa loco y medio ciego. Que lo que le fallaba en el cuerpo era congénito. Que tenía esas llagas porque se negaba a quitarse el exoesqueleto, siempre, porque empezaría a ahogarse y a morirse ante la idea de esa invalidez tan total. Que era adicta al wizz y que diariamente consumía lo suficiente para colocar a un equipo de fútbol.

Los agentes trajeron médicos que le acolcharon el policarbono con gomaespuma y cubrieron las llagas con vendajes microporosos. La fortalecieron con vitaminas y trataron de influir en su dieta, pero nadie intentó nunca quitarle el inhalador.

Trajeron también peluqueros y maquilladores, y especialistas en vestuario y asesores de imagen y pequeños hamsters PR articulados, y ella soportó todo con algo que casi podía haber sido una sonrisa.

Y a lo largo de esas tres semanas, no hablamos. Sólo conversación de estudio, asuntos artista-editor, un código muy restringido. Sus imágenes eran tan fuertes, tan extremas, que en realidad nunca tuvo que explicarme un efecto dado. Yo tomaba lo que ella emitía y con eso trabajaba, y se lo devolvía otra vez mediante una conexión. Ella decía que sí o que no, y por lo general era sí. Los agentes notaban eso y aprobaban, y le daban a Max Bell golpecitos en la espalda y lo llevaban a cenar, y mi sueldo subió.

Y yo era un profesional, de principio a fin. Útil y minucioso y cortés. Estaba decidido a no volver a quebrarme, y nunca pensaba en la noche en que lloré, y además estaba haciendo el mejor trabajo que había hecho jamás, y lo sabía, y eso, en sí mismo, es una maravilla.

Y entonces, una mañana, a eso de las seis, tras una larga, larga sesión —cuando ella sacó por primera vez aquella secuencia del cotillón fantasmagórico, la que los niños llaman el Baile de los Fantasmas— me habló. Uno de los dos agentes había estado allí mostrando dientes, pero ya se había marchado, y el Piloto estaba en completo silencio, apenas el zumbido de un extractor cerca del despacho de Max.

—Casey —dijo, con la voz ronca por el *wizz*—, siento haberte entrado tan fuerte.

Por un instante pensé que me hablaba de la grabación que acabábamos de hacer. Alcé los ojos y la vi allí, y me sorprendió que estuviéramos solos, pues no lo estábamos desde que habíamos hecho la demostración.

No se me ocurría nada que decir. Ni siquiera sabía qué sentía.

Sostenida por el exoesqueleto, su aspecto era peor que el que tenía la primera noche, en casa de Rubin. El *wizz* se la estaba comiendo debajo del potingue que el equipo de maquilladores repasaba una y otra vez, y a veces era como ver la superficie de la cara de un muerto bajo la cara de una no muy hermosa adolescente. No tenía idea de cuál era su edad verdadera. Ni vieja ni joven.

—El efecto rampa —dije, mientras enrollaba un cable.

—¿Qué es eso?

—El modo que tiene la naturaleza de decirte que pares ya. Una especie de ley matemática, que dice que un estimulante sólo te puede hacer volar muy bien un *x* número de veces, incluso si aumentas las dosis. Pero *nunca* llegas a volar tan bien como lo hiciste las primeras veces. O no deberías poder, en todo caso. Ése es el problema con las drogas sintéticas: son demasiado listas. Eso que te estás metiendo tiene una cola engañosa en una de sus moléculas, te impide convertir la adrenalina descompuesta en adrenocromo. Si no lo hiciera, a estas alturas estarías esquizofrénica. ¿Tienes algún problema, Lise? ¿Como apnea? ¿Se te corta la respiración a veces, al dormirte?

Pero ni siquiera estaba seguro de sentir la rabia que me oía en la voz.

Me miró con aquellos pálidos ojos grises. La gente de vestuario le había

cambiado la chaqueta de tienda barata por un blusón negro mate que le escondía mejor las costillas de policarbono. Ella se lo mantenía subido hasta el cuello, siempre, aunque hacía demasiado calor en el estudio. Los peluqueros habían intentado algo nuevo el día anterior, y no había funcionado: su pelo, oscuro y rebelde, era una explosión asimétrica sobre aquel rostro triangular, macilento. Me miró fijamente y sentí aquello de nuevo: la firmeza.

—Yo no duermo, Casey.

Sólo después, mucho después, recordé que me había pedido disculpas. Nunca más lo volvió a hacer, y fue la única vez que le oí decir algo que parecía fuera de su tono.

La dieta de Rubin consiste en bocadillos de máquina expendedora, comida rápida paquistaní, y café exprés. Nunca lo he visto comer otra cosa. Comemos sarnosas en un angosto local de la Cuarta que tiene una sola mesa de plástico calzada entre el mostrador y la puerta que da al retrete. Rubin se come su docena de sarnosas, seis de carne y seis vegetales, en total concentración, una tras otra, y no se molesta en limpiarse el mentón. Es un devoto del local. Aborrece al dependiente griego; el sentimiento es mutuo, una verdadera relación. Si el dependiente se fuera, puede que Rubin no volviese. El griego mira furioso las migas en el mentón y la chaqueta de Rubin. Entre sarnosa y sarnosa, Rubin le responde disparando dagas, los ojos entornados detrás de las manchadas lentes de las gafas con montura de acero.

Las samosas son la cena. El desayuno será ensalada de huevos con pan blanco, empacada en uno de esos triángulos de plástico lechoso, además de seis tacitas de exprés venenosamente fuerte.

—No lo viste venir, Casey. —Me mira desde las profundidades de las gafas, cubiertas de huellas digitales—. Porque no eres bueno para el pensamiento lateral. Tú lees el libro de instrucciones. ¿Qué otra cosa pensaste que buscaba? ¿Sexo? ¿Más wizz? ¿Una gira mundial? Ella estaba más allá de todo eso. Y eso era lo que la hacía tan fuerte. Estaba más allá. Por eso *Reyes del sueño* es tan grande, por eso los chicos lo compran, por eso *creen* en él. Ellos saben. Esos chicos del Mercado, esos que se calientan el culo junto a las fogatas y se preguntan si esta noche encontrarán un sitio donde dormir, éstos lo creen. Es el producto de más éxito que ha salido en ocho años. Un tipo de una tienda de Granville me dijo que le roban más de esas condenadas cintas que lo que vende en total. Dice que hasta almacenarlas es un problema... Lise es grande porque era lo que ellos son, sólo que más. Ella sabía, hermano. Nada de sueños, nada de esperanza. Tú no ves las jaulas de esos chicos, Casey, pero cada vez lo entienden mejor, que no van a *ninguna parte*. —Se cepilla una miga grasienta de carne que tiene en el mentón, dejando otras tres—. Así que Lise lo cantó para ellos, lo dijo del modo en que ellos no pueden, les pintó un cuadro. Y empleó el dinero en

comprarse una salida, eso es todo.

Miro el vapor que se condensa y rueda bajando por la ventana en gotas grandes, vetas en la condensación. Del otro lado de la ventana veo un Lada a medio desmontar, con las ruedas quitadas, los ejes en el pavimento.

—¿Cuántos lo han hecho, Rubin? ¿Tienes una idea?

—No demasiados. Es difícil saberlo, de todas formas, porque muchos de ellos probablemente son políticos que imaginamos confiada y cómodamente muertos. — Me lanza una mirada extraña—. No es un pensamiento muy agradable. En cualquier caso, primero apuntan a la tecnología. Aún cuesta demasiado para docenas de millonarios comunes, pero he oído hablar de al menos siete. Dicen que la Mitsubishi se lo hizo a Weinberg antes de que su sistema inmunológico quedara por fin patas arriba. Era jefe del laboratorio de hibridomas de Okayama. En fin, sus existencias de monoclonales son aún muy altas, así que tal vez sea cierto. Y Langlais, el chico francés, el novelista... —Se encoge de hombros—. Lise no tenía el dinero para hacerlo. Ni siquiera ahora lo tendría. Pero se puso en el sitio adecuado en el momento adecuado. Estaba a punto de morirse, estaba en Hollywood, y ellos ya veían lo que Reyes iba a provocar.

El día que terminamos, la banda bajó de un aparato de la JAL que había salido de Londres: cuatro escuálidos chicos que funcionaban como una máquina bien lubricada y hacían gala de un hipertrofiado sentido de la moda y una absoluta falta de emotividad. Los instalé en fila en el Piloto, en idénticas sillas blancas Ikea de oficina, les unté crema salina en las sientes, les puse los trodos y pasé la versión borrador de lo que iba a convertirse en *Reyes del sueño*. Al salir se pusieron a hablar todos a la vez, ignorándome por completo, en la versión británica de ese lenguaje secreto que hablan todos los músicos de estudio, cuatro pares de manos que se agitaban y cortaban el aire.

Entendí lo suficiente para concluir que estaban entusiasmados. Que les parecía bueno. Así que agarré la chaqueta y me fui. Ellos podían quitarse solos la crema salina, gracias.

Y esa misma noche vi a Lise por última vez, aunque no lo tenía pensado.

Caminando de regreso al Mercado, con Rubin que digería ruidosamente el almuerzo, las luces rojas traseras se reflejaban en los adoquines mojados, la ciudad detrás del Mercado era una límpida escultura de luz, una mentira en la que lo roto y lo perdido se esconde bajo el *gomi* que crece como humus al pie de las torres de vidrio...

—Mañana tengo que ir a Frankfurt a montar una instalación. ¿Quieres venir? Puedo apuntarte en calidad de técnico. —Esconde más la cabeza en la chaqueta militar—. No puedo pagarte, pero tienes pasaje gratis, ¿quieres...?

Extraña oferta, viniendo de Rubin, aunque conozco el motivo: está preocupado por mí, piensa que ando muy raro con lo de Lise, y es lo único que se le ocurre, sacarme de la ciudad.

—En Frankfurt está haciendo más frío que aquí.

—Quizá te haga falta un cambio, Casey. No sé...

—Gracias, pero Max tiene un montón de trabajo por delante. Piloto ahora está cotizando alto, la gente viene de todas partes...

—Claro.

Después de dejar a la banda en el Piloto me fui a casa. Caminé hasta la Cuarta y allí tomé el trolley, pasando frente a las vitrinas de las tiendas que veo todos los días, cada una con su iluminación chillona y lustrosa; ropa y zapatos y *software*, motos japonesas agazapadas como escorpiones de esmalte, muebles italianos. Las vitrinas cambian con las estaciones, las tiendas vienen y van. Ahora estábamos en temporada prevacacional, y había más gente en la calle, muchas parejas caminando de prisa y con determinación junto a los luminosos escaparates, buscando ese perfecto lo-que-sea para como-se-llame, la mitad de las chicas con esas botas de nailon acolchadas hasta el muslo que habían llegado de Nueva York el invierno anterior, esas que según Rubin les daban aspecto de padecer elefantiasis. Sonreí al pensar en eso, y de pronto caí en la cuenta de que había realmente terminado, que yo había terminado con Lise, que ella ahora sería aspirada hacia Hollywood tan inexorablemente como si hubiera metido un dedo del pie en un agujero negro, arrastrada por la inimaginable fuerza gravitatoria del Gran Dinero. Creyendo eso, que se había ido —y probablemente para entonces se *había* ido— bajé una guardia en mi interior y sentí los contornos de mi lástima. Pero sólo los contornos, porque no quería que por nada se me arruinara la noche. Quería diversión. Hacía mucho tiempo que no la tenía.

Me bajé en mi esquina y el ascensor funcionó al primer intento. Buena señal, me dije. Ya arriba, me desvestí y me di una ducha, encontré una camisa limpia, puse unos *burritos* en el microondas. Siéntete normal, le aconsejé a mi reflejo mientras me afeitaba. Has estado trabajando demasiado. Tus tarjetas de crédito han engordado. Es hora de remediar eso.

Los *burritos* sabían a cartón, pero llegué a la conclusión de que me gustaban por lo agresivamente normales que eran. Mi coche estaba en Burnaby, donde le estaban reparando las fugas de la célula de hidrógeno, así que no iba a tener que molestarme

en conducir. Podría salir, buscar diversión y llamar al día siguiente al trabajo para decir que me sentía enfermo. Max no se enfadaría. Estaba en deuda conmigo.

Estás en deuda conmigo, Max, le dije a la helada botella de Moskovskaya que saqué del congelador. Si lo estarás. Vengo de pasar tres semanas editando los sueños y las pesadillas de una persona que está muy pero muy jodida, Max. Para tu beneficio. Para que puedas crecer y prosperar, Max. Serví tres dedos de vodka en un vaso de plástico que había quedado de una fiesta que había dado el año anterior y volví a la sala.

Alguna vez tengo la impresión de que aquí no vive nadie en particular. No porque esté desordenado: soy un buen amo de casa, aunque un poco robótico, y hasta me acuerdo de quitar el polvo de la parte superior de los marcos de los carteles y de las cosas, pero hay momentos en que la casa me da de pronto un leve escalofrío, con su elemental acumulación de elementales bienes de consumo. No es que desee, en realidad, llenarla de gatos ni de plantas de interior ni nada, pero hay momentos en que veo que cualquiera podría estar viviendo aquí, que cualquiera podría poseer estas cosas, y todas me parecen intercambiables, mi vida y la tuya, mi vida y la de cualquiera...

Creo que también Rubin ve las cosas de ese modo, todo el tiempo, pero para él eso es una fuente de fuerza. Él vive en la basura de otras personas, y todo lo que arrastra a casa debe de haber sido nuevo y reluciente alguna vez, debe de haber significado algo para alguien, por muy poco que fuera. Él lo mete todo en su camión loco y se lo lleva a casa y lo deja fermentar allí hasta que se le ocurre hacer algo nuevo con todo eso. Una vez me estaba mostrando un libro sobre arte del siglo veinte que a él le gustaba, y había una foto de una escultura automatizada llamada *Los pájaros muertos vuelven a volar*, una cosa que hacía girar y girar a verdaderos pájaros muertos sujetos a un cordel, y él sonreía y asentía, y yo veía que consideraba que el artista era para él una especie de antepasado espiritual. Pero ¿qué podría hacer Rubin con mis carteles enmarcados y mi diván mejicano traído de la Bahía y mi cama de goma espuma comprada en Ikea? Bueno, pensé, tomando un primer sorbo helado, pues algo se le ocurriría, lo cual explicaba que él fuera un artista famoso y yo no.

Me acerqué a la ventana y apreté la cara contra el vidrio cilindrado, tan frío como el vaso que tenía en la mano. Hora de salir, me dije. Estás mostrando los síntomas de ansiedad del soltero urbano. Hay remedios contra eso. Termina el trago. Sal.

Aquella noche no alcancé un estado de diversión. Tampoco di muestras de sentido común y adulto para resignarme, irme a casa, ver alguna película vieja y quedarme dormido en el diván. La tensión que aquellas tres semanas me habían acumulado adentro me impulsaba como el muelle real de un reloj mecánico, y seguí haciendo tictac por la ciudad nocturna, lubricando mi avance más o menos aleatorio con más tragos. Era una de esas noches, concluí rápidamente, en que te deslizas en un

continuum alterno, una ciudad que se parece en todo a la ciudad en que vives, excepto por la peculiar diferencia de que no alberga a ninguna persona que ames o conozcas o con la que al menos hayas hablado antes. En noches así, puedes entrar en un bar conocido y descubrir que han cambiado el personal; entonces comprendes que el verdadero motivo para ir allí era simplemente ver una cara conocida, en una camarera o en un barman, quien sea... Se sabe que esas cosas atenían contra la diversión.

Seguí rodando, sin embargo, por unos seis u ocho sitios, y terminé por rodar hacia el interior de un club de West End que tenía aspecto de no haber sido redecorado desde los noventa. Mucho cromo descascarado sobre plástico, hologramas borrosos que te daban jaqueca si tratabas de descifrarlos. Creo que Barry me había hablado de aquel sitio, aunque no logro imaginar por qué. Miré alrededor y sonreí. Si lo que buscaba era deprimirme, había llegado al sitio ideal. Sí, me dije, mientras me sentaba en un taburete en la esquina de la barra, aquello era genuinamente triste, la depresión extrema. Lo bastante horrible para interrumpir la inercia de mi mediocre velada, lo cual era sin duda algo bueno. Me tomaría uno más para el camino, admiraría la caverna, y luego un taxi a casa.

Y entonces vi a Lise.

No me había visto todavía, y yo aún tenía el abrigo puesto, el cuello de paño alzado para protegerme del frío. Ella estaba en la otra esquina de la barra y tenía un par de copas vacías enfrente, de las grandes, de las que vienen con esas sombrillitas de Hong Kong o con una sirena de plástico adentro, y cuando alzó la mirada hacia el chico que estaba a su lado, le vi el destello de *wizz* en los ojos, y supe que aquellos tragos nunca habían contenido alcohol, porque los niveles de droga que estaba consumiendo no tolerarían la mezcla. El chico, en cambio, estaba ido, borracho, sonriente, entumecido y a punto de resbalarse del taburete, y diciendo algo mientras hacía repetidos intentos por enfocar los ojos y obtener una mejor imagen de Lise, sentada allí con el blusón de cuero negro del equipo de vestuario cerrado hasta el mentón y el cráneo a punto de asomar ardiendo a través de la cara blanca como una bombilla de mil vatios. Y viendo aquello, viéndola allí, supe en seguida un montón de cosas.

Que se estaba muriendo de verdad, ya fuera por el *wizz* o por la enfermedad o por una combinación de las dos cosas. Que lo sabía de sobra. Que el chico estaba demasiado borracho para darse cuenta del exoesqueleto, pero no tan borracho como para no tomar nota de la costosa chaqueta y del dinero que ella tenía para beber. Y que lo que yo estaba viendo era exactamente lo que parecía.

Pero no podía comprender, así de golpe, no podía hacer cálculos. Algo dentro de mí se encogió.

Y ella sonreía, o al menos hacía algo que a ella le debía parecer una sonrisa, la expresión que sabía apropiada para la situación, y asentía a tiempo a las necesidades

que balbuceaba el chico, y aquella horrible frase suya me vino a la memoria, aquello de que le gustaba mirar.

Y ahora sé algo. Sé que si no hubiera pasado por allí, si no los hubiera visto, habría podido aceptar todo lo que vino después. Hasta podría haber encontrado un modo de disfrutarlo en su nombre, o encontrar una forma de creer en lo que ahora se ha convertido, sea lo que sea, o lo que ha formado su imagen, un programa que finge ser Lise hasta tal punto de que cree ser ella misma. Podría haber creído lo que cree Rubin, que ella estaba verdaderamente más allá, nuestra Juana de Arco *hi-tech* que ardía por la unión con aquella divinidad de Hollywood, que nada le importaba salvo la hora de la partida. Que arrojaba ese cuerpo pobre y triste con un gemido de alivio, liberada de los lazos de policarbono y carne aborrecida. Bueno, después de todo quizá lo logró. Quizá haya sido así. Estoy seguro de que ella esperaba que fuese de esa forma.

Pero viéndola allí, con la mano de aquel borrachito en la suya, aquella mano que ni siquiera podía sentir, supe, de una vez por todas, que ningún motivo humano es completamente puro. Hasta Lise, con ese corrosivo y demencial impulso hacia el estrellato y la inmortalidad cibernética, tenía debilidades. Era humana de una forma que me costaba mucho admitir.

Había salido aquella noche, supe, para darse el beso de despedida. Para encontrar a alguien que estuviera lo bastante borracho como para hacerlo por ella. Porque, supe entonces, era cierto: le gustaba mirar.

Creo que me vio, al salir. Y salí casi corriendo. Si me vio, supongo que me habrá odiado más que nunca, por el horror y la lástima que había en mi cara.

No la vi nunca más.

Un día le voy a preguntar a Rubin por qué el Wild Turkey *sour* es el único trago que sabe preparar. Fuerza industrial, esos *sours* de Rubin. Me pasa la taza de aluminio abollada mientras su casa hace tictac y se agita a nuestro alrededor con la furtiva actividad de sus creaciones más pequeñas.

—Deberías venir a Frankfurt —dice otra vez.

—¿Por qué, Rubin?

—Porque dentro de muy poco ella te va a llamar. Y creo que quizás no estás preparado para eso. Todavía estás confundido, y esa cosa va a sonar como ella y pensar como ella, y tú te vas a poner muy raro. Ven conmigo a Frankfurt para que puedas respirar un poco. Ella no sabrá que estás allá...

—Ya te lo he dicho —insisto, recordándola en la barra de aquel club—: mucho trabajo. Max...

—A la mierda con Max. Hiciste rico a Max. Max puede sentarse a esperar. Tú

mismo eres rico, con los derechos de autor de *Reyes*, pero eres demasiado terco para informarte sobre tu cuenta bancada. Puedes permitirte unas vacaciones.

Lo miro y me pregunto cuando le contaré lo de la última imagen de ella.

—Rubin, te lo agradezco de verdad, hermano, pero es que...

Suspira, bebe.

—¿Pero qué?

—Rubin, si ella me llama, ¿es *ella*?

Me mira un buen rato.

—Sólo Dios lo sabe. —La taza hace clic en la mesa—. Mira, Casey, la tecnología está ahí, ¿entonces quién, quién puede saberlo?

—¿Y tú piensas que me debería ir contigo a Frankfurt?

Se quita las gafas de montura de acero y las pule con eficiencia con la parte delantera de la camisa de franela a cuadros.

—Sí. Necesitas ese descanso. Quizá no lo necesites ahora, pero lo necesitarás más adelante.

—¿Cómo es eso?

—Cuando tengas que editar su próxima grabación. Cosa que no tardará en ocurrir, sin duda, porque ella necesita dinero con urgencia. Está contratando un montón de ROM en la computadora central de alguna corporación, y sus derechos por *Reyes* no le van a alcanzar para pagar lo que tienen que ponerle allí. Y tú eres su editor, Casey. ¿Quién más?

Y yo sólo lo miro mientras vuelve a ponerse las gafas, como si no pudiera moverme.

—¿Quién más, hermano?

Y justo entonces una de sus construcciones hace *clic*, un ruido limpio y diminuto, y me doy cuenta de que Rubin tiene razón.

Michael Swanwick y William Gibson

Lo que él quería era seguir, bajar directo hasta Florida. Pagarse el pasaje traficando armas, tal vez sumarse a un ejército de rebeldes mercenarios allá abajo, en la zona de guerra. O tal vez —pues el billete era válido mientras no dejara de viajar— sencillamente nunca se apearía... El Holandés Errante de los autobuses. Le sonrió a su débil reflejo en el vidrio frío y grasiento mientras las luces del centro de Norfolk pasaban deslizándose; el bus se inclinó sobre las ruedas gastadas cuando el conductor emprendió bruscamente una última curva. Al fin frenó sacudiéndose en la terminal, una superficie iluminada de hormigón gris, áspera como el patio de una cárcel. Pero Deke pensaba que se moriría de hambre, tal vez en una tormenta de nieve a la salida de Oswego, con la mejilla pegada a la ventana del mismo bus, y ya veía cómo un viejo balbuceante vestido con un descolorido mono de trabajo, echaba sus restos afuera, en la siguiente parada. De cualquier modo, concluyó, poco le importaba. Sólo que tenía la impresión de que las piernas se le habían muerto. Y el conductor acababa de anunciar una parada de veinte minutos: Tidewater Station, Virginia. Era un edificio de bloques de concreto con dos entradas para cada lavabo; remanente del siglo anterior.

Con las piernas como maderos, se acercó sin muchas ganas al mostrador de baratijas y novedades, pero la negra de detrás estaba muy alerta, custodiando el escaso contenido de la vieja caja de vidrio como si estuviese jugándose la vida. *Tal vez así sea*, pensó Deke, dándole la espalda. Al otro lado de los lavabos, una puerta abierta ofrecía JUEGOS, y la palabra titilaba endebles destellos de plástico biofluorescente. Desde donde estaba alcanzaba a ver un grupo de jóvenes vagabundos apelotonados alrededor de una mesa de billar. Sin ningún propósito, con el aburrimiento siguiéndolo como una nube, asomó la cabeza. Y vio un biplano, de alas no más largas que un dedo pulgar, una llama brillante y anaranjada. Cayendo en tirabuzón, dejando una estela de humo, se desvaneció al chocar contra el fieltro verde de la mesa.

—¡Eso es, Tiny —vociferó uno de los mirones—, agarra a ese hijo de perra!

—Ey —dijo Deke—. ¿Qué pasa?

El muchacho más cercano era un larguirucho con una gorra Peterbilt de red negra.

—Tiny está defendiendo el Max —dijo, sin quitar los ojos de la mesa verde.

—¿Ah, sí? ¿Y eso qué es? —Pero en seguida lo vio: una medalla de esmalte azul en forma de cruz de Malta, con el eslogan *Pour le Mérite* dividido entre los brazos.

El Blue Max descansaba sobre el borde de la mesa, justo frente a una masa enorme, perfectamente inmóvil, embutida en una silla de tubos cromados y aspecto frágil. La camisa caqui que llevaba el hombre colgaría de los hombros de Deke como

una vela plegada, pero sobre aquel torso inflado abultaba tanto que los botones amenazaban con salir disparados en cualquier momento. Deke recordó a los soldados sureños que había visto en el viaje; aquellos endotipos de vientre pesado; se balanceaban sobre piernas escuálidas que parecían pertenecer a algún otro. Tiny podría tener ese aspecto, si se levantase, pero en mayor escala: un pantalón talla cuarenta que tendría que tener una banda de hilos de acero para soportar tantos kilos de vientre hinchado. Si Tiny llegara a levantarse alguna vez, pues Deke acababa de descubrir que el lustroso asiento era en realidad una silla de ruedas. Había en el rostro de aquel hombre algo turbadoramente infantil, una consternadora insinuación de juventud, y hasta de belleza, en facciones casi enterradas entre pliegues y papada. Sintiendo incómodo, Deke apartó los ojos. El otro hombre, sentado frente a Tiny al otro lado de la mesa, tenía patillas pobladas y una boca fina. Parecía que tratase de empujar algo con los ojos, de donde partían arrugas de concentración...

—¿Eres idiota o qué? —El de la gorra Peterbilt se dio vuelta, y advirtió por vez primera los tejanos a lo *proleboy*, las cadenas de latón en las muñecas de Deke—. ¿Por qué no te pierdes de vista? Aquí no queremos tipos como tú. —Y volvió a observar el combate aéreo.

Se hacían apuestas. Los mirones sacaban el material fuerte, el antiguo, dólares con la cabeza de la Libertad, monedas de diez centavos de la época de Roosevelt, mientras que los apostadores más prudentes sacaban antiguos billetes plastificados. Un trío de aviones rojos surgió de la neblina volando en formación. Fokkers D VII La sala quedó en silencio. Los Fokkers se ladearon majestuosamente bajo la órbita solar de una lámpara de doscientos vatios.

El Spad azul salió verticalmente de la nada. Dos más irrumpieron desde el techo sombrío, siguiendo de cerca al primero. Los mirones gritaron, uno se rió. La formación se rompió de golpe. Un Fokker se precipitó casi hasta el fieltro sin lograr deshacerse del Spad que tenía a la cola. Se puso a zigzaguear furiosamente por encima de las llanuras verdes, pero en vano. Por último se elevó, con el obstinado enemigo detrás, demasiado empinado, y no alcanzó a apartarse a tiempo.

Alguien recogió una pila de monedas de plata de diez centavos.

Los Fokkers habían sido superados en número. Uno tenía dos Spads en la cola. Un rocío de trazos puntiagudos le atravesó la cabina. El Fokker se dejó caer doblando a la derecha para ladearse sobre un Immelmann, y quedó detrás de uno de sus perseguidores. Disparó, y el biplano cayó revoloteando.

—¡Así se hace, Tiny! —Los mirones se apretaron alrededor de la mesa.

Deke estaba paralizado de asombro. Era como volver a nacer.

La Parada de Camiones de Frank estaba a unos tres kilómetros de la ciudad,

en la carretera de Sólo Vehículos Comerciales. Deke se había fijado en ella, por la inercia del hábito, desde el autobús, poco antes de entrar en la ciudad. Ahora regresaba caminando entre el tránsito y las vallas de protección de cemento. A su lado pasaban en tromba camiones articulados, enormes, de ocho segmentos, desplazando cada vez una masa de aire que amenazaba con sacarlo del camino. Las paradas de SVC eran sitios fáciles. Cuando entró en la de Frank, nadie dudó que acabara de apearse de alguno de los camiones, y así pudo saquear la tienda de regalos con toda tranquilidad. La estantería de electrónicos, con los discos proyectivos de dotación líquida, se extendía entre una pila de camisas vaqueras coreanas y una exposición de guardabarros Fuzz Buster. Una pareja de dragones orientales se retorció en el aire por encima de la estantería, luchando o fornicando, Deke no estaba seguro. El juego que quería estaba allí: un disco con la etiqueta de SPADS&FOKKERS. Le llevó tres segundos robárselo, y aún menos tiempo deslizar el imán —que la policía de D. C. ni siquiera se había molestado en confiscar— sobre la banda de seguridad magnética. Antes de salir, se birló dos unidades de programación y un pequeño facilitador Batang de control remoto que parecía un antiguo audífono.

Escogió un bloque de viviendas al azar y metió en el autoagente de alquiler la tarjeta que venía usando desde que perdiera la pensión por desempleo. Nadie verificaba la operación; el estado se limitaba a contar los cuartos ocupados y a pagar.

Él cubículo olía un poco a orina, y alguien había garrapateado eslóganes del Frente Duro de Liberación y Anarquía. Deke desalojó a patadas la basura de un rincón, se sentó de espalda a la pared, y desgarró el envoltorio del disco.

Había una hoja de instrucciones con diagramas de circuitos, bobinas e Immelmans, un pomo de pasta salina, y una lista computerizada de posibles operaciones. El disco era de plástico blanco, con un biplano azul y un logo de un lado, rojo del otro. Lo volvió una y otra vez en las manos: SPADS&FOKKERS, FOKKERS&SPADS. Rojo o azul. Se ajustó el Batang detrás de la oreja tras haber untado de pasta la superficie del inductor, conectó al programador la cinta de fibra óptica, y la enchufó en la toma mural. Luego introdujo el disco en el programador. Era un equipo barato, indonesio, y mientras ejecutaba el programa, sintió en la base del cráneo un zumbido molesto. Pero cuando hubo terminado, un Spad azul celeste se puso a revolotear en el aire, frenético, incansable, a pocos centímetros de su cara. Casi resplandecía, era tan real. Tenía esa extraña vida interior que suelen tener los minúsculos modelos de museo, pero mantenerlo activo le exigía una total concentración. Si se distraía una fracción de segundo, perdía nitidez y al fin se disolvía en el aire.

Estuvo practicando hasta que la pila del auricular se le acabó. Entonces se dejó

caer contra la pared y se quedó dormido. Soñó que volaba en un universo de nubes blancas y cielo azul; no había debajo ni arriba, ni ningún campo verde donde estrellarse.

Despertó al rancio olor de tortas de krill fritas, y se retorció de hambre. No tenía dinero, tampoco. Bueno, en el edificio había muchos estudiantes. Era probable que alguno necesitara una unidad programadora. Salió al corredor con el otro juego que había robado. No muy lejos había una puerta con un cartel que decía: HAY TODO UN BUEN UNIVERSO EN EL CUARTO PRÓXIMO. Debajo había un paisaje estelar con un conglomerado de pastillas multicolores, arrancado del anuncio de alguna empresa farmacéutica y pegado luego sobre una atrayente foto de la «colonia espacial» que estaba en construcción desde antes que él naciera, VAMOS, decía el cartel bajo un *collage* de hipnóticos.

Llamó a la puerta. La puerta se abrió hasta el extremo de la cadena de seguridad y reveló una franja de seis centímetros de cara de muchacha.

—¿Sí?

—Vas a pensar que es robado. —Se pasaba el programador de una mano a otra—. O sea, porque es nuevo, virgo cien por cien, y todavía tiene el código de barras. Pero oye, no voy a discutir. No. Te lo voy a dejar por la mitad de lo que pagarías en cualquier sitio.

—No me digas, ¿en serio? —El fragmento de boca visible se torció en una extraña sonrisa. La chica extendió la mano, con la palma en vertical. Se la acercó al mentón—. ¡Mira!

Tenía un hueco en la mano, un túnel negro que le corría a lo largo del brazo. Dos lucecitas rojas. Los ojos de una rata. Corrieron hacia él, creciendo, brillando. Algo gris se precipitó hacia adelante y le saltó a la cara.

Gritó, alzó las manos para protegerse. Se le doblaron las piernas, y cayó aplastando al programador.

Se arrastró sujetándose la cabeza, esparciendo escamas de silicato. La cabeza le dolía... Le dolía mucho.

—¡Ay, Dios mío! —La cadena de seguridad cayó con un chasquido, y la chica apareció encima de él—. Oye, aquí, mira, ven. —Sacudió una pequeña toalla azul—. Agárrate y yo te alzo.

La miró a través de una película de lágrimas. Estudiante. Ese aspecto de bien alimentada, camiseta grande, dientes tan rectos y blancos que podían servir de referencia bancaria. Una fina cadena de oro en un tobillo (cubierto de pelusa, advirtió, fino pelo de bebé). Corte de pelo a la japonesa. Dinero.

—Esta imbécil va a ser mi cena —se dijo, compadeciéndola. Se aferró a la toalla

y dejó que ella lo levantase.

La chica le sonrió, pero retrocediendo, apartándose de él, acobardada.

—Déjame indemnizarte —dijo—. ¿Quieres comida? Era sólo una proyección, ¿de acuerdo?

Entró detrás de ella, cauteloso, como un animal que entra en una trampa.

—No me lo puedo creer —dijo Deke—, esto es *queso de verdad*... —Estaba sentado en un destripado sofá, arrinconado entre un enorme oso de peluche y una desmoronada pila de *flopis*. Dos palmos de libros, ropa y papeles cubrían el suelo. Pero la comida que le sirvió (queso Gouda, carne enlatada y auténticas obleas de trigo de invernadero) venía directamente de las *Mil y una noches*.

—Ey —dijo ella—. Aquí sabemos cómo se trata a un *proleboy*, ¿eh? —Se llamaba Nance Bettendorf. Tenía diecisiete años. El padre y la madre trabajaban (maricones avaros) y ella estaba especializándose en ingeniería en la William and Mary. Sacaba las notas más altas excepto en inglés—. Supongo que tienes todo un problema con las ratas. ¿Te asustan?

Él miró la cama de soslayo. En realidad no se veía; era sólo un abultamiento en la colcha.

—No es eso. Me hizo pensar en otra cosa, nada más.

—¿En qué? —Se acuclilló frente a él; la camiseta dejó al descubierto buena parte de un muslo sedoso.

—Bueno... ¿alguna vez viste... —la voz se le hizo involuntariamente más alta y se comió las palabras— el *monumento a Washington*? ¿De noche? Tiene como dos... lucecitas rojas en lo alto, señales para la aviación o algo así, y yo, y yo... —Se puso a temblar.

—¿Le tienes miedo al monumento a Washington? —Nance ahogó un grito y se enrolló de risa, agitando unas piernas largas y bronceadas. Llevaba unas bragas bikini de color carmesí.

—Prefiero morirme antes que volver a verlo —dijo quedamente.

Entonces ella dejó de reírse, se incorporó, le estudió la cara. Dientes blancos y parejos consternados bajo el labio inferior, como si estuviera demorándose en algo en lo que no quería ni pensar. Por fin se atrevió.

—¿Bloqueo cerebral?

—Sí —dijo él amargamente—. Me dijeron que nunca volvería a D. C. Y los muy hijos de puta se echaron a reír.

—¿Por qué te detuvieron?

—Soy un ladrón. —No iba a decirle que el alegato real era robos reincidentes en tiendas.

—**Muchos viejos** programadores se pasan la vida programando máquinas. ¿Y sabes qué? Que el cerebro humano no se parece en nada a una máquina. No programan de la misma manera. —Deke ya conocía esa penetrante, chillona, desesperada conversación, esa cháchara interminable y circular que el solitario le suelta al raro oyente; la conocía de cien noches frías y vacías en compañía de extraños. Nance se perdió en un largo monólogo, y Deke, asintiendo y bostezando, se preguntaba si conseguiría mantenerse despierto cuando por fin cayeran en esa cama de ella.

—Construí esa proyección yo misma —dijo, recogiendo las rodillas hasta el mentón—. Es para los ladrones, ¿sabes? La tenía en la mano por casualidad y te la arrojé porque me pareció que era tan cómico, tú tratando de venderme esa pequeña mierda de programadora indo javanesa. —Se inclinó hacia adelante y estiró la mano—. Mira aquí. —Deke retrocedió—. No, no, no pasa nada. Te lo juro, ésta es diferente. —Abrió la mano.

Una llama azul y solitaria le bailaba allí, perfecta y siempre cambiante.

—Mira eso —dijo, maravillada—. Mira. Yo lo programé. No creas que es un montaje de siete imágenes. Es un circuito continuo de dos horas, siete mil doscientos segundos, nunca se repite, ¡cada instante es tan individual como un copo de nieve!

El núcleo de la llama era un cristal glacial, las aristas y las caras destellaban, se retorcían y desaparecían, dejando detrás imágenes cuasisubliminales, tan brillantes y agudas que lastimaban los ojos. Deke hizo una mueca de dolor. Gente, en su mayoría. Gente chiquita, bonita, desnuda, fornicando.

—¿Cómo diablos lo hiciste?

Nance se levantó; los pies descalzos le resbalaron en revistas brillantes, y con gesto melodramático se puso a apartar pliegos de papel continuo de un anaquel de madera terciada. Vio entonces una ordenada hilera de pequeñas consolas de aspecto austero y costoso. Hechas por encargo.

—Esto que tengo aquí es material de verdad. Facilitador de imágenes. Y esto mi módulo de barrido rápido. Y aquí un mapa cerebral, analizador de funciones. —Recitaba los nombres como una letanía—. Estabilizador de fluctuaciones cuánticas. Empalmador de programas. Un ensamblador de imágenes...

—¿Necesitas todo eso para hacer una llamita?

—Y que lo digas. Todo esto es lo último, equipo profesional de dotación líquida proyectiva. Está años por delante de cualquier cosa que hayas visto.

—Ey —dijo Deke—, ¿sabes algo de SPADS&FOKKERS?

Ella se echó a reír. Y entonces, porque le pareció que el momento era adecuado, él se acercó a tomarle la mano.

—No me toques, hijo de puta, ¡no me toques *jamás!* —chilló Nance, y se golpeó la cabeza en la pared al retroceder de un salto, blanca y temblando de terror.

—¡Está bien! —Deke alzó las manos—. ¡Está bien! Ni siquiera estoy cerca de ti. ¿De acuerdo?

Nance se alejó de él. Tenía los ojos redondos y bien abiertos; y unas lágrimas le bajaron rodando por las mejillas pálidas. Por fin, sacudió la cabeza.

—Perdona, Deke. Debería habértelo dicho.

—¿Haberme dicho qué? —Pero Deke se sentía inquieto. La forma en que ella se agarraba la cabeza. La forma débilmente espasmódica en que abría y cerraba las manos—. Tú también tienes un bloqueo cerebral.

—Sí. —Ella cerró los ojos—. Es un bloqueo de castidad. Los imbéciles de mis padres pagaron para que me lo hicieran. No soporto que nadie me toque, ni siquiera que se me acerquen. —Los ojos se le abrieron de odio ciego—. Ni siquiera *hice* nada. Un camino de nada. Pero los dos tienen empleo y están tan empeñados en que yo estudie una carrera que no pueden ni orinar recto. Tienen miedo de que descuide mis estudios si llego... ya sabes, a meterme con el sexo y esas cosas. El día que se me acabe el bloqueo cerebral buscaré al más vil, al más sucio, al más peludo...

Se había vuelto a agarrar la cabeza. Deke se levantó de un salto y se puso a revolver en el gabinete de medicamentos. Encontró un frasco de vitaminas de complejo B, se echó algunas al bolsillo por si acaso, y le llevó dos a Nance, con un vaso de agua.

—Toma —le dijo, cuidando de mantenerse lejos—. Esto te calmará.

—Sí, sí —dijo. Y luego, casi entre dientes—: Pensarás que soy una latosa.

La sala de juegos de la estación Greyhound estaba casi vacía. Un solitario quinceañero de quijada larga estaba inclinado sobre una consola, moviendo una colorida flota de submarinos en el sombrío reticulado del Atlántico Norte.

Deke entró, con su nuevo atuendo, y se apoyó en una pared de cemento, pulido por innumerables capas de esmalte verde. Había desteñido su remendada ropa de *proleboy*, el pantalón y la camiseta de la Buena Voluntad, y había encontrado un par de zapatones en el armario de un sauna con sistema de seguridad barato.

—¿Has visto a Tiny por ahí, amigo?

Los submarinos dispararon torpedos de neón.

—Depende de quién pregunte.

Deke se tocó el mando a distancia que llevaba detrás de la oreja. El Spad saltó sobre la consola, ágil y delicado como una libélula. Era hermoso; tan perfecto, tan de *verdad*, que hizo que toda la sala pareciese una ilusión. Lo acercó al reticulado, a milímetros del vidrio, aprovechando el efecto de fondo.

El chico ni se molestó en levantar la mirada.

—En Jackman's —dijo—. Al final de la avenida Richmond, más allá de los excedentes.

Deke dejó que el Spad se desvaneciese a media altura.

El Jackman's ocupaba casi toda la tercera planta de un viejo edificio de ladrillos. Lo primero que encontró Deke fue Los Mejores Excedentes de Guerra, y luego un anuncio de neón roto en lo alto de un vestíbulo a oscuras. La acera de la entrada estaba ocupada por otra clase de excedentes: veteranos damnificados, algunos de ellos de la época de Indochina. Ancianos que habían dejado los ojos bajo soles asiáticos estaban sentados en cuclillas junto a chicos espasmódicos que habían inhalado micotoxinas en Chile. Deke se alegró al oír las maltratadas puertas del ascensor se cerraban detrás de él con un suspiro.

Un polvoriento reloj Dr. Pepper en el otro extremo de la sala larga y espectral le dijo que eran las ocho menos cuarto. El Jackman's había sido embalsamado veinte años antes de que él naciera, sellado tras una amarillenta película de nicotina, grasa y aceite para el pelo. Justo debajo del reloj, desde una foto enmarcada, los ojos chatos de un ciervo embalsamado miraban a Deke. La foto tenía el lustroso color sepia de las alas de las cucarachas. Se oían los ruidos secos y los susurros del billar, el chillido de una bota de trabajo que se doblaba sobre linóleo cuando un jugador se inclinaba sobre la consola. Poco más arriba de las lámparas verdosas pendía una tira de campanas navideñas de papel, de marchito color rosado. Deke miró de una pared a otra. Ningún facilitador.

—Tráete uno, por si nos hiciera falta —dijo alguien. Se volvió y se encontró con la mirada blanda de un calvo con gafas de montura de acero—. Me llamo Cline. Bobby Earl. Usted no tiene pinta de jugador de billar, señor. —Pero no había amenaza ni acritud en la voz de Bobby Earl. Se quitó las gafas y empezó a pulir las lentes con un pliegue de gasa. A Deke le recordó a un instructor de taller que con santa paciencia había tratado de enseñarle las técnicas de instalación de biochips invertidos—. Yo soy un apostador —dijo el calvo, sonriendo. Los dientes eran de plástico blanco—. Ya sé que no lo parezco.

—Estoy buscando a Tiny —dijo Deke.

—Bien. —El hombre volvió a ponerse las gafas—. Pues no lo vas a encontrar. Ha ido a Betsheda para que la A. V. le limpie la cañería. De todos modos él no volaría contra ti.

—¿Por qué no?

—Pues, porque no estás en el circuito, si no yo te conocería. ¿Juegas bien? —Y como Deke asintiera, Bobby Earl le gritó a alguien al fondo del Jackman's—. ¡Ey, Clarence! Trae el facilitador. Tenemos aquí un joven volante.

Veinte minutos después, habiendo perdido el control remoto y el dinero que le

quedaba, se alejó pasando junto a los soldados rotos de Los Mejores Excedentes.

—Y ahora déjame que te diga, muchacho —le había dicho Bobby Earl en tono paternal mientras, mano en el hombro, acompañaba a Deke hasta el ascensor—, tú no le vas a ganar a un veterano de combate... ¿me escuchas? Ni siquiera yo soy tan bueno; no soy más que un viejo soldado raso que pasó quince, tal vez veinte minutos hipercolocado. El viejo Tiny, en cambio, era *piloto*. Pasó todo el servicio colocado hasta la médula. Tiene la membrana atenuada al máximo... tú no le vas a ganar.

Era una noche fría. Pero Deke ardía de rabia y humillación.

—**Jesús, qué** cosa tan burda —dijo Nance cuando el Spad ametralló un montículo de calzones rosados. Deke, echado en el sofá, se quitó de detrás de la oreja el control remoto de Nance, un Braun pequeño y lustroso.

—No vengas ahora a burlarte de mí, señorita-rica-que-va-a-tener-un-empleo...

—¡Ey, tranquilo! No tiene nada que ver contigo... es sólo *tech*. Ese disco que tienes es de lo más primitivo. Tal vez para la calle sea de lo mejor. Pero comparado con lo que yo hago en la universidad es... uf. Deberías dejar que te lo re programe.

—¿Cómo dices?

—Déjame incrementarlo. Todas esas porquerías están escritas en hexadecimal, ¿entiendes?, porque los programadores industriales trabajan sólo con computadoras. Así es como ellos piensan. Déjame llevarlo al lector-analizador del departamento, le corro un par de cambios, lo traduzco a un licualenguaje moderno. Le elimino todos los intermediarios redundantes. Eso te recortará el tiempo de reacción, cortará el circuito de retroalimentación por la mitad. Así volarás mejor y más rápido. Te convertirás en un verdadero profesional, ¡en todo un as! —Nance dio un sorbo al bong y se dobló hacia adelante, ahogada de risa.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Deke, incrédulo.

—Ey, ¿por qué crees que la gente compra remotos con cables de oro? ¿Por el prestigio? Una mierda. La conductividad es mejor, le quita unos cuantos nanosegundos al tiempo de reacción. Y tiempo de reacción es como se llama el juego, ¿sabes?

—No —dijo Deke—. Si fuera tan fácil, la gente ya lo tendría. Lo tendría Tiny Montgomery. Él sin duda tendría lo mejor.

—¿Pero es que no escuchas? —Nance dejó el bong; una lámina de agua parda cayó de plano al suelo—. El material con que trabajo está tres años por delante de cualquier cosa que encuentres en la calle.

—¿De verdad? —dijo Deke tras un largo silencio—. Quiero decir, ¿podrás hacerlo?

Era como pasar de un Modelo T a un Lotus noventa y tres. El Spad maniobraba como un sueño, respondía al menor pensamiento de Deke. Pasó semanas jugando en las videogalerías, sin gastar un centavo. Voló contra los adolescentes del lugar y de a uno y de a tres fue derribándoles los aviones. Hacía pruebas, jugaba a sorprender. Y los aviones caían...

Hasta que un día, Deke estaba guardándose el dinero ganado, y un negro larguirucho que estaba apoyado en una pared se enderezó para hablarle. Miró los billetes laminados en la mano de Deke y sonrió. Un diente de rubí le brilló en la boca.

—¿Sabes una cosa? —le dijo—. He *oído* decir que hay un tío que sabe volar, que está batiendo a los chicos.

—Jé —dijo Deke mientras untaba mantequilla danesa en una barra de pan de algas—. *Barrí* el piso con esos negros. Aunque eran buenos.

—Me alegro, cariño —balbuceó Nance. Estaba trabajando en su proyecto final, metiendo datos en una máquina.

—¿Sabes?, me parece que tengo mucho talento para esta clase de cosas. ¿Sabes? O sea, el programa me ayuda, pero yo tengo lo que hace falta para sacarle provecho. Me estoy haciendo toda una reputación ahí fuera, ¿sabes? —Impulsivamente, encendió la radio. Las trompetas de un rayado dixieland estallaron en la habitación.

—Ey —dijo Nance—. Si no *te* importa...

—No, es que estoy... —Movi6 el sintonizador hasta que encontró una música de pacotilla, lenta, romántica—. Ahí está. Vamos, ponte de pie. Vamos a bailar.

—Ey, ya sabes que no puedo...

—Claro que puedes, tonta. —Le arrojó el enorme oso de peluche y recogió del suelo un vestido de algodón a cuadros. Lo sujetó por la cintura y la manga, y apretó el cuello con la barbilla. Olía a pachulí, y más débilmente a sudor—. ¿Lo ves? Yo me quedo por aquí, tú te pones allí. Y bailamos. ¿Entiendes?

Parpadeando, despacio, Nance se levantó y abrazó el oso con fuerza. Bailaron, pues, lentamente, mirándose a los ojos. Después de un rato, ella se puso a llorar. Pero seguía sonriendo.

Deke soñaba despierto, imaginaba que era Tiny Montgomery, conectado a su avión de despegue vertical. Imaginó a la máquina respondiendo a la más imperceptible crispación de las neuronas, los reflejos aumentados al máximo, el hiperfluyéndole libremente por las venas.

El suelo del apartamento de Nance se convirtió en selva, la cama era una meseta de las estribaciones andinas, y Deke piloteaba el Spad a máxima velocidad, como si

fuera una máquina interactiva de combate totalmente integrada. Jeringas hipodérmicas computarizadas le inyectaban lentamente en el torrente sanguíneo una efectiva mezcla intensificadora. Tenía unos sensores directamente conectados al cráneo, que provocaban un giro supersónico en el cuenco verdiazul del cielo que cubría la selva subtropical boliviana. Tiny habría *sentido* el paso del aire sobre las superficies de control.

Abajo, los soldados avanzaban a empujones por la selva, con bombas de hiper sujetas en los brazos; las bombas les darían una dosis extra de furia en la danza mortal del combate, una inyección de infierno líquido en una ampolla de plástico azul. Tal vez fueran diez minutos de una semana. Pero acercándose a ras de los árboles, con los reflejos potenciados al máximo, volando tan bajo, las tropas de tierra nunca te veían llegar hasta que te tenían encima, soltabas los agentes de fosgeno, te alejabas y desaparecías sin darles tiempo ni a levantar la punta del fusil... Era preciso pues un goteo constante de hiper. Y el interfaz neuronal directo que lo conectaba al jet era una calle de dos direcciones: las computadoras de a bordo llevaban un monitor bioquímico y decidían cuándo abrir las compuertas y proporcionar al componente humano un toque homicida de ansia de combate.

Dosis así te consumían. Te comían hasta el fondo, lentas, constantes, abrasando la superficie del cerebro, erosionando las membranas del cerebro. Si no te retiraban de la aviación a tiempo, terminabas con un debilitamiento de las células cerebrales; reflejos demasiado rápidos para tu cuerpo y el reflejo de lucha-o-escapa estropeado para siempre...

—¡Llegué al tope, *proleboy*!

—¿Ah? —Deke levantó la cabeza, asustado, al tiempo que Nance entraba en tromba tirando los libros y el bolso en el montón más cercano.

—Mi proyecto final... Me eximieron de los exámenes. El profe dijo que nunca había visto nada parecido. Eh, baja un poco las luces, por favor. Esos colores me irritan los ojos.

Deke la complació.

—Bueno, muéstrame. Muéstrame esa maravilla.

—Bien, de acuerdo. —Nance enarboló el control remoto, abrió a patadas un espacio en la cama para ponerse allí de pie, inmóvil un instante. Una chispa le estalló en la mano y se convirtió en llama. Como una línea de mercurio se extendió subiéndole por el brazo, enrosándosele en el cuello. Ahora era una víbora, de cabeza triangular y lengua intermitente. Colores fundidos, naranjas y rojos. Se le deslizó entre los pechos—. La llamo serpiente de fuego —dijo Nance con orgullo.

Deke se acercó un poco, y ella saltó hacia atrás.

—Perdona. ¿Es como tu llama, no? O sea que por dentro se ven esos minienanitos fornicando.

—Más o menos. —La serpiente de fuego se le escurrió hacia el vientre—. El mes próximo voy a empalmar doscientos programas de llamas, con justificación de fundido entre ellos para obtener las imágenes. Luego aprovecharé la imagen corporal mental para que se oriente a sí mismo. Así podrá recorrer todo el cuerpo sin que tengas que pensarlo. Te lo puedes poner para bailar.

—A lo mejor soy algo tonto, pero, si todavía no lo has hecho, ¿cómo es que puedo verlo?

Nance soltó una risita.

—Eso es lo mejor: todavía falta la mitad. No tuve tiempo de ensamblar las piezas en un programa unificado. Enciende la radio, por favor. Quiero bailar. —Sacudió los pies para quitarse los zapatos. Deke sintonizó una música movida.

Luego, ante el pedido de Nance, bajó el volumen hasta casi un susurro.

—Conseguí dos dosis de hiper, ¿sabes? —Estaba dando saltos en la cama, moviendo las manos como una bailarina balinesa—. ¿Lo has probado alguna vez? Increíble. Te da una concentración absoluta. Mira esto. —Se puso *en pointe*—. Nunca lo había hecho.

—Hiper —dijo Deke—. De la última persona que fue descubierta con esa mierda encima sé que le cargaron tres años en infantería. ¿Cómo lo conseguiste?

—Se lo compré a la veterana de un colegio. Salió el mes pasado. La visualización es perfecta. Puedo mantener la proyección con los ojos cerrados. Me ensamblé el programa en la cabeza como si nada.

—¿Con sólo dos dosis?

—Una. La otra la guardo de reserva. El profe quedó tan impresionado que me va a concertar una entrevista. Un reclutador de la I. G. Feuchtwaren visitará el campus dentro de dos semanas. La ampolla de hiper le va a vender el programa y me va a vender a *mí*. Voy a salir de la universidad con dos años de adelanto, directamente a la industria, sin pasar por la cárcel ni pagar doscientos dólares.

La serpiente se enroscó y se alzó como una tiara ígnea. Deke tuvo una rara sensación de malestar al pensar que Nance se alejaba de él.

—Soy la bruja —cantó Nance—. La bruja del *wetware*. —Se sacó la camisa por la cabeza y la tiró al aire. Los senos, perfectos y alzados, se le movían libres, armónicos, al compás del baile—. A lo más alto —ahora entonaba una canción de moda— voy a... ¡llegar! —Tenía los pezones pequeños, rosados, endurecidos. La serpiente de fuego se los lamía y se retiraba en coletazos.

—Ey, Nance —dijo Deke, incómodo—. Cálmate un poco.

—¡Estoy celebrando! —Enganchó el pulgar en las bragas doradas y brillantes. El fuego la abrazaba en espirales de la mano a la entrepierna—. Soy la diosa virgen, nene, ¡y tengo el poder! —Cantando de nuevo.

Deke apartó la mirada.

—Tengo que irme —balbuceó. Tenía que irse a casa y masturbarse. Se preguntó dónde habría escondido esa segunda dosis. Podría estar en cualquier sitio.

El circuito tenía su protocolo, un orden tácito de deferencia y precedencia tan elaborado como el de la corte de un mandarín. No importaba que Deke estuviera de moda, que su reputación se estuviera extendiendo como un fuego desatado. Ni siquiera un chico-mosca de renombre podía desafiar a quien quisiera. Tenía que escalar las jerarquías. Pero si volabas todas las noches. Si estabas preparado para el reto de cualquiera. Y si eras bueno... la escalada podía ser rápida.

Deke llevaba un avión de ventaja. Era un torneo, tres aviones contra tres. No muchos espectadores, unos doce, quizá, pero era una buena refriega, y el público metía ruido. Deke estaba inmerso en la maníaca serenidad del combate cuando de pronto advirtió que habían callado. Vio que los mirones se movían inquietos. Los ojos miraron todos más allá de él. Oyó las puertas del ascensor que se cerraban. Fríamente, se deshizo del segundo avión de su adversario, y se aventuró a echar un rápido vistazo por encima del hombro.

Tiny Montgomery acababa de entrar en el Jackman's. La silla de ruedas avanzó susurrando por el oscurecido linóleo, guiada por las levísimas crispaciones de una mano no del todo paralizada. La expresión de Tiny era severa, vacía, tranquila.

En ese instante, Deke perdió dos aviones. Uno por un fallo de resolución —se desenfocó y el facilitador lo quitó de escena— y el otro porque su contrincante era un auténtico luchador. Se lanzó sobre Deke en barrena a una velocidad asesina, se deslizó junto a él, y le ametralló el biplano. El aparato cayó en llamas. Los dos últimos aviones de cada bando compartían altitud y velocidad, y al volverse, buscando una posición adecuada, entraron por lógica en un movimiento circular.

Los mirones se apartaron al tiempo que Tiny se acercó rodando hasta pegarse a la mesa. Bobby Earl Cline caminaba detrás, larguirucho y relajado. Deke y su adversario se miraron y sacaron sus aviones de la mesa de billar para que el hombre hablase. Tiny sonrió. Tenía unas facciones pequeñas, apretadas en el centro de una cara pálida y fofa. Un dedo se le crispó levemente sobre el apoyamanos de cromo.

—He oído hablar de ti. —Miró a Deke a los ojos. Tenía una voz suave y extrañamente dulce, una voz de niña pequeña—. He oído decir que eres bueno.

Deke asintió con un lento movimiento de la cabeza. La sonrisa abandonó el diminuto rostro de Tiny. Los labios, blandos, carnosos, se le distendieron en un puchero natural, como si esperasen un beso. Los ojos, pequeños y brillantes, estudiaron a Deke sin malicia.

—Veamos qué sabes hacer, pues.

Deke se perdió en el frío juego de la guerra. Y cuando el enemigo cayó, envuelto

en humo y llamas, para estallar y desvanecerse en la mesa, Tiny giró la silla, sin decir una palabra, rodó hasta el ascensor, y se marchó.

Cuando Deke recogía sus ganancias, Bobby Earl se abrió paso hasta él y le dijo:

—El hombre quiere jugar contigo.

—¿Sí? —Deke no estaba ni remotamente a la suficiente altura en el circuito como para desafiar a Tiny—. Explícamelo.

—Uno que iba a venir mañana de Atlanta canceló la cita. Y el viejo Tiny tiene ganas de volar contra alguien nuevo. Así que parece que ahora te toca a ti, en el Max.

—¿Mañana? ¿Miércoles? No me da mucho tiempo para entrenarme.

Bobby Earl sonrió amablemente.

—No creo que eso importe mucho.

—¿Por qué, señor Cline?

—Muchacho, tú no tienes *jugadas*, ¿me entiendes? No tienes sorpresas. Vuelas como un principiante, sólo que más rápido y con más habilidad. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

—No estoy seguro. ¿Quiere ponerle un poco de emoción a la cosa?

—Para serte franco —dijo Cline—, estaba esperando que me lo dijeras. —Se sacó un cuaderno negro del bolsillo y lamió la punta de un lápiz—. Te doy cinco a una. No habrá apuesta mejor.

Miró a Deke casi con tristeza.

—Pero Tiny es por naturaleza mejor que tú, y es que nunca ha tenido otra cosa, muchacho. Vive para ese maldito juego, nada más. No puede salir de esa maldita silla. Si crees que puedes ganarle a un hombre que pelea por su vida, te engañas.

El retrato del coronel de Norman Rockwell miraba a Deke desapasionadamente desde el Kentucky Fried que estaba al otro lado de la avenida Richmond, frente a la cafetería. Deke sostenía la taza con manos frías y temblorosas. El cráneo le zumbaba de cansancio. Cline tenía razón, le dijo al coronel. Puedo volar contra Tiny, pero no puedo ganar. El coronel le devolvió la mirada con ojos serenos, quietos y no particularmente amables; su mirada abarcaba la cafetería, la tienda de excedentes y todo el reino de arrastrados de la avenida Richmond. Esperando a que Deke admitiera la cosa tan terrible que tenía que hacer.

—La zorra ésa está planeando dejarme plantado, *de todos modos* —dijo Deke en voz alta, lo que hizo que la negra del mostrador lo mirara con extrañeza y luego desviara rápidamente los ojos.

—¡Papi llamó! —Nance entró bailando en el apartamento y cerró de un

portazo—. ¿Y sabes qué? Dice que si consigo el empleo y lo conservo seis meses, hará que me eliminen el bloqueo cerebral. ¿Puedes *creerlo*, Deke? —Vaciló un instante—. ¿Te sientes bien?

Deke se levanto. Ahora que había llegado el momento, le parecía irreal, como si estuviera en una película o algo así.

—¿Por qué no viniste a casa anoche? —preguntó Nance.

Tenía la piel de la cara anormalmente tensa, una máscara de pergamino.

—¿Dónde escondiste el hiper, Nance? Lo necesito.

—Deke —dijo, insinuando una sonrisa que en seguida se desvaneció—. Deke, es mío. Mi dosis. La necesito. Para mi entrevista.

Deke le sonrió despectivamente.

—Tú tienes dinero. Siempre podrás conseguir otra ampolla.

—¡No de aquí al viernes! Escucha, Deke, esto es muy importante. Toda mi vida depende de esta entrevista. Necesito esa ampolla. ¡Es lo único que tengo!

—¡Mira, nena, tienes todo el puto mundo! Mira un poco a tu alrededor: ¡seis onzas de hashish rubio libanes! Anchoas en lata. Seguro médico ilimitado, si lo llegas a necesitar. —Nance retrocedía, se apartaba de él, tropezando con las estáticas olas de las sábanas sucias y con las arrugadas, lustrosas revistas que se encrespaban al pie de la cama—. En cambio yo, yo nunca tuve ni el olor de todo esto. Nunca tuve los estímulos que hacen falta para salir adelante. Y esta vez lo voy a hacer. Tengo un jodido partido en dos horas y lo voy a ganar. ¿Me oyes? —Se estaba enfureciendo cada vez más, y eso era bueno. Necesitaba la rabia para lo que tenía que hacer.

Nance alzó un brazo, con la mano abierta, pero Deke estaba preparado y se la apartó de un golpe sin siquiera alcanzar a ver la entrada del túnel oscuro, y mucho menos los ojitos rojos. Entonces los dos rodaron al suelo, y él quedó encima de ella, y el aliento de Nance le llegaba a la cara, rápido y caliente.

—¡Deke! ¡Deke! Yo *necesito* esa mierda, Deke, es mi *entrevista*, es lo único... Tengo que... tengo que... —Volteó la cara, lloraba mirando a la pared—. Por favor, Dios mío, por favor, no...

—¿Dónde lo escondiste?

Clavada a la cama bajo el cuerpo de Deke, Nance comenzó a sacudirse en espasmos, todo el cuerpo en convulsiones de miedo y de dolor.

—¿Dónde está?

La cara de Nance era ya carne gris de cadáver, desangrada, y el horror le ardía en los ojos. Deke torció la boca. Ahora era demasiado tarde para detenerse; había traspasado la línea límite. Deke sintió asco y náuseas, sobre todo porque, a un nivel inesperado y desagradable, estaba *disfrutando*.

—¿Dónde lo tienes, Nance? —Y, despacio, con mucha suavidad, se puso a acariciarle la cara.

Deke llamó el ascensor del Jackman's con un dedo que se movía tan rápido y recto como un avispon; delicadamente, como una mariposa, se posó en el botón de llamada. Deke estaba lleno de vigorosa energía, y la tenía toda bajo control. Mientras subía, iba manoteando sus propias sombras y le reía a su reflejo en el cromo manchado de dedos. Tenía las pupilas como puntas de alfiler, casi invisibles, y no obstante, el mundo brillaba como el neón.

Tiny estaba esperando. La boca del lisiado se le curvó hacia arriba en una dulce sonrisa al advertir los iris de Deke, la exagerada calma de sus movimientos, el vano intento por fingir una torpeza exenta de drogas.

—Bueno —dijo con esa voz añorada—, parece que me espera todo un manjar.

El Max estaba apoyado en uno de los tubos de la silla. Deke saludó con una reverencia, no del todo burlona.

—A volar. —Como retador, volaría a la defensiva. Materializó sus aviones a una altitud moderada: bastante altos como para caer en barrena, bastante bajos para estar alerta cuando Tiny atacase. Esperó.

El público lo saludó. Un gordo de pelo con brillantina puso cara de asustado; un ojeroso sureño empezó a sonreír. Los murmullos subieron de tono. Los ojos se movían en cámara lenta en cabezas paralizadas por los tiempos de reacción del hipen. Le llevó tal vez tres nanosegundos detectar la fuente de ataque. Deke miró hacia arriba, y... ¡Hijo de puta, estaba ciego! Los Fokkers bajaban en picada desde una bombilla de doscientos vatios, y Tiny lo había obligado a mirarla de frente. La visión se transformó en luz blanca. Deke cerró con fuerza los párpados sobre ojos empozados de lágrimas y mantuvo frenéticamente el escenario visualizado. Dividió su escuadra llevando dos biplanos a la derecha, uno a la izquierda. Hizo que todos se torcieran en una media vuelta, una y otra vez. Tuvo que desviarse al azar: no sabía dónde estaban las hostiles aves de guerra.

Tiny soltó una risita. Deke podía oírlo entre los ruidos del público, los hurras y las maldiciones y las monedas que caían sobre la mesa en un momento sincopado al margen del flujo y reflujo del duelo.

Cuando recobró la visión, un instante después, un Spad caía en llamas. Los Fokkers mordían la cola de sus aparatos sobrevivientes, uno a uno y dos al otro. Tres segundos de juego y ya había perdido uno.

Esquivando las balas trazadoras de Tiny, bajó en barrena al solitario perseguido y llevó el otro hacia el punto ciego entre Tiny y la bombilla.

Las facciones de Tiny se distendieron. No había en aquella serenidad la menor sombra de desprecio o decepción. Siguió a los aviones con aire tranquilo, esperando el turno de Deke.

Entonces, justo antes del punto ciego, Deke arrojó su Spad en barrena, los

Fokkers aceleraron, se ladearon abruptamente, y se torcieron buscando las posiciones de combate.

El Spad continuó su zambullida detrás del tercer Fokker, que había sido perseguido por el otro avión de Deke. La descarga alcanzó las alas y el fuselaje rojo. Durante un instante no pasó nada, y Deke pensó que había errado el disparo. Entonces la pequeña mariposa roja viró a la izquierda y cayó, dejando un rastro de humo negro y aceitoso.

Tiny frunció el ceño; unas diminutas líneas de desagrado le estropearon la perfección de la boca. Deke sonrió. Uno a uno.

Ambos Spads eran seguidos de cerca. Deke los apartó a los lados y los volvió a juntar desde las bandas opuestas de la mesa verde. De este modo neutralizaba la ventaja de Tiny, pero no podía disparar sin poner en peligro sus propios aviones. Deke lanzó las máquinas a velocidad máxima, y las enfrentó una contra otra.

Un instante antes de que chocasen, Deke hizo que los aviones se cruzaran, uno subiendo y otro bajando, mientras abrían fuego y viraban. Tiny estaba preparado. El fuego inundó el aire. Entonces un avión azul y otro rojo salieron rugiendo, disparados en direcciones opuestas. Tras ellos, dos biplanos se engarzaron en el aire. Las alas se tocaron, se golpearon, y los aviones cayeron juntos, casi en picada, al fieltro verde que se extendía abajo.

Diez segundos de juego y cuatro aviones derribados. Un negro veterano frunció los labios y silbó. Otro espectador meneó la cabeza, incrédulo.

Tiny se había erguido inclinándose un poco hacia adelante en la silla de ruedas: los ojos intensos y fijos, las manos blandas apretando débilmente los brazos de la silla. Se acabó la comedia de poses divertidas y relajadas; tenía la atención clavada en el juego. Los mirones, la mesa, el mismo Jackman's, no existían para él. Bobby Earl Cline le puso una mano en el hombro; Tiny no se dio cuenta. Los aviones estaban en esquinas opuestas de la sala, ganando altitud trabajosamente. Deke pegó el suyo al techo, apenas visible tras la niebla de humo. Echó una rápida mirada a Tiny, y los ojos de los dos se encontraron. Frío contra frío.

—Vamos a ver hasta donde llegas —musitó Deke entre dientes.

Juntaron los aviones.

Ahora el hiper estaba llegando al máximo, y Deke pudo ver las balas trazadoras de Tiny que rasgaban el aire entre las máquinas. Tenía que poner el Spad en la línea de fuego y disparar al blanco, y luego doblar y ladearse para que las balas del Fokker le pasaran por debajo del fuselaje. Tiny hacía exactamente lo mismo, esquivando el fuego de Deke y volando tan cerca del Spad que los trenes de aterrizaje casi se enganchaban unos con otros.

Deke estaba forzando a su Spad con un apretado rizo inverso, cuando tuvo la alucinación. El fieltro se arrugaba y retorció: se convirtió en el infierno verde de la

selva tropical boliviana que Tiny había sobrevolado en combate. Las paredes se alejaron hacia un gris de infinitud, y sintió el metálico confinamiento de un jet cibernético que se acercaba a él.

Pero Deke se había preparado. Estaba esperando las alucinaciones y sabía cómo enfrentarlas. Los militares nunca suministrarían drogas que los soldados no pudiesen dominar. Spad y Fokker se entrecruzaron en un nuevo acercamiento. Podía leer las tensiones en el rostro de Tiny Montgomery, los ecos del combate en el cielo profundo de la selva. Acercaron sus aviones, sintiendo las tensiones que llegaban al cerebro directamente desde los instrumentos, las bombas de adrenalina inyectando desde las axilas, la fría, veloz libertad del flujo de aire sobre piel de jet mezclándose con los olores de metal caliente y sudor de miedo. Las trazadoras le rozaron la cara, y se echó hacia atrás sin quitar los ojos del Spad que se acercaba de nuevo al Fokker, ambos intactos. Los espectadores parecían locos, agitando sombreros y pateando el suelo, como auténticos desafortunados. Deke volvió a encontrar los ojos de Tiny.

Sintió entonces que una cierta malicia crecía en él, y aunque tenía los nervios en tensión como las agujas de cristal de carbono que impedían que los jets reventaran con esas imposibles volteretas sobre las cimas de los Andes, fingió una sonrisa natural y guiñó un ojo, inclinando la cabeza a un lado, como para decir «Mira eso».

Tiny miró.

Fue sólo una fracción de segundo, pero más que suficiente. Deke aceleró un Immelmann a una velocidad y fuerza —justo en el límite de tolerancia teórica— que nunca se había visto en el circuito, y se pegó a la cola de Tiny.

Vamos a ver cómo sales de ésta, cabrón.

Tiny pasó en vuelo rasante sobre la mesa verde, y Deke lo siguió. Sostuvo el fuego. Ahora tenía a Tiny justo como quería.

Corriendo, como en cualquiera de sus misiones de combate. Borracho de exaltación y de hiper, quizá, pero corriendo, asustado. Ahora estaban sobre el fieltro, volando por encima de las copas de los árboles. Termina, pensó Deke, y aumentó la velocidad. Alcanzaba a ver de soslayo a Bobby Earl Cline, que observaba el partido con una mirada extraña. Una mirada como de súplica. La compostura de Tiny había desaparecido; tenía un rostro torcido y atormentado.

Tiny cedió al pánico y zambulló su avión entre la gente. Los biplanos daban vueltas y serpenteaban. Algunos mirones saltaron hacia atrás y otros se pusieron a manotear el aire y a reírse. Pero había en los ojos de Tiny un brillo de terror que hablaba de una eternidad de miedo y confinamiento, dos filos cortándose entre sí interminablemente...

El miedo era muerte en el aire, el confinamiento un encierro metálico, primero el del avión, luego el de la silla. Deke podía leérselo todo en la cara: el combate era lo único que Tiny había tenido alguna vez. Hasta que un *nacionalista* anónimo armado

con un arcaico SAM lo derribó del verdiazul cielo boliviano para tirarlo de golpe y directamente a la avenida Richmond y al Jackman's y al joven, sonriente matador al que se enfrentaba por última vez sobre el paño descolorido.

Deke se mecía en la punta de los pies; la cara le ardía con una sonrisa de un millón de dólares: la marca de la droga que ya había freído a Tiny antes de que nadie se molestara en arrancarlo del cielo en un amasijo de metal caliente y carne lacerada. Entonces todo vino al mismo tiempo. Vio que volar era todo lo que sostenía a Tiny. Ese diario roce con la muerte, para luego volver a levantarse del ataúd de metal, de nuevo vivo. Había mantenido el colapso a raya por pura fuerza de voluntad. Si esa fuerza de voluntad se rompía, toda la mortalidad le entraría a borbotones. Tiny se inclinaría hacia adelante y vomitaría en su propio regazo.

Y Deke lo llevó hasta el final...

Hubo un momento de silencio estupefacto cuando el último avión de Tiny se desvaneció en un destello de luz.

—Lo hice —susurró Deke. Y luego, más alto—. ¡Hijo de puta, lo hice!

Frente a él, al otro lado de la mesa, Tiny se retorció en la silla, agitando los brazos espasmódicamente, con la cabeza ladeada como un muñeco de trapo. Detrás, Bobby Earl Cline miraba fijamente a Deke con ojos de carbón en brasa.

El apostador recogió rápidamente el Max y con la cinta envolvió un fajo de billetes laminados. Sin avisar, se lo arrojó a Deke a la cara. Sin esfuerzo alguno, con naturalidad, Deke lo pescó en el aire.

Entonces, por un instante, pareció que el apostador se le iba a echar encima, a saltar sobre la mesa de billar. Un tirón de la manga lo detuvo.

—Bobby Earl —murmuró Tiny, con voz ahogada en humillación—, tienes que... sacarme de aquí.

Rígido, furioso, Cline empujó la silla de su amigo, y se alejó, desapareció en la sombra.

Deke echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. ¡Dios, qué bien se sentía! Se metió el Max en un bolsillo de la camisa, y allí lo sintió colgar, frío y pesado. Embutió el dinero en los bolsillos del pantalón. Dios, tenía que saltar; el triunfo se le movía dentro como una cosa salvaje, delgada y fuerte, como los flancos de un macho cabrío que vio un día en los bosques desde un Greyhound; y por una vez, en aquel único momento, le pareció que todo aquello valía la pena, todo el dolor y la miseria que había pasado, para ganar por fin.

Pero el Jackman's estaba en silencio. Nadie gritó hurras. Nadie se acercó a felicitarlo. Recuperó la compostura, y vio las caras, mudas y hostiles. Ninguno de aquellos mirones estaba con él. Irradiaban desprecio, e incluso odio. Durante un

momento interminablemente prolongado el aire tembló de violencia potencial... entonces alguien se dio vuelta, carraspeó, y escupió al suelo. El grupo se disolvió, murmurando, uno a uno fueron perdiéndose en la oscuridad.

Deke no se movió. Un músculo de una pierna empezó a crispársele, heraldo de la inminente bajada del hiper. Sintió que se le dormía la parte alta de la cabeza; tenía un gusto horrible en la boca. Por un segundo tuvo que apoyarse en la mesa con ambas manos para no caer para siempre hacia la sombra viva de debajo, y mientras tanto colgaba, atravesado en el aire por los ojos muertos del ciervo de la foto, junto al reloj Dr. Pepper.

Un poco de adrenalina lo sacaría de todo eso. Necesitaba festejar. Emborracharse o drogarse y comentarlo, repetir el momento de la victoria una y otra vez, contradecirse, inventar detalles, reír y fanfarronear. Una noche estelar como aquella exigía un gran discurso.

Pero, parado allí, rodeado por la vasta y silenciosa sala del Jackman's, se dio cuenta de que no tenía a nadie a quien contárselo.

Realmente a nadie.

hacía calor, la noche en que quemamos a Cromo. En los paseos y en las plazas, las mariposas se mataban a golpes contra el neón, pero en la buhardilla de Bobby la única luz salía de la pantalla de un monitor y de los testigos rojo y verde del panel frontal del simulador de matriz. Me sabía de memoria todos y cada uno de los chips del simulador de Bobby; era como cualquier Ono-Sendai VII de trabajo diario, el «Cyberspace Seven», pero lo había reconstruido tantas veces que costaría un triunfo encontrar un milímetro de circuito original a lo largo de todo aquel silicio.

Esperábamos codo a codo frente a la consola del simulador, mirando la ventana del reloj en la esquina inferior izquierda de la pantalla.

—Adelante —dije, cuando llegó la hora, pero Bobby ya estaba allí, inclinándose para empujar con el talón de la mano el programa ruso en la ranura. Lo hizo con la rigurosa elegancia de un niño que mete monedas en una videogalería, seguro de ganar y listo para sacar toda una serie partidas gratis.

Una bullente y plateada marejada de fosfeno atravesó mi campo visual mientras la matriz comenzaba a desplegarse en mi cabeza, un ajedrez tridimensional, infinito y perfectamente transparente. El programa ruso pareció dar unos tumbos cuando entrábamos en la cuadrícula. Si algún otro hubiese estado conectado a aquella parte de la matriz, tal vez habría visto una oscilante ola de sombra que salía de la pequeña pirámide amarilla que representaba a nuestro ordenador. El programa era un arma mimética, diseñada para absorber el color local y presentarse como una irrupción de emergencia prioritaria en cualquier contexto que encontrase.

—Felicitaciones —oí que decía Bobby—. Acabamos de convertirnos en una sonda de inspección de la Autoridad de Fisión del Litoral Este... —Eso significaba que estábamos despejando líneas de fibra óptica con el equivalente cibernético de una sirena de bomberos, pero en la matriz de simulación era como si estuviésemos corriendo directamente hacia la base de datos de Cromo. Aún no alcanzaba a verla, pero sabía que aquellos muros estaban esperando. Muros de sombra, muros de hielo.

Cromo: cara bonita de niña, lisa como acero, con ojos que se habrían sentido cómodos en el fondo de una profunda fosa del Atlántico, ojos fríos y grises que vivían bajo una presión terrible. Decían que ella misma preparaba los cánceres para la gente que la traicionaba, variaciones barrocas a la medida, que tardaban años en matarte. Se decían muchas cosas de Cromo, ninguna de ellas tranquilizadora.

Así que la tapé con una imagen de Rikki. Rikki arrodillada en un haz de polvorienta luz solar que entraba oblicuamente en la buhardilla por una rejilla de acero y vidrio: los descoloridos pantalones militares de camuflaje, las translúcidas sandalias rosadas, la hermosa línea de la espalda mientras revolvía en un bolso de nailon lleno de herramientas. Levanta la mirada, y un rizo casi rubio cae y le hace

cosquillas en la nariz. Sonriendo, abotonándose una vieja camisa de Bobby, un raído caqui de algodón que le cubre los senos. Sonríe.

—Qué hijo de puta —dijo Bobby—. Acabamos de decirle a Cromo que somos una auditoría de la IRS y tres citaciones de la Corte Suprema... Agárrate fuerte, Jack...

Hasta la vista, Rikki. Quizá no vuelva a verte nunca más.

Y hay tanta, tanta oscuridad en los pasillos del hielo de Cromo.

Bobby era un vaquero, y el hielo, de ICE, *Intrusión Countermeasures Electronics*, era la esencia del juego de Bobby. La matriz es una representación abstracta de las relaciones entre sistemas de datos. Los programadores legítimos entran en conexión con el sector de la matriz de sus jefes y se encuentran rodeados por luminosas formas geométricas que representan la información empresarial.

Torres y campos de información ordenados en el incoloro no-espacio de la matriz de simulación, la alucinación consensual que facilita la manipulación y el intercambio de enormes cantidades de data. Los programadores legítimos nunca ven los muros de hielo tras los que trabajan, los muros de sombra que ocultan sus operaciones a los demás, a los artistas del espionaje industrial y a los buscavidas como Bobby Quine.

Bobby era un vaquero. Bobby era un pirata informático, un ladrón que estudiaba el extendido sistema nervioso electrónico de la humanidad, que robaba datos y cuentas en la abarrotada matriz, el monocromático no-espacio donde las únicas estrellas son densas concentraciones de información, y en lo alto de todo eso arden las galaxias corporativas y los fríos brazos espirales de los sistemas militares.

Bobby era otro de esos rostros maduro-juveniles que se ven bebiendo en el Gentleman Loser, el bar chic de los vaqueros informáticos, los cuatrerros, los saqueadores cibernéticos. Éramos socios.

Bobby Quine y Automatic Jack. Bobby es el tipo delgado, pálido, de gafas oscuras, y Jack es el cara-de-malo, el del brazo mioeléctrico. Bobby es *software* y Jack es *hard*; Bobby teclea en la consola y Jack se encarga de todos los detalles que pueden darte ventajas. O al menos eso es lo que los testigos presenciales del Gentleman Loser te habrían dicho, antes de que Bobby decidiese quemar a Cromo. Pero también te podrían haber dicho que Bobby estaba perdiendo el filo, perdiendo velocidad. Tenía veintiocho años, Bobby, y eso es ser viejo para un vaquero de consola.

Ambos éramos buenos en lo que hacíamos pero, por alguna razón, no nos caía un buen paquete. Yo sabía dónde ir a buscar el equipo adecuado, y Bobby estaba siempre al pie del cañón. Se sentaba con una cinta de toalla blanca alrededor de la frente y

movía las manos por el teclado más rápido de lo que uno podía seguir con los ojos, abriéndose paso entre los más sofisticados hielos del ambiente empresarial, pero eso era cuando pasaba algo que conseguía interesarlo a fondo, lo que no ocurría a menudo. No andaba muy motivado, Bobby, y yo era la clase de tipo que se contenta con tener el alquiler cubierto y una camisa limpia que ponerse.

Pero Bobby tenía esa cosa con las chicas, como si fueran su tarot privado o algo así, por el modo en que actuaba. Nunca hablábamos de eso, pero cuando empezó a parecer que estaba perdiendo facultades, aquel verano, se dedicó a pasar más tiempo en el Gentleman Loser. Se sentaba a una mesa cerca de las puertas abiertas para observar al gentío que pasaba por delante; noches en las que los insectos se arrojaban contra el neón y el aire olía a perfume y a comida rápida. Veías sus gafas de sol explorando rostros que pasaban, y debió de haber llegado a la conclusión de que Rikki era la que estaba esperando, el comodín, la que le cambiaría la suerte. La nueva.

Fui a Nueva York a inspeccionar el mercado, a ver qué era lo último que había salido en *software*.

La casa del finlandés tiene un holograma defectuoso en la ventana, METRO HOLOGRAFIX, y más abajo una exposición de moscas muertas con chaquetas de polvo gris. Adentro, la chatarra llega hasta la cintura, montones que suben hasta paredes apenas visibles detrás de cacharros sin nombre, detrás de vencidos anaqueles de madera contrachapada atiborrados de viejas revistas pornográficas y colecciones anuales de la *National Geographic*, con lomos amarillos.

—Necesitas una pistola —dijo el finlandés. El finlandés parece un proyecto de recombinación de ADN ideado para producir gente dotada de alta velocidad en la construcción de madrigueras—. Estás de suerte. Tengo la nueva Smith&Wesson, la cuatro-cero-ocho Táctica. Tiene este proyector de xenón acoplado debajo del cañón, mira, lleva las pilas en la culata, te dispara un círculo de treinta centímetros de pleno mediodía a cincuenta metros en la oscuridad total. La fuente de luz es tan fina que es casi imposible detectarla. Es como vudú en una pelea nocturna.

Dejé caer el brazo de golpe sobre la mesa y me puse a tamborilear con los dedos; los servos de la mano empezaron a zumbiar como mosquitos cansados. Sabía que el finlandés odiaba ese ruido.

—¿Quieres empeñar eso? —Me tocó la articulación de duraluminio de la muñeca con el tubo mordisqueado de un rotulador de felpa—. ¿Buscas acaso algo un poco más silencioso?

Seguí tamborileando.

—No necesito ninguna pistola, finlandés.

—Está bien —dijo—, está bien —y dejé de tamborilear—. Sólo tengo esto, y ni siquiera sé qué es. —Parecía triste—. Se lo compré a unos pequeños rateros de Jersey la semana pasada.

—¿Cuándo has comprado algo que no sabes lo que es, finlandés?

—Qué listo eres. —Y me pasó un sobre transparente con algo que a través del acolchado de burbujas parecía un cassette de audio—. Tenían un pasaporte —dijo—. Tenían tarjetas de crédito y un reloj. Y eso.

—Tenían el contenido de los bolsillos de alguien, quieres decir.

El finlandés asintió.

—El pasaporte era belga. Y también falsificado, me dio la impresión, así que lo eché al horno junto con las tarjetas. El reloj estaba bien, un Porsche, bonito reloj.

Era, evidentemente, una especie de programa militar de conexión. Fuera del sobre, parecía el magazine de un pequeño rifle de asalto, revestido con plástico negro. En los bordes y las esquinas se veía metal brillante; había andado un buen rato rodando por ahí.

—Te voy a cobrar una miseria, Jack. Que sea por los viejos tiempos.

Tuve que sonreír. Que el finlandés te diera algo por una miseria era como si Dios revocase la ley de gravedad cuando tienes que cargar una maleta pesada por un corredor de aeropuerto de diez manzanas de largo.

—A mí me parece ruso —dije—. Probablemente sea el control de emergencia de las cloacas de algún barrio de Leningrado. Justo lo que necesito.

—Mira —dijo el finlandés—, tengo un par de zapatos que son más viejos que tú. A veces me parece que tienes tanta clase como esos patanes de Jersey. ¿Qué quieres que te diga, que son las llaves del Kremlin? Averigua tú qué es eso. Yo sólo lo vendo.

Lo compré.

Incorpóreos, entramos bruscamente en el castillo de hielo de Cromo. Y vamos rápido, rápido. La sensación es como si estuviésemos haciendo surf en la cresta del programa invasor, suspendidos por encima de los furiosos sistemas de protección que van mutando. Somos manchas vivas de aceite empujadas por pasillos de sombra.

En algún lugar tenemos cuerpos, muy lejos, en una atestada buhardilla con techo de acero y vidrio. En algún lugar nos quedan microsegundos, quizá tiempo suficiente para salir.

Hemos derribado las puertas, disfrazados de auditores y con tres citas, pero las defensas de Cromo están especialmente equipadas para enfrentar ese tipo de intrusión oficial. Su hielo más sofisticado está estructurado para rechazar órdenes de detención, ejecutorias, citas. Cuando rompimos la primera puerta, el grueso de

los datos de Cromo se desvaneció tras un hielo de comando central, esas paredes que vemos como leguas de pasillos, como laberintos de sombra. Cinco líneas de tierra separadas dispararon señales de auxilio a bufetes jurídicos, pero el virus ya se había apoderado del hielo parámetro. Los sistemas de defensa engullen las llamadas de peligro mientras nuestros subprogramas miméticos rastrean cualquier cosa que no haya sido anulada por el comando central.

El programa ruso recoge un número de Tokio entre los datos descubiertos: elige por la frecuencia de llamadas, la duración promedio de las llamadas, la velocidad con que Cromo respondió.

—De acuerdo —dice Bobby—, somos una llamada desmoduladora que le hace un compinche desde Japón. Debería servir.

Móntalos, vaquero.

Bobby leía su futuro en las mujeres; sus chicas eran presagios, cambios de clima, y se sentaba toda la noche en el Gentleman Loser, a esperar que la estación le pusiera un rostro nuevo delante, como una carta.

Una noche me había quedado a trabajar hasta tarde en la buhardilla, puliendo un chip, con el brazo quitado y el pequeño waldo conectado directamente al muñón.

Bobby llegó con una chica que yo no había visto antes, y por lo general me siento un poco incómodo cuando un desconocido me ve trabajando así, con esos cables sujetos a los conmutadores de carbono duro que me salen del muñón. La chica se acercó en seguida y se puso a mirar la imagen ampliada en la pantalla; entonces vio el waldo, que se movía bajo su cubierta antipolvo sellada al vacío. No dijo nada, sólo miró. En seguida sentí simpatía por ella; a veces es así.

—Automatic Jack, Rikki. Es mi socio.

Bobby se echó a reír, le abrazó la cintura; algo en el tono de su voz me decía que me tocaba pasar aquella noche en un mugriento cuarto de hotel.

—Hola —dijo ella. Alta, diecinueve, tal vez veinte años, y sin lugar a dudas atractiva. Con esas pocas pecas en lo alto de la nariz, y ojos a medio camino entre ámbar oscuro y café francés. Tejanos negros y ceñidos, recogidos hasta media pantorrilla, y un angosto cinturón de plástico que combinaba con las sandalias rosadas.

Pero ahora, cuando a veces la veo, al tratar de dormir, la veo en algún sitio al borde de todo este tendido de ciudades y humo, y es como si fuera un holograma atascado detrás de mis ojos, con un vestido brillante que alguna vez debió llevar, cuando la conocí, algo que no le llegaba a las rodillas. Piernas desnudas, largas y rectas. Un viento que viene de algún lugar le revuelve el pelo castaño salpicado de rubio que le rodea la cara, y la veo diciendo adiós con la mano.

Bobby fingía buscar algo en una hilera de cassettes.

—Ya me voy, vaquero —dije, desconectando el waldo. Ella me miró mientras yo me ponía el brazo de vuelta.

—¿Sabes arreglar cosas? —preguntó.

—Lo que sea, lo que quieras; Automatic Jack arregla todo. —Abrí de golpe los dedos de duraluminio para que los viese.

Se sacó un diminuto reproductor de simestim del cinturón y me enseñó la bisagra rota de la tapa de cassettes.

—Mañana —dije—, no hay problema.

Ay, ay, ay, me dije mientras el sueño me hacía bajar los seis pisos hasta la calle, ¿cuál será la suerte de Bobby con un bizcocho de la buenaventura como ésa? Si su sistema funciona, una de estas noches nos hacemos ricos. Ya en la calle, sonriendo, bostezando, paré un taxi con la mano.

El castillo de Cromo se disuelve, láminas de sombra de hielo parpadean y desaparecen, devoradas por los sistemas de alteración que salen en espirales del programa ruso, alejándose a tumbos de nuestro ataque central e infectando la propia configuración del hielo. Los sistemas de alteración son análogos virales cibernéticos, autoreproductores y voraces. Están en constante y simultánea mutación, subvirtiendo y absorbiendo las defensas de Cromo. ¿Ya la hemos paralizado, o hay una alarma sonando en alguna parte, una luz roja que parpadea? ¿Lo sabe ella?

Rikki Wildside, la llamaba Bobby, y durante aquellas primeras semanas a ella le debió parecer que lo tenía todo, todo el espectáculo, rebosante, desplegado para ella, agudo y brillante bajo el neón. Era nueva en el ambiente, y tenía todos esos kilómetros de paseos y plazas para merodear, todas las tiendas y los clubes, y a Bobby para explicarle el lado oscuro, la engañosa tramoya del reverso de las cosas, todos los jugadores y sus nombres y sus juegos. Bobby la hacía sentirse en casa.

—¿Qué te pasó en el brazo? —me preguntó una noche en el Gentleman Loser; estábamos los tres bebiendo en una mesa pequeña en un rincón.

—Volando en ala delta —le dije—; un accidente.

—Volando en ala delta sobre un campo de trigo —dijo Bobby—, en un sitio llamado Kiev. Nuestro Jack está suspendido en la oscuridad bajo un ala delta negra, con cincuenta kilos de equipo para interferencia de radar entre las piernas, y un ruso imbécil viene y le quema el brazo con un láser.

No recuerdo cómo hice para cambiar de tema, pero lo hice.

Aún estaba diciéndome a mí mismo que no era Rikki lo que me incomodaba, sino lo que Bobby estaba haciendo con ella. Lo conocía desde hacía mucho tiempo, desde el final de la guerra, y sabía que utilizaba a las mujeres como contrincantes, Bobby Quine versus la fortuna, versus el tiempo y la noche de las metrópolis. Y Rikki apareció justamente cuando él necesitaba algo que lo mantuviese en movimiento, algo a donde apuntar. Así que la puso como símbolo de todo cuanto quería y no podía tener, de todo cuanto tenía y no podía conservar.

No me gustaba tener que escucharle decir cuánto la amaba, y saber que lo creía sólo empeoraba la cosa. Era un maestro de las caídas duras y las recuperaciones rápidas, y ya había visto eso unas doce veces. Podía haberse hecho imprimir LA SIGUIENTE en mayúsculas fosforescentes en las gafas de sol, un letrero listo para destellar ante la primera cara interesante que pasara entre las mesas del Gentleman Loser.

Yo sabía lo que les hacía. Las convertía en emblemas, signos cabalísticos en el mapa de su vida de pirata, faros de navegación que podía seguir en un océano de bares y neón. ¿Qué más tenía para orientarse? No amaba el dinero, ni en sí ni por lo que representaba, o no lo amaba lo suficiente para seguir sus luces. No trabajaba para obtener poder sobre otra gente: odiaba la responsabilidad que eso conlleva. Sentía un orgullo elemental por sus habilidades, pero eso nunca bastaba para darle empuje.

Por eso se las arreglaba con las mujeres.

Cuando Rikki apareció, necesitaba una por sobre todas las cosas. Se estaba opacando rápido, y el dinero electrónico ya susurraba que estaba perdiendo el temple. Necesitaba ese golpe de suerte, y pronto, porque no conocía otro modo de vivir, y todos sus relojes estaban puestos para medir el tiempo de un buscavidas, calibrados para el riesgo y la adrenalina y esa excelsa calma de amanecer que sobreviene cuando todas las jugadas han salido bien y una dulce y gruesa tajada de cuenta ajena entra en la tuya con un suave clic.

Ya era hora de que empacara y se marchase; por eso puso a Rikki más alto y más lejos de lo que ninguna de las otras había estado nunca, aunque —y tuve la tentación de gritárselo— ella estuviese ahí mismo, viva, totalmente real, humana, hambrienta, flexible, aburrida, bella, excitada, todo lo que ella era...

Entonces él salió una tarde, como una semana antes de que yo me fuera a Nueva York a ver al finlandés. Salió y nos dejó allí, en la buhardilla, esperando una tormenta. La mitad del tragaluz estaba ensombrecido por una bóveda que nunca terminaron de construir, y por la otra mitad se veía el cielo, negro y azul a causa de las nubes. Yo estaba de pie junto a la mesa de trabajo, atontado por el calor de la tarde, por la humedad; y ella me tocó, me tocó el hombro, el medio centímetro de tensa, rosada cicatriz que el brazo no cubre. Nunca me habían tocado allí; habían seguido hasta el hombro, el cuello...

Pero ella no hizo eso. Tenía las uñas laqueadas de negro, no en punta sino ahusadas, y la laca era un tono más oscuro que la lámina de fibra de carbono que me cubre el brazo. Y su mano me bajó por el brazo, siguiendo con las uñas negras una costura de la lámina, la articulación anodizada del codo, hasta la muñeca, esa mano de nudillos suaves como de niña, abriendo los dedos para cerrarlos sobre los míos, la palma contra el duraluminio perforado.

La otra palma subió y me rozó las plataformas de retroalimentación; y llovió toda la tarde, gotas que tamborilearon en el acero y el vidrio manchado de hollín que techaban la cama de Bobby.

LOS MUROS de hielo se alejan como mariposas supersónicas hechas de sombra. Detrás de ellos, una ilusión de la matriz: espacio infinito. Es como ver una filmación del ensamblaje de un edificio prefabricado; sólo que la cinta corre al revés, y a alta velocidad, y esas paredes son alas rotas.

Tratando de recordarme que este sitio y los abismos que se abren más allá son sólo representaciones, que no estamos «en» la computadora de Cromo, sino en interfaz con ella, mientras el simulador de matriz de la buhardilla de Bobby genera esta ilusión... La información del núcleo comienza a asomar, expuesta, vulnerable... Ése es el otro lado del hielo, la panorámica de la matriz que nunca había visto, la panorámica que quince millones de legítimos operadores de consola ven diariamente como si nada.

La información del núcleo se alza a nuestro derredor como trenes de carga verticales, codificada por colores para acceder a ella. Brillantes colores primarios, de un brillo imposible en aquel vacío transparente, conectados por innumerables horizontales de color azul y rosa.

Pero el hielo todavía oscurece algo en el centro de todo: el corazón de la costosa oscuridad de Cromo, el propio corazón...

Eran las últimas horas de la tarde cuando regresé de mi expedición de compras en Nueva York. No entraba mucho sol por el tragaluz, pero en la pantalla del monitor de Bobby brillaba una representación gráfica bidimensional de las defensas computarizadas de alguien, líneas de neón que se entretejían como en una alfombra de oraciones Art Deco. Apagué la consola y la pantalla quedó totalmente oscura.

Las cosas de Rikki estaban esparcidas en mi mesa de trabajo, bolsos de nailon atiborrados de ropa y maquillaje, un par de botas vaqueras rojo brillante, cassettes de audio, lustrosas revistas japonesas que hablaban de estrellas del simestim. Metí todo debajo de la mesa y me quité el brazo, olvidando que el programa que le había

comprado al finlandés estaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta, así que tuve que buscarlo con la mano izquierda y engancharlo con las pinzas acolchadas del alicate de orfebre.

El waldo parece una antigua platina de audio, de esas que llevaban los tocadiscos, con la prensa de tornillo instalada bajo una cubierta antipolvo transparente. El brazo mide poco más de un centímetro, y se balancea sobre lo que habría sido en otro tiempo el brazo del *pick-up*. Pero yo no miro eso una vez que me he conectado los cables al muñón; solamente me fijo en el aumento, porque eso es lo que tiene mi brazo allí, en blanco y negro: cuarenta aumentos.

Verifiqué las herramientas y escogí el láser. Parecía un poco pesado, así que bajé la escala de entrada del sensor de peso a un cuarto de kilo por gramo y me puse a trabajar. Con cuarenta aumentos, el lateral del programa parecía un camión remolque.

Hicieron falta ocho horas de trabajo para abrirlo: tres horas con el waldo y el láser y cuatro docenas de intervenciones, dos horas al teléfono con un contacto de Colorado, y tres horas para descargar un disco lexicón que pudiera traducir ruso técnico de ocho años de antigüedad.

Los alfanuméricos cirílicos comenzaron a correr por el monitor, doblándose al inglés a mitad de camino. Había muchos espacios en blanco, donde el lexicón se encontraba con siglas militares especializadas en el lector que le había comprado a mi contacto en Colorado, pero así pude hacerme una idea de la cosa que le había comprado al finlandés.

Me sentí como un punk que hubiera salido a comprar una navaja automática y volviera a casa con una pequeña bomba de neutrones.

Otra vez me estafaron, pensé. *¿De qué sirve una bomba de neutrones en una pelea callejera?* El trasto que tenía bajo la cubierta antipolvo superaba mis capacidades. Ni siquiera sabía dónde descargarlo, dónde encontrar un comprador. Alguien lo había comprado, pero estaba muerto, alguien que tenía un reloj Porsche y un pasaporte belga falsificado, pero yo nunca había intentado moverme en esos círculos. Los rateros del finlandés habían tropezado con alguien que tenía contactos muy altos y secretos.

El programa que tenía en la prensa de tornillo era un rompehielos militar ruso, un programa de virus asesinos.

Amanecía cuando Bobby reapareció. Venía solo. Yo me había quedado dormido con una bolsa de sandwiches en el regazo.

—¿Quieres comer? —le pregunté, sin despertar del todo, ofreciéndole los sandwiches. Había estado soñando con el programa, con sus olas de hambrientos sistemas de alteración y subprogramas miméticos; en el sueño, era una especie de animal, amorfo y fluido.

Bobby apartó la bolsa con un ademán mientras se acercaba a la consola. Pulsó

una tecla de función. La pantalla se iluminó con el intrincado diseño que había visto aquella tarde. Me froté los ojos con la mano izquierda para quitarme el sueño, cosa que no puedo hacer con la derecha. Me había quedado dormido tratando de decidir si decirle lo del programa. Quizá debería venderlo por mi cuenta, quedarme con el dinero, marcharme a algún sitio nuevo, pedirle a Rikki que se fuera conmigo.

—¿De quién es? —pregunté.

Bobby estaba allí con un mono de algodón negro, una vieja chaqueta de cuero sobre los hombros, como una capa. Hacía días que no se afeitaba, y tenía la cara más delgada que de costumbre.

—Es de Cromo —dijo.

El brazo se me sacudió convulsivamente, empezó a hacer ruidos metálicos; miedo traducido a mioelectricidad a través de los conmutadores de carbón. Se me cayeron los sandwiches; verduras muertas y rodajas amarillas y brillantes de derivados lácteos en el suelo de madera sin barrer.

—Estás loco —dije.

—No —dijo él—, ¿te parece que se ha dado cuenta? Qué va. Ya estaríamos muertos. Me acoplé con ella mediante un sistema triple-ciego alquilado en Mombasa y un satélite de comunicaciones argelino. Ella sabía que alguien andaba merodeando, pero no pudo descubrir el rastro.

Si Cromo hubiese rastreado lo que Bobby le hizo con el hielo, ya estaríamos más que muertos. Pero quizá él tuviera razón; si no, ella me habría hecho saltar mientras regresaba de Nueva York.

—¿Por qué ella, Bobby? Dame una sola razón...

Cromo: la habré visto quizá unas seis veces en el Gentleman Loser. Quizá anduviera de ronda por los bajos fondos, o estudiando la condición humana, condición a la que ella no aspiraba precisamente. Una dulce carita en forma de corazón, con los ojos más repulsivos que jamás se hayan visto. Tenía aspecto de quinceañera desde hacía más tiempo del que nadie pudiese recordar, con el metabolismo alterado por un masivo programa de sueros y hormonas. Era la cosa más fea que la calle había producido, pero ya no pertenecía a la calle. Cromo era uno de los Muchachos, reconocido miembro del grupo local de la mafia. Se decía que había empezado como traficante, en la época en que las hormonas sintéticas de pituitaria estaban aún proscritas. Pero no tuvo que pasar mucho tiempo traficando hormonas. Ahora era dueña de la Casa de las Luces Azules.

—Estás loco de atar, Quine. Dame una razón sensata para tener eso en tu pantalla. Deberías borrarlo ya...

—Oí una charla en el Loser —dijo, quitándose la chaqueta de cuero—. Black Myron y Crow Jane. Jane controla todos los negocios sexuales, dice saber a dónde va el dinero. Por eso le discute a Myron que Cromo es el interés dominante en las Luces

Azules y no sólo un testafarro de los Muchachos.

—Los Muchachos, Bobby —dije—. Ésa es la palabra clave. ¿Todavía lo puedes encender? Nosotros no nos metemos con los Muchachos, ¿recuerdas? Por eso es que seguimos caminando.

—Por eso seguimos siendo pobres, socio. —Se sentó en la silla giratoria frente a la consola, abrió la cremallera del mono y se rascó el pecho escuálido y blanco—. Pero tal vez no lo sigamos siendo por mucho tiempo más.

—Creo que esta sociedad quizá acaba de disolverse para siempre.

Entonces me sonrió. Fue una sonrisa verdaderamente loca, salvaje y concentrada, y supe en seguida que de verdad morir le importaba un cuerno.

—Mira —dije—, me queda algo de dinero, ¿sabes? Por qué no lo aceptas y te vas en tren a Miami y tomas un saltamontes a Montego Bay. Necesitas un descanso, hermano. Tienes que cargarte las pilas.

—Las pilas, Jack —dijo, tecleando algo en la consola— nunca las he tenido más cargadas. —La alfombra oriental de neón de la pantalla se estremeció y despertó al arrancar un programa de animación; líneas de hielo que se trenzaban con hipnótica frecuencia, un mándala viviente. Bobby siguió tecleando, y el movimiento se redujo; el patrón se volvió más nítido y un poco menos complejo, y empezaron a alternarse dos configuraciones distantes. Un trabajo de primera, y yo que no pensaba que aún fuese tan bueno—. Ahora —dijo—, ahí está, ¿lo ves? Espera. Ahí. Ahí está otra vez. Y ahí. Es fácil perderla. Eso es. Entra cada hora y veinte minutos con una transmisión al satélite de comunicaciones. Podríamos vivir un año con lo que les paga cada semana en intereses negativos.

—¿Qué satélite usa?

—El Zürich. Sus banqueros. Allí tiene su cuenta, Jack. Allí es adonde va el dinero. Crow Jane tenía razón.

Seguí allí inmóvil. Mi brazo se había olvidado de hacer ruido.

—¿Y cómo te fue en Nueva York, socio? ¿Encontraste algo que me ayude a cortar hielo? Vamos a necesitar todo lo que podamos conseguir.

Seguí mirándolo a los ojos, esforzándome por a no mirar hacia el waldo, el torno de orfebre. Allí estaba el programa ruso, bajo la cubierta antipolvo.

Comodines, cambiasuertes.

—¿Dónde está Rikki? —le pregunté, acercándome a la consola, fingiendo estudiar las figuras que se alternaban en la pantana.

—Con unos amigos —se encogió de hombros—, unos chicos, todos están metidos con el simestim. —Sonrió distraídamente—. Voy a hacerlo por ella, hermano.

—Voy a salir un rato a pensarlo, Bobby. Si quieres que regrese, no toques el teclado.

—Lo hago por ella —dijo mientras la puerta se cerraba a mis espaldas—. Sabes que sí.

Y ahora abajo, abajo; el programa es una montaña rusa que atraviesa este raído laberinto de muros de sombra, grises espacios catedralicios entre torres brillantes. Velocidad de vértigo.

Hielo negro. No pienses en eso. Hielo negro.

Demasiadas historias en el Gentleman Loser; el hielo negro forma parte de la mitología. Hielo que mata. Es ilegal, pero ¿acaso no lo somos todos? Una especie de arma de retroalimentación neuronal, con la que sólo se conecta una vez. Es como una espantosa Palabra que se come el cerebro de adentro hacia afuera. Como un espasmo epiléptico que sigue y sigue hasta que no queda nada en absoluto...

Y estamos zambulléndonos hacia el suelo del castillo de sombras de Cromo.

Trato de prepararme para el repentino paro respiratorio, un malestar y un relajamiento final de los nervios. Miedo de esa fría Palabra que espera allí abajo, en la oscuridad.

Salí a buscar a Rikki y la encontré en un café con un chico de ojos Sendai, al que le salían de las magulladas cuencas unas líneas de sutura a medio cicatrizar. Rikki tenía un catálogo de papel brillante abierto sobre la mesa; Tally Isham sonreía en una docena de fotos, la Chica de los Ojos Zeiss Ikon.

La pequeña unidad de simestim, la que le había reparado al día siguiente de conocerla, era una de las cosas que había guardado bajo la mesa de trabajo la noche anterior. Pasaba horas conectada a la unidad, con la banda de contacto cruzándole la frente como una tiara de plástico gris. Tally Isham era su favorita, y con la banda de contacto encendida se perdía, se perdía en algún lugar del sensorio grabado de la estrella más grande del simestim. Estímulos simulados: el mundo —o al menos todas las partes interesantes— tal como lo percibe Tally Isham. Tally piloteaba un Fokker negro sobre las mesetas de Arizona. Tally buceaba en la reserva de la isla Truk. Tally asistía a fiestas con los super ricos en islas griegas privadas, pureza desgarradora de blancos y diminutos puertos al amanecer.

En realidad se parecía mucho a Tally, la misma tez y los mismos pómulos. Me parecía que la boca de Rikki era más fuerte. Más insolente. Ella no quería ser Tally Isham, pero le envidiaba el trabajo. Ésa era su ambición, estar en el simestim. Bobby se burlaba de ella. En cambio a mí me hablaba del asunto.

—¿Cómo me vería con un par de éstos? —me preguntó una vez, mostrándome una foto a toda página, los Zeiss Ikon azules de Tally Isham, a la altura de los suyos,

marrón ambarino. Se había operado las córneas dos veces, pero aún no llegaba a 20-20; por eso quería Ikons. Marca de las estrellas. Muy caros.

—¿Sigues mirando ojos en los escaparates? —le pregunté al sentarme.

—Tiger acaba de ponerse unos —dijo. Se veía cansada, me pareció.

Tiger estaba tan contento con sus Sendais que no podía evitar sonreír, pero dudé que en otras situaciones sonriera. Tenía esa especie de belleza de uniforme que se adquiere después del séptimo viaje a la boutique quirúrgica; y probablemente pasaría el resto de su vida pareciéndose vagamente al personaje más famoso de la farándula de cada nueva temporada; sin ser una copia demasiado obvia, pero nada original tampoco.

—Sendai, ¿verdad? —Le devolví la sonrisa.

Asintió con la cabeza. Vi cómo trataba de estudiarme con lo que para él era la mirada de un profesional del simestim. Fingía estar grabando. Me pareció que se demoraba demasiado en mi brazo.

—Serán estupendos para la visión periférica cuando el músculo haya cicatrizado —dijo, y vi con qué cuidado movía la mano para levantar la taza de exprés doble. Los ojos Sendai son famosos por los defectos de percepción en profundidad y porque garantizan problemas, entre otras cosas.

—Tiger se va a Hollywood mañana.

—Y de allí tal vez a Chiba City, ¿no es así? —Le sonreí. No me devolvió la sonrisa—. ¿Tienes una oferta, Tiger? ¿Conoces a un agente?

—Sólo voy a echar un vistazo —dijo en voz baja. Entonces se levantó y se fue. Se despidió rápidamente de Rikki, pero no de mí.

—Los nervios ópticos de ese chico pueden empezar a deteriorarse dentro de seis meses. ¿Sabes eso, Rikki? Los Sendais son ilegales en Inglaterra, en Dinamarca, en muchos sitios. No se puede reemplazar los nervios.

—Jack, no vengas con discursos. —Me robó un *croissant* y mordisqueó una de las puntas.

—Creía que yo era tu consejero, niña.

—Sí. Bueno, Tiger no es muy rápido, pero todo el mundo sabe lo de los Sendais. Es lo único que él se puede comprar, así que corre el riesgo. Si consigue trabajo podrá cambiárselos.

—¿Por ésos? —Di un golpe en el catálogo de Zeiss Ikon—. Mucho dinero, Rikki. Tú eres suficientemente lista como para no correr ese riesgo.

Rikki asintió.

—Quiero Ikons.

—Si subes a ver a Bobby, dile que se quede quieto hasta que hable con él.

—Bien. ¿Negocios?

—Negocios —dije. Pero eran locuras.

Me tomé el café y ella se comió mis dos *croissants*. Luego la acompañé hasta la casa de Bobby. Hice quince llamadas, cada una desde una cabina diferente.

Negocios. Locura rematada.

Entre una cosa y otra, tardamos seis semanas en preparar el incendio, seis semanas con Bobby diciéndome cuánto la quería. Me esforcé todavía más, intentando alejarme de aquello.

Casi todo fueron llamadas telefónicas. Era como si cada una de mis primeras y muy indirectas quince averiguaciones hubieran engendrado quince más. Buscaba un determinado servicio que Bobby y yo imaginábamos como un requisito de la economía clandestina del mundo, pero para el que tal vez nunca hubiera cinco clientes simultáneos. Era un servicio que jamás se anunciaría.

Buscábamos la tapadera más pesada del mundo, una lavandería de dinero no alineada que fuera capaz de lavar en seco una megafortuna transferida electrónicamente y olvidarse del asunto después.

Todas esas llamadas fueron finalmente una pérdida de tiempo, porque fue el finlandés quien me puso en la pista de lo que estaba buscando. Había ido a Nueva York a comprar un dispositivo de caja negra, pues estábamos arruinándonos con tantas llamadas.

Le planteé el problema de la manera más hipotética posible.

—Macao —me dijo.

—¿Macao?

—La familia del Zumbido Largo. Agentes de bolsa.

Hasta tenía el número. Si buscas un traficante, pregúntale a otro traficante.

La gente del Zumbido Largo era tan poco directa que hizo que mi idea de un acercamiento sutil pareciera un bombardeo nuclear táctico. Bobby tuvo que hacer dos viajes a Hong Kong para cerrar adecuadamente el acuerdo. Nos estábamos quedando sin capital, y rápido. Todavía no sé por qué decidí participar en esto, para empezar; me asustaba Cromo, y la verdad es que nunca me había vuelto muy loco por hacerme rico.

Traté de decirme que quemar la Casa de las Luces Azules era una buena idea pues se trataba de un lugar horroroso, pero no lograba convencerme. No me gustaba Luces Azules porque una vez había pasado allí toda una noche muy deprimido, pero ésa no era una excusa para atacar a Cromo. En realidad, casi daba por sentado que moriríamos en el intento. Incluso con aquel programa asesino, las probabilidades no estaban precisamente a nuestro favor.

Bobby estaba perdido escribiendo la cadena de órdenes que introduciríamos en el núcleo del ordenador de Cromo. Ése sería mi trabajo, porque Bobby tendría las manos ocupadas impidiendo que el programa ruso entrara directo a matar. Era demasiado complejo para reescribirlo; por eso iba a tratar de sujetarlo los dos

segundos que yo necesitaba.

Hice un trato con un camorrero llamado Miles. Miles seguiría a Rikki la noche del incendio, para no perderla de vista, y me llamaría a una hora determinada. Le dije que si yo no estaba, o no respondía de cierta manera, la agarrase y la pusiese en el primer tren. Le di un sobre para que se lo diera a ella: dinero y una nota.

En realidad Bobby no había pensado mucho en eso, en cómo le iría a ella si todo nos salía mal. No hacía más que decirme que la quería, a dónde iban a marcharse juntos, cómo gastarían el dinero...

—Primero cómprale un par de Ikons, hermano. Es lo que quiere. Se ha tomado en serio eso de actuar en simestim.

—Oye —dijo, apartando la mirada del teclado—, no le hará falta trabajar. Lo vamos a conseguir, Jack. Ella es mi suerte. No tendrá que trabajar nunca más.

—Tu suerte —dije. No me sentía feliz. No recordaba cuándo me había sentido feliz—. ¿Has visto a tu suerte por ahí últimamente?

No la había visto, pero yo tampoco. Los dos habíamos estado demasiado ocupados.

La extrañaba. Al extrañarla me acordé de mi única noche en la Casa de las Luces Azules, pues había ido allí porque extrañaba a alguien. Me había emborrachado para empezar, y luego me puse a inhalar Vasopressin. Si tu gran amor te deja, el alcohol y el Vasopressin son lo último en farmacología masoquista; el alcohol te pone sensiblero y el Vasopressin te hace recordar, pero recordar de verdad. Clínicamente se emplea para atenuar la amnesia senil, pero la calle da su propio uso a las cosas. Así que lo que hice fue asegurarme una repetición ultraintensa de un mal asunto; el problema es que se mezcla lo bueno con lo malo. Corres a buscar trances de éxtasis animal y lo que encuentras es lo que dijiste, y lo que ella contestó, y cómo te dio la espalda y se fue y nunca miró hacia atrás.

No recuerdo haber decidido ir a las Luces Azules, ni cómo fui a parar allí, pasillos silenciosos y aquella cascada decorativa de tan mal gusto goteando en alguna parte, o a lo mejor era sólo un holograma de una cascada. Aquella noche yo tenía un montón de dinero: alguien le había pagado un fajo grande a Bobby por abrir una ventana de tres segundos en el hielo de otro.

No creo que a los de la puerta les gustara mi aspecto, pero supongo que mi dinero estaba bien.

Seguí bebiendo allí después de haber hecho lo que había ido a hacer. Luego le conté un chiste al barman sobre necrófilos encubiertos, y eso no cayó muy bien. Entonces vino un personaje que insistía en llamarme Héroe de Guerra, lo cual no me gustó. Creo que le enseñé algunos trucos con el brazo, antes de que se apagaran las luces, y desperté dos días más tarde en un rudimentario módulo dormitorio de algún sitio. Un sitio barato, donde ni siquiera había espacio para colgarse. Y me senté en

aquel angosto colchón de gomaespuma y lloré.

Hay cosas peores que estar solo. Pero lo que venden en la Casa de las Luces Azules es tan popular que es casi legal.

En el corazón de las tinieblas, en el centro inmóvil, los sistemas de alteración despedazan la oscuridad con remolinos de luz, navajas translúcidas que se alejan de nosotros en rápida rotación; estamos suspendidos en el centro de una explosión silenciosa y lenta, y los fragmentos de hielo que se desmoronan para siempre y la voz de Bobby atraviesa años luz de electrónica ilusión de vacío...

—Quema a esa puta. No puedo sujetar este chisme...

El programa ruso subía entre torres de información, borroneando los colores de cuarto de niños. Y yo inserto el artesanal paquete de órdenes de Bobby en el centro del frío corazón de Cromo. Entra el chorro de transmisión, un latido de información condensada que sube como un disparo vertical, más alto que la cada vez más gruesa torre de oscuridad, el programa ruso, mientras Bobby se esfuerza por controlar ese segundo crucial. Un informe brazo de sombra se crispa en la oscuridad envolvente; demasiado tarde.

Lo hemos logrado.

La matriz se pliega a mi alrededor como un truco origami.

Y la buhardilla huele a sudor y a circuitos quemados. Me pareció oír gritar a Cromo, un ruido metálico, pero eso era imposible.

Bobby se reía, con lágrimas en los ojos. El tiempo transcurrido, indicado en la esquina del monitor, era de 07:24:05. El incendio había llevado poco menos de ocho minutos.

Y vi que el programa ruso se había fundido en la ranura.

Habíamos dado el grueso de la cuenta de Cromo en Zürich a una docena de sociedades benéficas de todo el mundo. Era demasiado lo que había allí para moverlo, y sabíamos que teníamos que romperla, quemarla en seguida; de lo contrario la tendríamos encima. Tomamos menos del diez por ciento para nosotros y lo disparamos hacia el tinglado de los Zumbido Largo, en Macao. Ellos se quedaron con el sesenta por ciento de eso y nos devolvieron el resto a través del sector más complicado de la bolsa de Hong Kong. Pasó una hora antes de que nuestro dinero empezase a llegar a las dos cuentas que habíamos abierto en Zürich.

Miré cómo se apilaban los ceros detrás de una cifra sin sentido en el monitor. Era rico.

Entonces sonó el teléfono. Miles. Casi olvidé la frase código.

—Eh, Jack, hermano, no sé... ¿qué es lo que pasa con esa chica tuya? Aquí hay algo raro...

—¿Qué? Dime...

—Estuve siguiéndola, como me dijiste, de cerca pero sin dejar que me vieran. Entró en el Loser, pasó allí un rato, luego se metió en el metro. Fue a la Casa de las Luces Azules...

—¿Que qué?

—Por la puerta lateral. Sólo *empleados*. No hubo modo de que los de seguridad me dejaran pasar.

—¿Está allí ahora?

—No, hermano, la acabo de perder. Aquello es una locura, como si Luces Azules acabara de cerrar, pero para siempre, siete alarmas diferentes sonando, todo el mundo corriendo, la policía con equipo antimotín... Ahora se ha armado la de siempre: gente de seguros, de propiedad inmobiliaria, camionetas con matrícula municipal...

—Miles, ¿a dónde iría?

—La perdí, Jack.

—Escucha, Miles, quédate con el dinero del sobre, ¿de acuerdo?

—¿Lo dices en serio? Eh, lo siento, de verdad, yo...

Colgué.

—Espera a que se lo digamos —decía Bobby, frotándose el pecho desnudo con una toalla.

—Díselo tú, vaquero. Yo voy a dar una vuelta.

Y salí a la noche y al neón y dejé que el gentío me arrastrara, caminando a ciegas, forzándome a ser sólo un segmento de aquel organismo masivo, sólo un chip de conciencia a la deriva bajo las geodesias. No pensaba, sólo ponía un pie delante del otro, pero después de un rato sí pensé, y todo cobró sentido. Ella necesitaba el dinero.

Pensé también en Cromo. Que la habíamos matado, asesinado, con la misma certeza que si le hubiésemos cortado la garganta. La noche que me arrastraba por paseos y plazas la estaría acosando ahora, y ella no tenía a dónde ir. ¿Cuántos enemigos tendría sólo en aquel gentío? ¿Cuántos empezarían a moverse, ahora que no temían su dinero? Le habíamos sacado todo lo que tenía. Ahora estaba otra vez en la calle. Dudaba de que viviese hasta el amanecer.

Finalmente recordé el café, el sitio donde había conocido a Tiger.

Las gafas de sol lo decían todo; gafas negras, enormes, con una delatora mancha de maquillaje color piel en la esquina de uno de los vidrios.

—Hola, Rikki —dije, y estaba preparado cuando se las quitó.

Azules. Azul Tally Isham. El límpido azul de marca por el que son famosos, ZEISS IKON en diminutas mayúsculas rodeando cada iris, letras suspendidas allí como vetas de oro.

—Son preciosos —dije. Los hematomas estaban cubiertos de maquillaje. Con un trabajo tan bueno no quedan cicatrices—. Hiciste dinero.

—Hice, sí. —Y se estremeció—. Pero no voy a hacer más, al menos de esa manera.

—Creo que ese sitio ya no funciona.

—Oh. —Nada se le movía en la cara. Los ojos azules nuevos no se movían, y eran muy profundos.

—No tiene importancia. Bobby te espera. Acabamos de ganar un fajo de los gordos.

—No. Tengo que irme. Supongo que no lo va a entender, pero tengo que irme.

Asentí, viendo cómo mi brazo se alzaba para agarrarle la mano; era como si no fuera una parte mía, pero ella lo sujetó como si lo fuera.

—Tengo un billete de ida a Hollywood. Tiger conoce a gente con quien me puedo quedar. A lo mejor hasta llego a Chiba City.

Rikki tenía razón en cuanto a Bobby. Regresé con ella. Él no entendió. Pero ella ya había cumplido su finalidad, para Bobby, y quise decirle que no sufriera por él, porque me di cuenta de que sufría. Él ni siquiera salió al pasillo cuando ella hubo terminado de hacer las maletas. Se las bajé y la besé y le arruiné el maquillaje, y algo subió dentro de mí, como había subido el programa asesino sobre la información de Cromo. Un súbito paro respiratorio, en un sitio donde no hay palabras. Pero a ella la esperaba un avión.

Bobby estaba hundido en la silla giratoria delante del monitor, mirando su hilera de ceros. Tenía las gafas oscuras puestas, y supe que estaría en el Gentleman Loser hacia el anochecer, observando el clima, ansiando una señal, alguien que le dijera cómo sería su nueva vida. Yo no la veía muy diferente. Más cómoda, pero él siempre estaría esperando que cayese esa próxima carta.

Traté de no imaginarla en la Casa de las Luces Azules, trabajando en turnos de tres horas en una aproximación de sueño REM, mientras su cuerpo y un atado de reflejos condicionados se ocupaban del negocio. Los clientes nunca llegaban a quejarse de que eso era fingido, porque los orgasmos eran verdaderos. Pero los sentía, si es que los sentía, como tenues llamaradas de plata en algún punto de la frontera del sueño. Sí, es tan popular que casi es legal. Los clientes se desgarran entre necesitar a alguien y querer estar solos a la vez, lo que quizá haya sido siempre la esencia de ese juego en particular, incluso antes de que tuviéramos la neuroelectrónica para permitir ambas opciones.

Agarré el teléfono y tecleé el número de su línea aérea. Di su nombre verdadero y el número de vuelo.

—Lo cambia —dije— para ir a Chiba City. Eso mismo, Japón. —Metí mi tarjeta de crédito en la ranura y teclé mi código de identificación—. En primera. —Un zumbido distante mientras verificaban mi saldo—. Que sea un billete de ida y vuelta.

Pero supongo que vendió el billete de regreso, o no lo necesitó, porque no ha vuelto. Y a veces, muy tarde de noche, paso frente a escaparates con carteles de estrellas del simestim, todos esos ojos preciosos, idénticos, que me miran desde caras que son casi tan idénticas, y a veces los ojos son los de ella, pero ninguna de las caras lo es, ninguna es nunca la suya, y la veo muy a lo lejos en el borde de esta extensión de noche y de ciudades, y entonces dice adiós con la mano.

Notas

[1] Término que Hugo Gernsback utilizó en 1926 para describir el género, antes del definitivo *science fiction*. (N. del T.) <<